

Unión Europea y América Latina: retos comunes para la cohesión social

Debate de expertos

Seminarios y Jornadas 23/2006

Ninguna parte ni la totalidad de este documento puede ser reproducida, grabada o transmitida en forma alguna ni por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de la Fundación Alternativas

© Fundación Alternativas

ISBN: 84-96653-06-4

Depósito Legal: M-22799-2006

Los días 16 y 17 de febrero de 2006 tuvo lugar en Madrid el Seminario Unión Europea y América Latina: retos comunes para la cohesión social, organizado por la Fundación Alternativas a través de su Observatorio de Política Exterior Española (Opex) y en colaboración con la Fundación Internacional y para Iberoamérica de Administración y Políticas Públicas (FIIAPP).

El objetivo principal fue generar ideas y propuestas sobre diversos aspectos de la cohesión social, para orientar las relaciones birregionales en el momento presente y avanzar iniciativas para la Agenda de la próxima IV Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea y América Latina y el Caribe (ALC) a celebrar en mayo de 2006 en Viena.

La primera sesión titulada Los retos de la cohesión social interna: ¿qué políticas comunes para los países de la UE y ALC?, fue inaugurada por Bernardino León, Secretario de Estado de Asuntos Exteriores y para Iberoamérica, y Pere Portabella, Presidente de la Fundación Alternativas.

La Mesa 1, Estado del bienestar y cohesión social, contó con las ponencias de Rodolfo Nin Novoa, Vicepresidente de Uruguay, y Alberto Navarro, Secretario de Estado para la UE. El debate estuvo moderado por Nicolás Sartorius.

En la sesión de tarde se debatió en torno a dos mesas de discusión: Estado de derecho y desarrollo, que contó con las ponencias de Carlos Álvarez, Secretario general de Mercosur, y ex vicepresidente de Argentina, y Erika Mann, Presidenta de la Delegación del PE para las relaciones UE-México; y Procesos de integración en la UE y ALC, que tuvo como ponentes a Edmundo Jarquín, Director del Gabinete del Secretario General Iberoamericano (SEGIB), y José Ignacio Salafranca, Portavoz del Grupo PPE-DE en la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo. Las sesiones estuvieron moderadas, respectivamente, por Juan Manuel Eguiagaray, Director del Laboratorio de Alternativas, y por Vicente Palacio de Oteyza, Coordinador del Observatorio de Política Exterior Española.

Durante la segunda jornada del viernes 17 de febrero se debatió en torno al tema Globalización y retos de cohesión interregional UE-ALC. Contó con los ponentes José Miguel Insulza, Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA), Raimón Obiols, Diputado del Grupo Socialista en el Parlamento Europeo y Presidente de la Delegación para las Relaciones con los Países de América Central, y de Felipe González, ex Presidente del Gobierno español. El debate estuvo moderado por Antonio Fernández Poyato, Director de FIIAPP. El discurso de clausura corrió a cargo de Leire Pajín, Secretaria de Estado de Cooperación Internacional del MAEC.

El seminario contó con la presencia de representantes de distintas fundaciones del área ALC y de Europa. Asimismo asistieron destacados representantes de organismos e instituciones regionales iberoamericanos y europeos, políticos, académicos, empresas, sindicatos y ONG europeos y latinoamericanos.

Los medios de comunicación se hicieron eco de este evento, con el que inicia su exploración de las cuestiones relativas a América Latina. Junto al resumen de las intervenciones de este evento, la Fundación Alternativas ha publicado el Documento de Trabajo correspondiente, elaborado por el profesor Federico Steinberg, con la colaboración de Nicolás Sartorius y Vicente Palacio.

Vicente Palacio de Oteyza
Coordinador del Laboratorio de Alternativas

Asistentes

Pere Portabella, Presidente de la Fundación Alternativas.

Nicolás Sartorius, Vicepresidente Ejecutivo de la Fundación Alternativas.

Juan Manuel Eguiagaray, Director del Laboratorio de la Fundación Alternativas.

Antonio Fernández Poyato, Director de FIIAPP.

Vicente Palacio de Oteyza, Coordinador de de la Fundación Alternativas.

Ponentes

Carlos Álvarez, Presidente de la Comisión de Representantes de Mercosur.

José Miguel Insulza, Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA).

Edmundo Jarquín, Director del Gabinete del Secretario General Iberoamericano.

Bernardino León, Secretario de Estado de Asuntos Exteriores y para Iberoamérica, MAEC.

Erika Mann, Presidenta de la Delegación del Parlamento Europeo para las relaciones UE-México.

Alberto Navarro, Secretario de Estado para la Unión Europea, MAEC.

Rodolfo Nin Novoa, Vicepresidente de la República Oriental del Uruguay.

Raimon Obiols, Diputado del Grupo Socialista del Parlamento Europeo.

Leire Pajín Iraola, Secretaria de Estado de Cooperación Internacional, MAEC.

José Ignacio Salafranca, Portavoz del Grupo PPE-DE, Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo.

Invitados

María Abascal, Asesora Técnica del Vicepresidente Ejecutivo del Instituto Español de Comercio Exterior (ICEX).

Claudia Aguilar, Departamento Técnico de FIIAPP.

Zuberoa Aguirre Serrano, Técnica de Proyectos de la Fundación por la Europa de los Ciudadanos de Izquierda Unida.

Amapola Alama, Coordinadora de la línea de Educación Rural del Proyecto Eurosocietal, OEI.

Jorge Alemán, Agregado Cultural de la Embajada de Argentina en Madrid.

Carlos Alonso Zaldívar, Embajador de España en Cuba.

Ana Álvarez de Yraola, Programa Eurosocietal de FIIAPP.

Marlon Anzora, Programa MEPA de FIIAPP.

José María Araneo, Embajador de Uruguay en Madrid.

Gonzalo Arenas Hödar, Presidente Centro Latinoamericano para las Relaciones con Europa (CELARE).

Ricardo Arredondo, Consejero de la Embajada de Argentina en Madrid.

Enrique Ayala, Consejo Asesor. Fundación Alternativas.

Ricardo Azevedo, Vicepresidente de la Fundación Perseu Abramo. Brasil.

Enrique Barón Crespo, Eurodiputado del Grupo Socialista.

Meritxell Batet Lamaña, Diputada por Barcelona del PSOE.

Miguel Ángel Benedicto, Miembro del Panel de Expertos.

Manuel Bonmati, Secretario Ejecutivo de Política Internacional, Unión General de Trabajadores (UGT).

Enrique Borgo Bustamante, Embajador de El Salvador en Madrid.

Jens Büntjen, Consejero de Asuntos Políticos de la Embajada de Alemania en Madrid.

Federica Caciagli, Fundación Italiani Europei.

Carlos Carnero González, Diputado del Grupo Socialista del Parlamento Europeo.

David Chico, Asistente del Presidente del Parlamento Europeo.

Carlos Closa Montero, Subdirector del Centro de Estudios Constitucionales (CESCO).

Salvador Clota, Director de la Fundación Pablo Iglesias.

Laureano Cuerdo, Responsable de América Latina, Comisiones Obreras (CC OO).

Aurora Díaz Rato, Directora General de la Dirección General para Iberoamérica, MAEC.

Miguel de Domingo, Fundación Internacional y para Iberoamérica de Administración y Políticas Públicas.

Javier Doz, Secretaría Ejecutiva de Política Internacional, Comisiones Obreras (CC OO).

Gema Durán, Miembro del Panel de Expertos de la Fundación Alternativas.

José Luis Escrivá, Economista Jefe de BBVA.

Javier Esguevillas, Director General, Fundación para la Investigación y el Desarrollo de América Latina y Europa.

Álvaro Espina, Vocal de la Dirección General del Ministerio de Economía y Hacienda.

Joaquín Estefanía, Periodista de El País.

Antonio Estella, Profesor Titular de Derecho Administrativo, Universidad Carlos III de Madrid.

Rafael Estrella, Portavoz de la Comisión de Exteriores del Grupo Socialista en el Congreso.

Angeles Fernández, Programa Eurosocietal de FIIAPP.

Tomás Fernández Álvarez, Departamento de América Latina, Solchaga Recio & Asociados.

Carlos Ferrari López, Consultor de la Fundación Jean Jaurés.

Humberto Figarola, Vicepresidente de Indra.

Elena Flores, Fundación Pablo Iglesias.

Jordi Flores Parra, Departamento de América Latina, Solchaga Recio & Asociados.

Gerard Fouchet, Programa Eurosocietal de FIIAPP.

Javier Freire, Programa Eurosocietal de FIIAPP.

Christian Freres, Investigador del Área Internacional, Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI).

Soledad Gallego Díaz, Periodista de El País, Miembro del Consejo Asesor.

José Manuel García de la Cruz, Miembro del Panel de Expertos.

Eduardo García Moreno, Subdirector de Relaciones Institucionales de Repsol YPF.

Álvaro García, Embajador de Chile en Suecia.

Laureano Gayo, Subdirector de Administraciones Públicas de Repsol YPF.

Claudia Geier, Departamento de Relaciones EU/ALC del Ministerio de Asuntos Exteriores de Austria.

Roberto Gereda Taracena, Embajador de Guatemala en Madrid.

Víctor Godínez, Director del Servicio de Información Regional de México (SIREM).

Javier Gómez Ilera, Gabinete de la Presidencia del Gobierno.

Felipe González, ex Presidente del Gobierno de España.

Isidro González Alfonso, Asesor del Gabinete del Ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación.

Francisco Gormaz, Ministro Consejero de la Embajada de Chile en Madrid.

Elizabeth Green, Segunda Secretaria de Asuntos Políticos y Económicos de la Embajada del Reino Unido en Madrid.

Florencio Gudiño, Programa Eurosocietal, FIIAPP.

Clarisa Hardy, Directora Ejecutiva Fundación Chile 21, Chile.

Milagros Hernando, Directora General de Planificación y Evaluación de Programas para el Desarrollo, MAEC.

Angustias Hombrados, Universidad Nacional de Educación a Distancia.

María Irigoyen, Asesora del Gabinete de la Secretaría de Estado del MAEC para Iberoamérica.

Paul Isbell, Analista principal para Economía y Comercio Internacional, Real Instituto Elcano.

Tobias Jung, Experto en América Latina.

Alexander Kallweit, Director de la Fundación Friedrich-Ebert de Madrid.

Irene Klinger, Directora de Relaciones Externas de la Organización de Estados Americanos (OEA).

Dieter Koniecki, ex Director de la Fundación Friedrich-Ebert en Madrid.

Enrique Kraus, Embajador de Chile en Madrid.

Carlos Larrea, Primer Secretario de la Embajada de Ecuador en Madrid.

Armando Lecaros de Cossío, Embajador del Perú en Madrid.

Gerardo Librandi Outeda, Primer Secretario de la Embajada del Uruguay en Madrid.

Enrique Llano Cueto, Socio Director de KPMG Auditores.

Miguel Ángel Lombardo, Departamento Técnico, FIIAPP.

M.ª Dolores López Aranguren, Directora de la Oficina Regional de Madrid, OEI.

Antonio López Castillo, Miembro del Panel de Expertos de la Fundación Alternativas.

Diego López Garrido, Portavoz del Grupo Socialista en el Congreso, Patronato de la Fundación Alternativas.

Antonio López, Miembro de la Secretaría de Relaciones Internacionales de UGT.

Anabella Machuca, Ministra Consejera de la Embajada de El Salvador en Madrid.

Carlos Malamud, Investigador Principal del Área de América Latina del Real Instituto Elcano.

Tomás Mallo, Director del Programa de Estudios de América Latina del CEALCI de la Fundación Carolina.

Marta Manrique, Miembro del Panel de Expertos de la Fundación Alternativas.

José Carlos Marín, Jefe de la Unidad de Presupuestos y Política de Cohesión (Grupo PSE) del Parlamento Europeo.

Luis Martínez Guillén, Secretario de las Delegaciones para América Latina del Parlamento Europeo.

Gregorio Martínez, Coordinador de Política Internacional del PSOE.

José de la Mata, Programa Eurosocietal de FIIAPP.

Manuel Medina Ortega, Diputado del Grupo Socialista del Parlamento Europeo.

Gonzalo Mendoza, Ministro Consejero de la Embajada de Chile en Madrid.

Emilio Menéndez del Valle, Diputado del Grupo Socialista del Parlamento Europeo.

Rogelio Menéndez Otero, Director General de Bloomington Finance.

Manuela Mesa, Directora del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM).

Alberto Miranda, Consejero Diplomático, Unidad de Apoyo de la DG para Iberoamérica, MAEC.

Ignacio Molina, Coordinador del Panel de Expertos del Área de Europa.

Cristina del Moral Ituarte, Coordinadora de OEI.

Francesc Morata Tierra, Investigador Asociado de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Daniel Morera, Director de la Fundación Juan de la Cosa.

José Luis Moris, Gabinete de Presidencia de Unión FENOSA.

Juan Moscoso del Prado, Diputado y miembro de la Comisión de Exteriores del Congreso.

Félix Muriel, Fundación Internacional y para Iberoamérica de Administración y Políticas Públicas.

Javier Nadal, Director General de Relaciones Institucionales de Telefónica.

Facundo Nejamkis, Director Ejecutivo del Centro de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (CEPES).

Teresa Ossio Bustillos, Embajadora de Bolivia en Madrid.

Andrés Palma, Director del Programa Gerencia Social, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Pedro Pérez Herrero, Director Gerente del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset.

Sonia Piedrafita, Miembro del Panel de Expertos de la Fundación Alternativas.

María Silvia Portela, Presidenta del Consejo Laboral de ALADS.

Álvaro del Pozo, Ministro Consejero de la Embajada de Bolivia en Madrid.

Sergio Puerto, Asesor de la Oficina Económica del Presidente del Gobierno.

Rosa Quevedo, Comisión Europea. DG Relex. Unidad de América Latina.

Claudio de Ramón, Propietario del Grupo Inmobiliario Hispania-Europa, S.A.

Carlos Rapaport, Director Gerente de la Fundación Alternativas.

Marc Rímez, Gestor Principal del Programa Eurosocietal, FIIAPP, Comisión Europea.

Manuel de la Rocha Rubí, Secretario de la Fundación Alternativas.

José Manuel Rodríguez Álvarez, Vocal asesor de la Secretaría de Estado de Cooperación Territorial.

Joaquín Roy, Profesor de Jean Monet, Director del European Union Center de la Universidad de Miami.

Santos M. Ruesga, Miembro del Panel de Expertos.

Laura Ruiz Jiménez, Miembro del Panel de Expertos.

José Juan Ruiz, Director de Estrategia y Análisis para América Latina del BSCH.

Felipe Sahagún, Periodista de El Mundo, Miembro del Consejo Asesor.

Juan Manuel Salazar, Director del Proyecto de Gobernabilidad Local del PNUD, Colombia.

José Antonio Sanahúja, Director del Departamento de Desarrollo y Cooperación, ICEI.

Patricia Sánchez Álvarez, Miembro del Panel de Expertos.

Eva Sánchez Buendía, Jefa de Área. División de Evaluación de Programas para el Desarrollo, MAEC.

Ángeles Sánchez Díez, Coordinadora del Panel de Expertos, Área América Latina.

Ignacio Sánchez Yllera, Letrado del Tribunal Constitucional.

Claudia Patricia Sánchez, Programa MEPA de FIIAPP.

Juan Carlos Sánchez, Director del Área Andina. Dirección General para Iberoamérica del MAEC.

Raúl Sánchez, Miembro del Panel de Expertos.

Lourdes Sartorius, Departamento Técnico de FIIAPP.

Stuart Savage, Ministro Consejero de la Embajada de Canadá en Madrid.

Jean Paul Senninger, Embajador de Luxemburgo en Madrid.

Julimar Silva, Miembro del Panel de Expertos.

Miguel Solana, Miembro del Panel de Expertos.

María Solanas, Departamento de Política Internacional y de Seguridad del Gabinete de la Presidencia.

Santiago Soler Pérez, Secretaría General de ADECCO.

Ignacio Soleto, Director del Centro de Estudios para América Latina y Cooperación Internacional, Fundación Carolina.

Alexander Springer, Secretario de la Embajada de Austria en Madrid.

Federico Steinberg, Miembro del Panel de Expertos.

Ana del Sur, Miembro del Panel de Expertos de la Fundación Alternativas.

José de Terán, Director de Asuntos Institucionales de Repsol YPF.

Vitorio Tonutti, Coordinador del Programa Eurososial de FIIAPP, Comisión Europea.

José L. Tortuero Plaza, Profesor titular de Derecho del Trabajo de la Universidad Complutense.

Teemu Turunen, Primer secretario de la Embajada de Finlandia.

Ignacio Urbelz, Director de Relaciones Institucionales del grupo Leche Pascual.

Alfredo Valladão, Director de la Cátedra Mercosur de Sciences Po.

Asier Vallejo Itsaso, Responsable de Marketing y Comunicación de Elkarri.

José María Vera, Área de Economía Internacional de Intermón Oxfam.

Jordi Xuclá, Portavoz de CiU en la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso.

Isabel Yépez del Castillo, Directora de Estudios del Desarrollo de la Universidad de Lovaina.

Alfonso Yerga Cobos, Director del Centro de Estudios Andaluces.

Diana Zeverin Mac Lean, Abogada. Delegada ante los Tribunales Internacionales de la La Haya.

José María Zufiaur, Miembro del Comité Económico y Social Europeo.

Informe de contenidos

Los retos de la cohesión social interna: ¿qué políticas comunes para los países de la UE y ALC?

Nicolás Sartorius (moderador)

■ En primer lugar intervendrá Pere Portabella, Presidente de la Fundación Alternativas. Después lo hará Bernardino León, Secretario de Estado para Iberoamérica y, acto seguido, daremos comienzo a la primera sesión del Seminario. Pere Portabella, cuando quieras.

Pere Portabella

■ En primer lugar, quiero dar la bienvenida y agradecer a todos muy sinceramente el esfuerzo por estar aquí para propiciar lo que puede ser un trabajo muy provechoso. Cuando digo “a todos” es porque todos podemos aprender de todos, máxime en un momento de cambios estructurales como el actual. A nadie se le escapa, por ejemplo, que desde la Unión Europea hemos pasado de largo ante muchos de los problemas que afectan a Latinoamérica. Es importante que nos planteemos qué significa para el mundo la situación en Latinoamérica.

Por otro lado, debemos ser prácticos y preguntarnos también por el significado de la cuarta Cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea y América Latina y el Caribe (ALC) prevista para el mes de mayo.

Paso a citar a las personas que me acompañan en la mesa: Rodolfo Nin, Vicepresidente de Uruguay; Carlos Álvarez, Presidente de la Comisión de representantes permanentes de Mercosur; Bernardino León, Secretario de Estado de Asuntos Exteriores; Alberto Navarro, Secretario de Estado para la Unión Europea; Antonio Fernández Poyato, director de la FIIAPP, a quien quiero agradecer expresamente su estrecha vinculación y cooperación en la organización de esta convocatoria, en los términos que ustedes ya conocen por el dossier que se les ha entregado; y Edmundo Jarquín, Director del Gabinete del Secretario General Iberoamericano.

Nombro ahora a los de la casa: Nicolás Sartorius, Vicepresidente de la Fundación; Juan Manuel Eguiagaray, Director del Laboratorio de ideas y, finalmente, Vicente Palacio, coordinador del Opex, el instrumento del que se ha dotado la Fundación para tratar los temas de política exterior.

Antes de dar comienzo al Seminario, permítanme que les trace en dos palabras el perfil de esta Fundación. En primer lugar, la Fundación Alternativas, que yo presido, es una

fundación independiente que no recibe dinero público. No está vinculada a ninguna organización oficial, ni a partidos, ni a otro tipo de instancias. Se financia mediante las donaciones propias de los socios; mediante donaciones destinadas de manera específica a los trabajos que, poco a poco, se han ido ganando el prestigio de la Fundación; y también por convenios con asociaciones sociales, con ministerios o con partidos políticos o entidades civiles que colaboran en trabajos concretos de carácter estructural que afectan e interesan a la opinión pública.

En segundo lugar, uno de los aspectos importantes en términos de independencia, es que el patronato de esta Fundación, de orientación progresista, refleja su carácter plural en el abanico de hombres y mujeres que lo forman procedentes de distintas culturas de la izquierda.

En tercer lugar, se exige a los que participan en los actos organizados por la Fundación competencia en los temas que se tratan, así como rigor en la elaboración de los trabajos que se presentan. Este es, simplificando un poco, el perfil de esta Fundación.

Quiero, a continuación, dar la bienvenida a las fundaciones aquí presentes, presencia que considero muy importante, pues creo que el trabajo que realizan es un trabajo serio, susceptible de aportar a las instancias responsables de aplicar determinadas políticas en todos los ámbitos –culturales, económicos y sociales–, no sólo ideas, sino propuestas con posibilidad real de ser aplicadas, según su grado de interés. Paso a citar las fundaciones presentes. En primer lugar, las latinoamericanas: Fundación CEPES (Argentina); Fundación Perseu Abramo (Brasil); Fundación Chile 21 (Chile); Fundación Vivian Trías (Uruguay); Fundación para la Democracia (México); Fundación Nacional para el Desarrollo, FUNDE (El Salvador) y Fundación ILDIS (Bolivia).

Entre las fundaciones europeas se encuentran: la Fundación Friedrich-Ebert (Alemania); la Fundación Jean Jaurès (Francia); Policy Network (Reino Unido); la Fundación Italiani Europei (Italia) y la Fundación Mario Soares (Portugal).

Una de las ideas de este seminario es también que la Fundación pueda servir de punto de encuentro entre todas las fundaciones e instancias similares, como, por ejemplo, organizaciones no gubernamentales, asociaciones cívicas, etc.

Por último, es importante que tengamos en cuenta –en el contexto de lo que discutamos ahora, en las cumbres o en cualquier acto en el que se traten temas de política internacional– que la revolución digital ha introducido en los últimos años un factor nuevo, básico, en las relaciones entre ciudadanos de todo el mundo. Hay que tener en cuenta cómo la globalización influye, por ejemplo, en los desplazamientos, en los movimientos de capitales, en la universalización de los valores. Por otro lado, nos encontramos con la singularidad de las formas, las culturas, las tradiciones, el lenguaje. Todo ello reclama la introducción de factores éticos en la política para que sea más justa, más equitativa y más libre. Es en este contexto en el que se plantea este Seminario, con la voluntad, repito, de que nos lleve a conclusiones prácticas, a conocernos mejor, a intercambiar. Todos tenemos que escuchar con atención y aprender unos de otros. Dicho esto, cedo ya la palabra al Secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Bernardino León, a quien agradezco su presencia, para que abra el Seminario con su intervención.

Discurso de inauguración

Bernardino León

Creo que la decisión de abordar desde la sociedad civil la cuestión de la cohesión social –el reto más importante al que se enfrenta América Latina y al que sólo puede hacer frente con una contribución muy significativa de la Unión Europea–, es una iniciativa que no sólo hay que elogiar por oportuna, sino, sobre todo, por necesaria. Es imprescindible que trabajemos seriamente y que lo hagamos ya. Creo que se han perdido años de consolidación de un esfuerzo que todos sabemos desde hace tiempo que hay que hacer. Por eso, insisto, es muy oportuno y muy importante que se haya convocado este Seminario.

Se suele decir, y muchos de ustedes lo habrán deducido de estas palabras iniciales, que no se aprecian suficientes muestras de interés por parte de la Unión Europea hacia América Latina. No se aprecia en el número de viajes de comisarios europeos hacia la región; en el orden del día del COPS; en el orden del día del COREPER; en el orden del día de los consejos, que se preste la suficiente atención, en términos de agenda, a América Latina. Incluso documentos importantes para la Unión Europea, como el Consenso europeo sobre el desarrollo, no parecen incorporar de manera suficiente las necesidades de este conjunto de países. Desde España, y desde el Ministerio de Asuntos Exteriores, tendemos siempre a ser críticos, a insistir en que el esfuerzo europeo, al menos hasta el presente, no ha sido el que hubiera sido deseable. Es verdad que también podríamos pensar que hay algo de buena noticia en ello. Ya no es asunto de las primeras páginas de los periódicos el que se produzca un relevo después de unas elecciones completamente normales en los países de América Latina. Este año tenemos 11 elecciones en el continente. Sigue siendo noticia en algún caso el que se termine sin incidentes especiales un mandato presidencial. Hay algún país que se ha especializado en que los mandatos no terminen. Pero, en general, se puede hablar de estabilidad política. Tenemos un continente en el que las distintas sensibilidades, las distintas culturas, las distintas religiones coexisten, cooperan sin ningún tipo de problemas. Por otro lado, si antes se hablaba de grandes crisis económicas, la noticia en América Latina es ahora que, pese a que el crecimiento no es tan alto como en otras zonas del mundo de nivel económico equiparable, está habiendo crecimiento económico, muy importante, incluso, en algunos países.

En todo caso, voy a tratar hoy de ser positivo. Intentaré por ello destacar lo que creo que es una buena tendencia por parte de la Unión Europea, cuyo punto de inflexión determinante se produjo en 1986 con el ingreso en dicha Unión de España y Portugal. Esto ha permitido que la sensibilidad hacia América Latina se haya ido asentando en una Unión Europea, que, si bien ya tenía relaciones con el área del Caribe a través de los acuerdos ACP, no así con América Latina. Se han ido produciendo una serie de acuerdos. Los de mayor importancia son los de asociación con Chile y México, gracias a los cuales se ha ido incrementando la presencia europea en la zona, los fondos que se destinan a las regiones... al tiempo que se ha ido articulando la relación a través de documentos, proyectos, iniciativas y, sobre todo, a través de las Cumbres entre la Unión Europea, América Latina y el Caribe.

Hemos leído en fecha reciente la comunicación de la Comisión: Una asociación reforzada entre la Unión Europea y América Latina, al Consejo y al Parlamento. Este docu-

mento contiene tres aspectos fundamentales. En primer lugar, muestra un interés claro en cimentar una asociación estratégica entre la Unión Europea y América Latina. En segundo lugar –y es importante en los tiempos que corren–, destaca la afinidad cultural entre ambos continentes. En tercer lugar, traza el camino que sería deseable que ambas partes recorrieran en los próximos años, tanto en el terreno político como en el económico, comercial y de cooperación.

Pero dicho documento –orientado a la próxima Cumbre entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe– nos habla también de algunas carencias. Estas cumbres bianuales permiten poner a prueba el interés por dicha asociación y demostrar que se es consciente de que, a pesar de que América Latina no ocupa ya las primeras páginas –no hay grandes crisis, no surgen grandes problemas como los que afectan a otras zonas y que, con frecuencia, son los que ocupan a los ministros, a los jefes de Gobierno europeos y a los comisarios–, sí existen allí retos importantes a los que enfrentarse. El primero, el fundamental, el que se va a tratar en este Seminario: la cohesión social. Por eso, para nosotros, la próxima Cumbre es de vital importancia.

No estoy todavía en condiciones de asegurar que esa Cumbre vaya a ser un éxito, pero creo que se está consolidando la tendencia a que así sea. Poco a poco vamos viendo signos de interés en América Latina y en Europa, aunque no con la celeridad que cabría desear. Y, pese a que no quiero ser alarmista, considero que, desde España, hay que avanzar más.

La Cumbre se celebrará bajo el lema “Hacia la consolidación de la relación estratégica birregional”. La Presidencia austriaca está haciendo un trabajo serio. Ha pedido la colaboración del Gobierno español, y nosotros se la estamos prestando. Se ha establecido un catálogo de temas que, en lo político, se centrará en la democracia y los derechos humanos, las migraciones, el terrorismo y el crimen organizado, y la integración regional; en lo económico, en el crecimiento y el empleo, la redistribución y la cooperación al desarrollo; y en el terreno cultural y educativo, en la lucha contra el analfabetismo, la investigación y el desarrollo y la cooperación cultural.

Que esta Cumbre funcione y concluya como es debido dependerá de tres factores. El primero, el de las asistencias. Quizás se han estado oyendo voces en los últimos años –sobre todo en las últimas dos Cumbres– que abogaban porque dichas Cumbres no fueran bianuales. También sobre que habría que reducir el nivel de la Cumbres, que pasarían de contar con la presencia de presidentes y jefes de Estado y de Gobierno a contar con la presencia exclusiva de ministros, aspecto que se podría interpretar como un signo de desinterés. Creo que, de algún modo, debe evitarse un fracaso de Europa en América Latina. Por ello, es importante que todos los presidentes –o el mayor número posible de ellos–, puedan asistir a la Cumbre. En este sentido, hay una apuesta importante por parte del Gobierno español y de la Secretaría General Iberoamericana, que debe propiciar no sólo el que esas asistencias se produzcan, sino también el hacer de puente entre la Unión Europea y América Latina.

El segundo factor a tener en cuenta es el hecho de que debe haber un mensaje claro del mundo empresarial europeo hacia América Latina. Creo que por parte de las grandes empresas españolas hay un deseo de contribuir a la necesaria creación y redistribución de riqueza en América Latina, pero falta que ese esfuerzo se vea complementado con el de las

grandes empresas europeas. Por eso se ha convocado en paralelo un foro de negocios que se inaugurará el próximo 12 de mayo, en el cual es importante que se apuntale la confianza de los inversores europeos. Creo también que hay señales muy positivas por parte de los inversores de Estados Unidos. Debemos acompañar este esfuerzo y ayudar a que se produzca una inversión europea considerable en América Latina.

El tercer factor, el más relevante, es que es fundamental que la Cumbre produzca resultados concretos, algo que quizá no ha sucedido en las dos últimas Cumbres. Más allá de que en la próxima Cumbre la Comisión vaya a aprobar y a presentar las “estrategias país” y las “estrategias región” para los próximos siete años, es importante que la Unión Europea hable a estos países con un lenguaje claro. Vamos a tener una facilidad financiera del Banco Europeo de Inversiones. Sin embargo, no vamos a contar con cifras concretas de lo que va a ser el esfuerzo de cooperación por parte de la Comisión Europea. No a causa de ningún desinterés. La razón es que hay un cierto retraso en la elaboración de los presupuestos. En todo caso, es importante que, si no se pueden dar cifras, al menos exista un compromiso político muy claro, como el que existió en la última conferencia de Barcelona. Allí, a falta de perspectivas financieras, se habló de igualar o mejorar el anterior paquete de fondos destinados al Mediterráneo. Con todo, estas decisiones en el ámbito presupuestario serán insuficientes. Incluso, desde mi punto de vista, indicarían un cierto fracaso, conducirían a la frustración, si no se produjera un avance muy significativo en el acercamiento a las tres grandes regiones de América Latina: Mercosur, la Comunidad Andina y Centroamérica.

En primer lugar, me referiré a Mercosur –dejaremos fuera de este análisis al Caribe, porque, como ya indiqué, su relación con la Unión Europea se articula a través de los acuerdos ACP–. Creo que la línea que se adoptó hace años de reforzar los procesos de integración en América Latina a través de la iniciativa de lanzar o proyectar hacia el futuro negociaciones con áreas integradas fue muy positiva. Por desgracia, hemos llevado demasiado lejos nuestras exigencias y planteamientos en cuanto a los avances en los procesos regionales. Esto ha conducido a que nos perdamos en un baile de cifras, de argumentaciones y contraargumentaciones técnicas que, desde mi punto de vista, desdibujan enormemente el mensaje político que se pretende dar. Pensemos en Mercosur. Las negociaciones se iniciaron en 1999. En Mercosur –zona de libre comercio hacia el interior, unión aduanera hacia el exterior– llevamos años dándole vueltas a las cuestiones arancelarias, a las ofertas agrícolas comunitarias, a la protección industrial de los países que lo componen. Nos hallamos ante un proceso que se estanca, y es dramático. Es cierto que no se estanca por culpa de los europeos. Es cierto que dentro de Mercosur hay problemas. Tal vez, entre una parte y otra debamos rebajar las expectativas sobre el alcance que puedan tener nuestros acuerdos en el ámbito comercial, en el ámbito arancelario, en el ámbito aduanero. Pero es fundamental que, por encima de esos debates técnicos, prevalezca un mensaje político claro. Desde luego, si pudiéramos establecer ya una negociación clara con Mercosur, habríamos conseguido algo muy importante en una región que requiere, que exige, compromiso europeo manifiesto. Tal vez así, además, ayudemos a los países del Mercosur a superar esas trabas de orden técnico que les afectan y dar un mayor dinamismo a su voluntad de integración política y económica.

Tampoco se han iniciado las negociaciones con la Comunidad Andina. En las Cumbres de Madrid (2002) y Guadalajara (2004), se habló de la necesidad de seguir avanzando,

de dar un mensaje claro, de iniciar negociaciones. Lo cierto es que nos acercamos a la Cumbre de Viena (2006) y esas negociaciones no han dado comienzo. Nos habíamos propuesto evaluar de manera conjunta los avances en la Comunidad Andina en materia de integración. En marzo tendremos un informe en el que ambas partes dirán hasta dónde se ha llegado. Y es verdad –y lo sabemos– que hay opiniones encontradas. Es verdad que hay quien piensa que los avances en cuestiones técnicas dentro del proceso de integración han sido suficientes, como lo han sido en el desarrollo institucional de la Comunidad Andina. Pero también hay quien ve algunas sombras en dicha Comunidad. Venezuela ya ha iniciado los trámites para integrarse en Mercosur, donde su propuesta ha sido bien recibida. En Bolivia, aunque se asegura que no se va a abandonar a la Comunidad Andina, sí se han escuchado voces que abogan por un mayor acercamiento a Mercosur. Además, visto el panorama energético del Cono Sur, creemos, desde España, que ese acercamiento sería positivo, incluso en los países en los que, en principio, esa situación no se va a dar, como son Perú y Ecuador. Nos encontramos con que tenemos unas elecciones en el horizonte, y tal vez esto no permita que en los próximos meses se tomen decisiones importantes en este sentido. Aunque no es menos cierto que Perú y Ecuador, como también Colombia, merecen una atención por parte de la Unión Europea y un mensaje político, un compromiso más claro y más fuerte. Por eso, España espera que se decida de manera clara el inicio de las negociaciones con la Comunidad Andina, que no se retrase más algo que ya debería de haberse iniciado. Pero, sobre todo, que no sigamos argumentando que la causa de que no tomemos una decisión es la falta de avances en el proceso de integración cuando, precisamente, el cometido de dicha decisión es impulsar este tipo de procesos. El hecho de que dos de los miembros de la Comunidad Andina puedan dirigir su mirada hacia Mercosur no debe ser un impedimento para que los otros tres países mantengan sus legítimas aspiraciones de acercamiento a la Unión Europea.

En Centroamérica ocurre exactamente lo mismo. También en marzo contaremos con una evaluación de cómo se ha avanzado en los procesos de integración. Creo que la voluntad, en este caso, es obvia, no hay disenso. La mejora institucional progresiva ha permitido en los últimos años avances muy claros. Tanto que, a veces, si pensamos en lo estables y lo sólidas que son en este momento las relaciones entre los Gobiernos centroamericanos, sorprende recordar lo que era la vida política de esta región hasta hace muy poco. No se puede hablar de una integración regional perfecta, es evidente. Pero creo que no hay duda de que se ha alcanzado un nivel aceptable. De modo que, también desde España, insistimos en que la negociación con la Unión Europea servirá de motor para consolidar esos procesos. No podemos ni debemos esperar más. Asimismo, los países de América Latina se han enmarcado en un proceso de acercamiento en lo comercial a Estados Unidos, un acercamiento no uniforme, obviamente, pero que afecta a un número importante de países. En cuanto a la firma de acuerdos de libre comercio, CAFTA, en Centroamérica, es ya una realidad. También se ha avanzado de manera notable en el caso de Perú, de Colombia y de Ecuador. Ya sabemos que las relaciones comerciales entre América Latina y Estados Unidos son muy intensas, mucho más de lo que lo son con la Unión Europea. Si la Unión Europea no avanza de manera sustancial en este sentido, seguiremos ausentes de una región que necesita a Europa. La cohesión social es el elemento vertebrador de esa relación política entre la Unión Europea y América Latina, es el reto principal. Creo que si tuviera que dar un titular a lo que debería ser una política europea, en especial en lo que se refiere a la política española en América Latina, hablaría de integración. Integración dentro de las

sociedades de muchos países en los que existe una exclusión social, en los que el problema de la pobreza y de una insuficiente redistribución lleva a la separación entre ricos y pobres. Los niveles de pobreza en algunos de estos países alcanzan tasas muy elevadas. Hablaría de integración también porque hay una cierta ruptura entre esas opciones, que se han denominado por algunos “neopopulistas”, y las opciones liberales. Y hay un punto de encuentro entre ambas que es el de la necesaria redistribución. Hay también rupturas entre el norte y el sur, y por eso hay que trabajar en el aspecto de la integración. Hay alejamientos de las instituciones financieras internacionales, en cierta medida de la Unión Europea, así como de Estados Unidos. Es necesario, por tanto, integrar. Y en ese esfuerzo, en todos estos aspectos a los que me he referido, la cohesión social es el gran titular. Cohesión social que, además, está muy relacionada con la democracia. No hay verdadera democracia si no hay una cohesión social, si no hay una agenda reformista, unas instituciones que trabajen realmente para establecer un vínculo muy directo entre Gobiernos, legislativos, partidos políticos, Poder Judicial y las sociedades cuyos intereses deben defender. Por eso es fundamental que, en la Cumbre de Viena, la Unión Europea lance un mensaje muy claro de compromiso político, de acercamiento, de apoyo a los procesos de integración y, sobre todo, de impulso a las políticas de cohesión social. En la última Cumbre, Guadalajara (2004), ese esfuerzo supuso, con una cifra de 32 millones de euros, con el proyecto Eurososial –la FIIAPP está desempeñando un papel importante en la ejecución de esos proyectos–, el inicio de un camino que consideramos muy saludable, pero a todas luces insuficiente. También esperamos que, en este caso, el mensaje sea más claro y pueda llegar con mayor rotundidad a América Latina. Por eso, voy a finalizar con dos ideas: la primera, la cohesión social; la segunda, la del acercamiento, la consolidación del diálogo político, de los acuerdos en lo económico, en lo comercial y en lo cultural entre la Unión Europea y América Latina. Son los dos grandes ejes sobre los que va a discurrir este Seminario, los dos grandes ejes sobre los que discurre la política exterior española, sobre los que debe discurrir de manera clara la política europea. Por ello, agradezco una vez más a la Fundación Alternativas, a la FIIAPP, a todos ustedes, que hayan acudido a esta cita y les deseo mucha suerte en sus trabajos. Muchas gracias.


Mesa 1. Estado del bienestar y cohesión social

Nicolás Sartorius (moderador)

■ Continuamos este Seminario con la primera mesa sobre el Estado del bienestar y la cohesión social, cuyos ponentes son Rodolfo Nin Novoa, Vicepresidente de Uruguay, y Alberto Navarro, Secretario de Estado para la Unión Europea. Una vez que ellos terminen sus exposiciones se iniciará un debate que yo moderaré. Agradeciendo una vez más la presencia de ambos, doy la palabra a Alberto Navarro para que exponga su punto de vista.

1.1 Estado de bienestar y cohesión social: una visión desde la UE

Alberto Navarro

 Voy a tratar de ser relativamente breve y dejaré luego copia de mi ponencia. Creo que tal vez lo que podría tener más interés para ustedes sería que aportara, desde la óptica europea, algunas ideas de lo que ha supuesto para Europa –y en concreto para España– la política de cohesión social y económica, que es una de las iniciativas españolas, una de las aportaciones que hemos hecho a la aventura de la integración europea en este contexto de las relaciones entre Europa y América Latina.

Primero, ¿qué entendemos por cohesión social? Bien, en una agenda europea de política social se definió la cohesión, por un lado, como “prevención”, prevenir y erradicar la pobreza y la exclusión; y, por otro, como promoción de la integración y la participación de todos en la vida económica y social, algo que puede parecer sencillo, pero que tiene una enorme complejidad. Estamos hablando, en el caso de América Latina, de más de 220 millones de personas que viven con menos de dos euros al día. En el caso de la Unión Europea –ampliada ya a 480 millones de ciudadanos después de la entrada de los últimos 10 Estados miembros, y a la espera de que en unos meses entren Rumania y Bulgaria, momento en el que superaremos los 500 millones de ciudadanos–, unos 55-60 millones de europeos entrarían dentro del concepto de pobreza y de exclusión. Creo que hay que tener asimismo en cuenta que nos encontramos en un mundo globalizado, interdependiente, en el que el cambio se está viviendo de manera muy acelerada y en el que, además, las experiencias de unos pueden ser de gran utilidad a otros. Por eso, como decía, voy a apuntar brevemente algunas ideas, algunos datos, desde la óptica española.

Nosotros tenemos la fortuna de pertenecer a este proceso de integración que no tiene parangón en la Historia. Muchas veces los propios españoles no somos conscientes de ello.

No hay en la Historia de la Humanidad otro proyecto de compartir soberanía, de integrarse política, económica, comercialmente, que sea comparable al proyecto europeo, al proyecto comunitario. Nos ha aportado, sobre todo, paz, cinco décadas sin guerras en este continente que ha estado tan habituado a hacerlas. De hecho, los chinos califican, con razón, a la Primera Guerra Mundial como una guerra civil europea. En cuanto a la Segunda Guerra Mundial, es también, hasta cierto punto, una guerra civil europea. Los españoles hemos participado 20 años en esta aventura de integración que ha cumplido ya el medio siglo, seguramente los mejores años de la historia de España, por lo menos de la Historia Contemporánea. Pero lo que aquí nos interesa, a efectos de las relaciones con América Latina, es tener una visión de cómo ha influido el proceso de integración europeo en la modernización de España y, digamos, en la lucha contra la pobreza, la exclusión, las desigualdades. La España de 1986, año de nuestro ingreso en Europa, era una España cerrada, una España que no llegaba al 77% de la renta media europea, comunitaria, una España que tenía un comercio exterior que no llegaba al 30% de su PIB, que es como se mide la apertura de una economía. La economía española de 1986 no se basaba en un comercio exterior, en importaciones y exportaciones, que entonces representaban el 27% de nuestro PIB de la época. En estos momentos, España es una de las economías más abiertas del mundo. Para algunos, la cuarta economía más abierta del planeta, porque estamos en la Unión Europea, que es la zona más abierta del mundo, pese a las críticas que recibimos desde otros continentes, desde los que se nos denomina "Europa fortaleza", críticas que se basan en un estereotipo y en una fijación sobre la política agrícola común. El arancel medio europeo está en torno al 4%, entre el 2% y el 4% en Estados Unidos; en torno al 8% en Japón; en torno al 12% en los países emergentes; mientras que en Brasil y en muchos otros países latinoamericanos el arancel medio se sitúa por encima del 20%. Hoy, España tiene un comercio exterior que representa el 67% de su PIB, un PIB que, además, ha ido creciendo de una manera muy superior al de la media europea.

Estos 20 años de apertura a Europa y al mundo han sido 20 años sin parangón en términos de prosperidad. España está ya prácticamente en la renta media europea. En cuanto ingresen Rumania y Bulgaria superaremos esa media. Hemos recibido muchísimo de Europa, algo que, lamentablemente, no ha sucedido en América Latina. Durante estos 20 años, España ha recibido, en saldos netos entre lo que hemos pagado y lo que hemos recibido del presupuesto europeo comunitario, más de 100.000 millones de euros netos, es decir, más de 16 billones de las antiguas pesetas. Es decir, una media del 0,8% del PIB español cada año en un país como España que hasta ahora ha sido incapaz de dedicar algo más del 0,30% o 0,35% en ayuda oficial al desarrollo al Tercer Mundo, mientras que está recibiendo cada año de otros ciudadanos europeos –que son los que, con sus impuestos, hacen estas transferencias a través del presupuesto comunitario–, una media del 0,8% neto de su PIB. Pero la cohesión no se puede reducir tan sólo al presupuesto.

Por otro parte, la semana pasada se hicieron públicos los datos del Banco Europeo de Inversiones. España ha sido en el 2005 –como lo ha sido otros años– el principal beneficiario del BEI. La obra más importante que se realizó el año pasado fue precisamente el metro de Madrid, que recibió 1.200 millones de euros de préstamos del BEI. España recibió más de 7.000 millones de euros –algo más de 8.000 millones de dólares–, sólo el año pasado, en préstamos del Banco Europeo de Inversiones. Por no hablar del euro, que, sin duda alguna, ha sido un instrumento de solidaridad que nos permite tener un

tipo de interés, unas hipotecas, a poco más del 3%, frente al 20% que se pagaba en los momentos de nuestro ingreso con la peseta. Estos son algunos apuntes muy breves de lo que supone en Europa una política de cohesión, que tiene una financiación relativamente importante si se mira desde América Latina, pero que no se puede comparar aún, por ejemplo, con la de un Estado federal, con lo que puedan destinar Estados Unidos, Alemania o la propia España en términos de solidaridad interterritorial.

El presupuesto comunitario representa en estos momentos un poquito más del 1% del PIB comunitario –el 1,09% del PIB europeo–, y en las perspectivas financieras para el periodo 2007-2013 se ha llegado a un acuerdo para que sea del 1,05%. En este periodo en el que estamos ahora (2000-2006), a punto de concluir las actuales perspectivas financieras que se aprobaron en 1999 en Berlín, se han destinado a fondos estructurales de cohesión 215.000 millones de euros. Durante el periodo 2007-2013, en Europa vamos a destinar a los fondos estructurales algo más de 320.000 millones de euros, de los cuales algo más de la mitad irán a parar a los 12 nuevos Estados miembros –incluyendo a Rumania y Bulgaria, que son países mucho más pobres, incluso, de lo que lo era España cuando ingresamos en Europa en 1986–. Rumania y Bulgaria apenas llegan al 35% de la media europea, es decir, al 35% de la renta per cápita española, mientras que la mayoría de los nuevos países no superan el 50% de esa cifra. Pero querría apuntar ahora hacia América Latina.

Estoy seguro de que, a lo largo de este Seminario, hablaremos sobre las relaciones entre los dos continentes. Sin duda, tenemos algo que nos une –cosa que no ocurre con ningún otro continente del mundo–, que es que compartimos los mismos valores, que vemos el mundo de la misma manera. Apostamos por el multilateralismo; condenamos y hemos abolido la pena de muerte; apoyamos el Tribunal Penal Internacional; apoyamos el Convenio de Ottawa sobre las minas antipersona; apoyamos el protocolo de Kioto... Esto no ocurre ni con Estados Unidos, ni con Rusia, ni con China, ni con Asia, ni con África. Por otra parte, somos el primer socio comercial de América Latina, si descontamos a México. Tenemos unos intercambios comerciales que han superado los 120.000 millones de euros en 2003. Europa es, con mucho, el primer inversor en América Latina, muy por encima de Estados Unidos –casi el doble–, y esto demuestra la confianza, la apuesta de la sociedad europea por el futuro de América Latina. El *stock* de inversión extranjera en estos momentos en América Latina supera los 220.000 millones de euros. Y somos también, con mucho, el primer donante en ayuda al desarrollo, en ayuda humanitaria. Sólo desde la Unión Europea –es decir, sin contar con las ayudas de España, de Italia, de Francia o del Reino Unido–, la financiación supera los 500 millones de euros al año en donaciones a fondo perdido, mientras que el Banco Europeo de Inversiones –desde mi punto de vista, el principal instrumento de futuro, y el que más conviene a muchas de las economías latinoamericanas, como la de Brasil, México, Uruguay, Chile o Argentina–, ha gastado o ha prestado más de 1.100 millones de euros en los últimos cuatro años. Esperamos que en la Cumbre de Viena se anuncie un paquete muy importante. La propuesta es que llegue a los 4.000 millones de euros para el próximo periodo de financiación.

Por último quisiera destacar muy brevemente la comunicación que ha presentado la Comisión, que servirá de base para la elaboración de las conclusiones de la Cumbre de Viena. En dicha comunicación se hace hincapié sobre todo en la apuesta de Europa por

la cohesión social en América Latina. En especial, se destaca que la cohesión social, la reducción de la pobreza, el desarrollo económico, el Gobierno democrático y el respeto de los derechos humanos van unidos y se refuerzan mutuamente. Por ello, la Comisión propone una agenda de cohesión social para los años 2007 a 2013, periodo para el cual la Unión tendrá ya aprobado un presupuesto y contará con fondos suficientes.

Todo este debate se vincula obviamente a los objetivos del milenio, al hecho de que la pobreza ya no se puede medir tan sólo en términos de ingresos. Hay que hablar de sanidad, de educación, de participación democrática, de un empleo digno, de lo que llamamos ahora los Índices de Desarrollo Humano. Y uno de los resultados que se quieren alcanzar en la Cumbre de Viena es precisamente la creación de un foro de cohesión social de carácter bianual que promueva un verdadero intercambio de ideas y de opiniones entre europeos y latinoamericanos.

Querría dejar muy claro que, desde la óptica de nuestra vieja Europa, no pretendemos, en modo alguno, dar lecciones, sino sólo compartir nuestras experiencias, que América Latina aprenda de nuestros errores para evitarlos, y también de nuestros éxitos para tratar de emularlos. Dicho esto, quisiera, sin embargo, llamar la atención sobre la existencia de dos grandes déficits que afectan a América Latina. Por un lado, un déficit de cohesión social –y aquí, la responsabilidad principal recae en los gobernantes locales–; y un déficit de integración regional. Son dos elementos sobre los cuales Europa ha trabajado. Lo que quiero ahora es repasar un poco la lección de lo que ha significado esto en términos de prosperidad, de creación de riqueza. Porque si queremos combatir la exclusión y la pobreza hay que crear riqueza. Lo contrario sería repartir la pobreza entre algunos más, de modo que todos seríamos un poquito más pobres. Como decía, la única manera de luchar de verdad contra la pobreza es creando más riqueza, mayor prosperidad. En este sentido, la lección que nos ofrece la España de estos últimos 20 años es que, a más apertura al exterior, muchísima más prosperidad. Nunca, en nuestra historia, hemos tenido unos niveles de prosperidad como los que tenemos hoy dentro de Europa. Para que esto se comprenda mejor, pongo siempre dos ejemplos: nuestras relaciones con Portugal, por un lado, y con Francia, por otro.

España y Portugal han vivido, durante siglos, de espaldas. Por ello, las relaciones entre ambos países fueron el elemento más difícil de negociar en el Tratado de Adhesión de 1985. Portugal había estado en la EFTA, en la Asociación Europea de Libre Comercio, y regular los intercambios entre dos economías muy cerradas era muy difícil. ¿Cuál es la situación actual? Hoy, el nivel de intercambios entre España y Portugal es sorprendente. Portugal es hoy nuestro tercer mercado en el mundo, cosa que muchos españoles no saben. España vende más a Portugal que al Reino Unido, Italia, Estados Unidos o China. Tenemos más comercio con Portugal que con toda América junta, la del Norte y la del Sur. El año pasado superamos los 22.000 millones de euros de comercio entre España y Portugal, el doble de todo el comercio de España con América Latina. Y eso que tenemos comercio con estos países porque tenemos intereses muy importantes.

En cuanto a nuestra relación con Francia, existía un enorme temor, en los momentos de la adhesión a Europa, por el sur francés y el boicot a las fresas españolas. Hoy, España es el segundo mercado de Francia en el mundo. Francia vende más a España que al Reino Unido o que a Italia que son países con mucha más población, y tiene el mayor

superávit comercial en el mundo. Estos son datos para alentar a la apertura de unas economías que, a mi modo de ver, padecen un déficit importante de integración regional. En América Latina, el comercio interregional entre los países es bajísimo, posiblemente el más bajo del mundo, apenas llega al 15%-20%. En el caso de América del Norte esa cifra se sitúa en torno al 40%; en el de los países de Asia en el 49%; en el de Europa supera los dos tercios. España realiza más del 66% de su comercio exterior con la Unión Europea. Por consiguiente, existe ese doble déficit de cohesión y de integración regional en América Latina.

Desde aquí animaría a las economías latinoamericanas a que se impliquen en la integración regional, a que ese modesto 15%-20% del comercio exterior con sus vecinos se multiplique y se dispare. He estado viviendo unos meses en Brasil. Me sorprendió mucho, por ejemplo, lo cerradas que están las aduanas, lo cerrado que está Brasil como país. No tiene acuerdo de libre comercio con Estados Unidos; no tiene acuerdo de libre comercio con la Unión Europea –que concentra la mitad del comercio del mundo–. Es el caso contrario a México, que sí que tiene acuerdos de libre comercio con Estados Unidos y la Unión Europea. Por ello, no es ninguna paradoja que, desde hace ya unos años, México haya superado en el PIB a Brasil, a pesar de que Brasil tiene algo más de la mitad de la población de México. Es otro buen ejemplo de cómo la apertura del comercio al exterior se traduce en riqueza y prosperidad. En cuanto a las dificultades, por ejemplo, de Bolivia, para exportar cerveza a Brasil –cuando toda la exportación de Bolivia supone el consumo de un día en São Paulo–, es un ejemplo de las dificultades que tenemos todavía en América Latina. Entiendo, sin embargo, que en la actualidad el ejemplo europeo no es fácil de seguir. Por eso digo que no quiero dar ninguna lección, porque en estos momentos estamos discutiendo en Europa la libre circulación de servicios, que es una de las cuatro libertades del Tratado de Roma: libre circulación de personas, de bienes, de servicios y de capitales. La libre circulación de servicios está siendo demonizada en toda Europa por muchos que si los dejáramos desearían volver a implantar las aduanas en las fronteras del interior de Europa. La libre circulación de servicios se vive con temor, con miedo. Y son esos temores y esos miedos en este mundo globalizado en el que vivimos, de deslocalizaciones... los que influyen en la opinión pública, y no la realidad de lo que han sido, por ejemplo, estos 20 años de España dentro de la Unión Europea.

Es cierto que hay muchos otros elementos de los que se puede hablar. Es obvio que se necesitan inversiones en infraestructuras; redes de comunicación; que se necesita invertir en capital humano. Apunto un poco estos datos, estas ideas –que pueden resultar provocadoras o cuestionables–, para subrayar desde un punto de vista europeo algunos de los avances que se han conseguido en un tema que nunca concluirá: conseguir un Estado del bienestar modélico. Creo que es difícil encontrar otra zona en el mundo que no sea Europa donde se haya alcanzado mayor equilibrio entre el Estado del bienestar, el nivel de desarrollo y la cohesión social. Aunque nos quede mucho por hacer, el modelo social europeo me parece el más acertado. Por ello, en tanto compartimos con América Latina unos valores y una visión del mundo, creo que es el modelo que les vendría bien seguir. Pero para eso hay que avanzar antes en la integración regional, hay que abrir más las economías del continente. Y esto sin entrar en otros aspectos como los democráticos, de políticas sociales, de apoyo institucional, que son también fundamentales y sobre los cuales se va a hablar, sin duda, durante este seminario.

1.2 Estado de bienestar y cohesión social: una visión desde ALC

Rodolfo Nin Novoa

“ Para nosotros es un gran honor estar aquí. Quiero agradecer esta invitación, que se gestó en alguno de los viajes a Montevideo de nuestro amigo Antonio Fernández Poyato, que nos ofrece la oportunidad de intercambiar estas cuestiones sobre la cohesión social en el mundo desde el punto de vista latinoamericano.

La verdad es que la intervención de Alberto Navarro ha sido, como él mismo sugirió, muy provocadora. Hasta el punto de que me dan ganas de tirar todos los trabajos que yo había hecho, para dedicarme mejor a intercambiar con él algunas de las cuestiones que ha planteado con tanta lucidez. No lo voy a hacer porque sería una falta de respeto hasta conmigo mismo. Pasé varios días trabajando en esto y, por lo tanto, lo quiero comentar con ustedes.

Quisiera abordar este tema desde cuatro ángulos. El primero, el bienestar en el contexto latinoamericano. Para ello utilizaré algunos datos que no por repetidos dejan de ser válidos. El segundo, las reformas sociales en América Latina y el olvido de la protección que se produjo básicamente durante la década pasada. El tercero, la renovación del Estado social. El cuarto, el dilema político y económico de América Latina, qué tipo de democracia se pretende construir.

Empezando con el bienestar en el contexto latinoamericano uno se da cuenta de que, seis años después de haberse iniciado el nuevo siglo, el panorama social y económico de América Latina no deja de preocuparnos en la medida en que persisten importantísimos niveles de pobreza y desigualdad social. Todos estos son legados históricos, producto de varias décadas de aplicación de modelos contrarios a los intereses de la gran mayoría de ciudadanos y cuya máxima expresión tuvo, en la década de los noventa, graves consecuencias para las clases más desfavorecidas. A mí, cuando alguien me pregunta qué es lo que está pasando en América Latina respecto a este cambio político y esta explosión de Gobiernos progresistas y de izquierdas y de algunos neopopulistas, digo que es la consecuencia lógica de aplicar políticas de explotación de grandes mayorías latinoamericanas, que están cansadas de escuchar un discurso que no ha dado resultados en la aplicación práctica de las políticas locales. Naturalmente que estoy de acuerdo con Alberto en el sentido de que los principales responsables de la situación de América Latina somos los latinoamericanos. Estamos haciendo un enorme esfuerzo para tratar de desterrar el síndrome de la responsabilidad ajena. En América Latina en general, la culpa siempre la tiene alguien que no somos nosotros, y eso no puede ser así. Si nosotros no somos capaces de hacer un profundo análisis retrospectivo respecto a la aplicación de determinadas políticas que han dejado las huellas indelebles de su fracaso, no seremos capaces de superar estos momentos que vive América Latina. Citaré dos o tres cifras, que todos ustedes ya conocen, pero que considero importante repetir aquí una vez más. Estudios fiables indican que la pobreza que emana de América Latina afectó, en el año 2005, al 40,6% de la población total, además de que el 16,8% de la población se encontraría en condiciones de extrema pobreza. Estamos hablando de 213 y de 88 millones de personas, respectivamente, que viven en estas condiciones. Las lecciones del pasado reciente se han cobrado un costo

humano demasiado elevado. Los ensayos del liberalismo económico extremo –que exacerbaron el papel reservado al mercado, enajenando el patrimonio público y subestimando el papel central del Estado– provocaron más pobreza y exclusión social. Sin embargo, el mapa político del último lustro ha modificado aquella hegemonía de los noventa, constatando, por lo pronto, la consolidación de una oleada progresista –si me permiten la expresión– en la mayoría de las naciones sudamericanas. Esto constituye un giro significativo en las orientaciones sociales y económicas de las democracias latinoamericanas. En este sentido, los Gobiernos de signo progresista quiebran esa autonomía y divorcio, tan fomentados en las últimas décadas, entre las dimensiones económicas y sociales del desarrollo.

Existe suficiente evidencia empírica de que las buenas cosas por lo general van juntas. Así lo demuestra la historia económica y política de los países desarrollados, en concreto, los europeos, que supieron combinar crecimiento, bienestar y estabilidad democrática. El crecimiento es una condición necesaria, pero no suficiente, para mejorar las condiciones de vida de la población. La política es el instrumento fundamental para definir si ese crecimiento se traduce en distribución o en concentración de la riqueza. Si bien en esta fase de globalización económica cambiaron profundamente las condiciones de producción, acumulación e inserción internacional, tenemos la convicción plena de que el desarrollo, en su más profundo sentido, supuso y supone hoy más que nunca la justa combinación y asociación de crecimiento económico con equidad. Por lo tanto, no se trata sólo de superar los actuales niveles de pobreza e indigencia, sino, además, de apuntar a la disminución sensible de la brecha social. Ya no es posible sostener delicados equilibrios macroeconómicos a expensas de la pauperización masiva de los pueblos. Concebimos un desarrollo humano que implique inequívocamente una distribución de los beneficios del crecimiento económico de manera equitativa, en razón del cual la macroeconomía se somete a la necesidad de considerar el bienestar de la sociedad. La inversión de la ecuación señala, por tanto, como requisito de estabilidad democrática la calidad de vida de la ciudadanía, asumiendo que la política económica y la política social se conjugan en una estrategia de desarrollo humano.

Ahora bien, no ignoramos que la delicada situación social de América Latina va más allá de las políticas neoliberales instrumentadas en las últimas décadas. Como bien plantean algunos autores, esta región tiene una deuda social histórica con su población que data de las primeras décadas del siglo XX y que, en la actualidad, se encuentra sobredimensionada. Una deuda social que supuso no fomentar ni respetar los mínimos derechos civiles, ya que las libertades fueron, en diversos periodos, ampliamente limitadas o suspendidas, así como la operatividad de la justicia a la hora de dirimir los conflictos de propiedad; una deuda social que supuso no respetar los derechos políticos, que también fueron suspendidos en distintas fases del siglo XX, ni los derechos sociales. En este marco de constreñimiento de los otros derechos, en la mayoría de los países fue emergiendo cierta estratificación de beneficios que dio lugar, en algunos casos, a la emergencia de ciertos comportamientos corporativos en la distribución de beneficios que no favorecieron a la ciudadanía en su conjunto. En este contexto, América Latina en general –por supuesto, con variaciones entre los países que la componen– se enfrenta a un doble desafío. Por una parte, corregir la histórica deuda social, acentuada en los últimos tiempos, lo que en concreto significa mejorar las formas de distribución económica, es decir, de detener el proceso de desigualdad social, exclusión y empobrecimiento. Creo que América Latina tiene básica-

mente un problema grave de distribución de su riqueza, además de un PIB por completo insuficiente. Por otra parte, América Latina contribuye en el PIB mundial con apenas el 7%, y es responsable del 4% del comercio mundial. Esto significa, tal y como Alberto ha señalado, que el problema se encuentra en las dificultades en el proceso de integración, es decir, que mientras que América Latina no se integre adecuadamente en un proceso que signifique mayor apertura, mayores inversiones, mayores posibilidades, difícilmente podremos superar esta situación. Esta es la razón de que me guste mucho observar las experiencias ajenas, porque habiendo tantos errores nuevos por cometer, qué necesidad tenemos de cometer viejos errores. Estas experiencias de integración me hacen pensar que el problema principal que tenemos en América Latina a la hora de enfrentarnos a estos procesos de integración se halla en la falta de voluntad política de crear organismos supranacionales, de entender que en estos procesos de integración no se cede o pierde soberanía, sino que se comparte, tal y como sucede en el caso europeo.

El segundo desafío consiste, por un lado, en incorporar a las carteras políticas públicas del área social la nueva gama de derechos que hoy integran el estrato ciudadano relativo a las nuevas demandas, fuertemente vinculadas a la redistribución del poder, como son, entre otras, la problemática de género, infancia y juventud. Es decir, la pobreza no afecta sólo a la gente que no tiene acceso a un techo o a la comida. Por supuesto que hay algo de eso. Pero también mucho más. Porque en el marco de los nuevos derechos, del progreso de la Humanidad y de las nuevas demandas que la gente va planteando, surgen otros temas. Por ejemplo, el tema de género, que es un tema básicamente de igualdad de oportunidades, que está provocando una fuerte discusión en Uruguay, pero también en toda América Latina. Segundo, las reformas sociales y el olvido de la protección. No hay lugar a dudas de que el modelo de desarrollo que imperó en América Latina a partir de la década de los cincuenta y hasta mediados del setenta, el llamado “modelo de sustitución de importaciones”, fue un rotundo fracaso, y no voy a exponer las razones que llevaron a esto. No obstante, me interesa destacar que, entre esas razones, figuran los cambios en la forma de acumulación. Y asociados a ello, la revolución tecnológica y el proceso de globalización de la economía. Más allá de la variabilidad en grado y niveles de implementación de ese modelo en nuestros países, así como sus problemas intrínsecos, me importa señalar que dicho modelo daba ocasión de definir políticamente una estrategia de protección económica y social, lo que nosotros conocemos como seguridad social. Esto no significa, como dije antes cuando me refería a los derechos sociales, que esa seguridad social se extendiera lo suficiente entre los diversos estratos de la población o que estuviera exenta de manejos políticos discrecionales que disminuían y oscurecían su vocación universalista. No, todo lo contrario. No obstante, existía un espacio político para demandar una distribución de beneficios más justa y equitativa.

Ahora bien, el agotamiento de este modelo retiró lo social de la agenda política, y el tema distributivo pasó a ser un derivado menor y secundario del tema económico. En ese marco, la integración social dejó de ser un tema colectivo y pasó a convertirse en un problema individual de ajuste a la dinámica del mercado. Pero aún hay más: se pactaron un conjunto de reformas sociales uniformes sin atender a las diversas tradiciones de bienestar que tenían nuestras naciones, ni a los niveles de desigualdad y problemas sociales que presentaban. Así fue como se pasó a manejar una sola opción de revisión de los matices de bienestar existentes: la privatización de la seguridad social y de un conjunto amplio de servicios sociales, así como la reducción al mínimo del papel del

Estado en el campo de la protección. América Latina fue un terreno privilegiado de experimentación en esta materia, y cuando se vislumbraron los costos sociales asociados a las reformas socioeconómicas, pasamos a ser naciones receptoras de una serie de programas sociales de combate a la pobreza. La mayoría de estos programas tuvo un impacto social reducido y aumentó la “balcanización” del Estado en el área social, en la medida en que este tipo de intervenciones públicas fueron fragmentarias, descoordinadas y se superpusieron unas a otras, en una suerte de agregación autónoma de iniciativas en esta materia.

Lo expuesto hasta el momento no supone una simple crítica sin fundamentos, ni una propuesta sobre el tratamiento político del área pública, social. Tampoco se plantea como una visión nostálgica del pasado. Por supuesto que se hacía necesario introducir reformas al viejo edificio de la seguridad social. Este sistema se había vuelto insostenible financiera y demográficamente, dado que la ecuación básica entre la población activa –que aporta al sistema– y la pasiva –receptora de los beneficios– se había comenzado a desequilibrar. Pero esto no significaba que la única opción de política pública fuera la privatización radical del sistema. Por supuesto que también se hacía necesario llevar adelante programas de combate a la pobreza para iniciar un proceso de amortiguación de las derechas sociales existentes. Sin embargo, estos programas no tenían por qué ser diseñados como proyectos aislados, sin claras articulaciones con el resto de servicios sociales públicos y con una perspectiva coyuntural que no sólo suponía una fecha de finalización que no siempre se cumplía, sino una forma de organización que no propiciaba la acumulación de experiencias y, menos aún, generaba capacidad institucional pública en el campo social. Pese a esta programación uniforme de reformas sociales, aclamadas como recetas mágicas capaces de resolver los vicios y las inadecuaciones de los sistemas de protección en muchos de nuestros países, la política operó más allá de la oposición de los tecnócratas que veían amenazados sus diseños, supuestamente perfectos y neutros, de políticas sociales. La política se manifestó a través de partidos de oposición al Gobierno, de movimientos sociales y de diversas organizaciones de la sociedad civil que, en ocasiones, pusieron freno a la implantación de este tipo de reformas. Por ello, en muchos de nuestros países no se implantó un sistema de seguridad social estrictamente privado, no se desregló al extremo el mercado de trabajo y se inauguraron programas sociales que, si bien estaban dirigidos a personas en situación de pobreza crítica, terminaron ensamblándose en la tradición de protección de las naciones de referencia.

Cabría preguntarse por qué tanto ensayismo en un campo tan sensible de intervención pública, cuando éste no sólo planteaba erogaciones financieras para sustentar estos proyectos en el corto plazo, sino que, además, deslegitimaba la impostergable tarea de revisar los tradicionales sistemas de seguridad y de ayuda social en busca de ajustarlos a los nuevos parámetros de acumulación y a las nuevas demandas sociales. Estamos convencidos de que una de las respuestas posibles, independientemente de la presencia de un conjunto de intereses en una determinada dinámica de los procesos de reforma social, es la imperdonable ausencia de un debate político acerca de qué tipo de sociedad se busca impulsar, qué grado de desigualdad social se pretende tolerar, en definitiva, qué niveles y qué formatos de integración social se intentan promover.

Tratando de responder a estos interrogantes estratégicos, planteamos las siguientes convicciones políticas, sustentadas técnicamente en los esquemas de bienestar social que

deberían prosperar en América Latina: primero, es impostergable repensar el nuevo Estado social, recuperando las tradiciones y acumulaciones que tienen como capital –aunque incompleto– las diversas naciones y, de manera simultánea, atender a las estructuras de pobreza y desigualdad social que se han producido; segundo, desterrar la falsa dicotomía entre la esfera pública y la esfera privada en materia de provisión de bienes sociales, rediseñando modalidades de colaboración que supongan la definición de reglas de juego consensuadas; tercero, invertir en capacidades públicas institucionales, en la forma de ejercer la función estatal el agente responsable del bienestar y la protección de la ciudadanía en su conjunto, ya sea implementando y evaluando directa o indirectamente, así como regulando el funcionamiento de los diversos programas sociales; y cuarto, innovar en los formatos de gestión de las políticas sociales, ya sea dando la posibilidad de regionalizar y descentralizar distintas iniciativas, como abriendo espacios efectivos de participación, por más que esto último desafíe al poder político representativo instituido.

Otro punto que querría abordar es la renovación del Estado social. Más allá de estas convicciones o principios políticos que deben guiar la tarea de reestructuración del nuevo Estado social, es indudable que los desafíos y exigencias a las que se deben enfrentar los diversos continentes son en esencia distintos, lo que en la práctica se traduce en reorganizaciones institucionales y modalidades de intervención pública específicas, es decir, no idénticas. En este marco, me interesa señalar que el desafío al que se están enfrentando los países europeos se refiere a su tarea de adecuar el Estado del bienestar –que, sin duda, constituye uno de los logros más trascendentes de las civilizaciones occidentales– a las transformaciones económicas y socioculturales, demográficas e institucionales de los tiempos que corren. En cambio, América Latina se enfrenta al desafío de identificar estrategias viables para superar graves problemas sociales, como son la pobreza e indigencia acumuladas históricamente y, asimismo, asegurar mínimos aceptables de bienestar a los diversos estratos sociales. Por esta razón, y en pos de no reeditar los errores del pasado –en términos de generación de un pensamiento mágico, ingenuo–, se debe estimar la estructuración de ese nuevo Estado social considerando la existencia de un polo de bienestar revisado, articulado, con un polo de asistencia moderna que atienda de forma prioritaria a las situaciones de exclusión social. Ese polo de bienestar se refiere, de manera específica, al conjunto de políticas sociales universales, muchas de ellas vinculadas al mercado de trabajo; otras, de clásico perfil sectorial; y otras relativamente novedosas, atentas a la situación de grupos de población específicos: género, juventud, infancia, etc.

Un porcentaje importante de este polo de bienestar fue sometido a reforma, de modo que se tendió a limitar o deprimir los beneficios distribuidos. Ahora resulta necesario revisar los cambios introducidos e imprimir a ese polo coherencia interna, asegurando un lugar específico a las nuevas políticas públicas dirigidas a grupos o a categorías sociales que, por definición, son transversales, es decir, que atraviesan las clásicas políticas sectoriales como educación, salud, etc. Este polo de asistencia moderna, denominado por muchos autores como “malla de seguridad en la lucha contra la pobreza”, supone asumir públicamente dos cosas: primero, que la deuda social histórica no se puede saldar en el corto plazo –apenas es posible paliarla–; segundo, que los niveles de desigualdad consolidados supusieron una pérdida importante de capital humano social básico –en algunos casos, irreversible–, que obstaculiza gravemente a esos grupos la integración a la nueva dinámica del trabajo y del empleo. Pero no queremos una asistencia tradicional, sino una que promueva la inclusión

social a medio y largo plazo, que cubra al mismo tiempo las necesidades básicas y los riesgos propios del ciclo vital y restablezca el circuito de socialización que hace que los distintos estratos sociales se sientan partícipes e integrados en la comunidad en la que viven. Para ello es imprescindible desterrar programas aislados de combate a la pobreza y diseñar estrategias que atiendan esas situaciones de vulnerabilidad, pero articulándose con el polo de bienestar de corte universalista. De esta manera se evita la superposición descoordinada de políticas sociales y la dualización del sistema de protección en su conjunto. Esto no significa que no existan programas específicos dirigidos a esos sectores sociales particulares, y a situaciones especiales, sino que los mismos deben estar diseñados y pensados en el seno de una matriz comprensiva de resguardo social general. No es ésta una tarea técnica ni académica –aunque las aportaciones de estos grupos son bienvenidas–, sino que es una tarea esencialmente política, que supone inaugurar un debate y acciones acerca del papel del mercado y del Estado en materia social.

Entramos en el último punto: qué tipo de democracia se pretende construir, o pretendemos construir, en América Latina. En este marco me importa señalar que la dimensión social del desarrollo, además de tener implicaciones económicas, tiene también serias repercusiones políticas. En este sentido, seguir consolidando una sociedad altamente desigual y fragmentada supone admitir que este continente no va a tener un sistema democrático pleno, sino apenas democracias llamadas “delegativas” o “duales”, es decir, aquéllas que cumplen formalmente con la dimensión electoral –relativa a la celebración de elecciones y a asegurar una cierta votación de sus gobernantes–, pero que carecen del aspecto sustantivo de responsabilidad pública a la hora de distribuir bienes que permitan la convivencia entre los diversos sectores sociales. Los grupos excluidos o marginados de los avances de las civilizaciones no tienen razones fundamentales para adherirse a un sistema político que los niega, que no los considera o que los excluye. Además, este hecho puede hacer emerger situaciones de conflictividad social de difícil contención o reparación. Más allá de esta potencial peligrosidad de los abandonados de este continente; más allá de los problemas de gobernabilidad que se puedan generar, no queremos la instauración de una democracia de tipo dual, basada en la represión, para contener las demandas insatisfechas. Queremos una democracia en la que ser niño o joven o de la tercera edad o mujer no se transforme en un estigma, sino que sea una condición fácil de tramitar socialmente. La inversión social no puede ser considerada una carga adicional, sino como la base para un desarrollo sostenible. La democracia requiere de recursos económicos. Quiero decir que es cara, que tiene que ser cara. No creo en las democracias baratas. La democracia requiere, por tanto, de recursos económicos porque supone la generación de espacios públicos donde dirimir el conflicto distributivo. Y no es posible sortear este aspecto con discursos vacíos que remitan a la eficiencia y la eficacia del mercado para la asignación de todos los recursos o riquezas de que dispone una sociedad. Sin oscurecer el funcionamiento del mercado, los latinoamericanos sabemos muy bien lo que significa no poder debatir o tramitar en público demandas sociales. La represión, el autoritarismo, formaron parte de nuestra historia sociopolítica y, de manera excepcional, trajeron crecimiento. Pero, incluso en casos excepcionales, los costos sociales y humanos están aún a la espera de ser reparados, pese a que se adoptó esa modalidad represiva en el hombre y en las buenas costumbres.

Por último, porque es parte también de esta inteligente provocación de Alberto, quiero subrayar que, para hacer frente a las soluciones de fondo de las situaciones de pobreza, exclusión y desigualdad social es necesario fortalecer los lazos de cooperación y soli-

daridad entre nuestros Gobiernos y nuestros pueblos del norte y del sur. Pero es mucho más importante tener reglas claras a la hora de acceder a los mercados. Para nosotros, no es una crítica a la Unión Europea, es una crítica al proteccionismo en general, que gasta mil millones de dólares por día en esa política. Para nosotros, más que ayuda, lo que precisamos son oportunidades de comercio. Y sé que hay una generación de dirigentes, políticos europeos, que están en esa misma sintonía. Porque, al fin y al cabo, la estabilidad y la paz también dependen del bienestar de la mayor parte de los ciudadanos del mundo. Por ahora, muchas gracias.

Nicolás Sartorius

■ Esta es una reunión, como saben ustedes, cuyo objetivo es intentar llevar propuestas, ideas, a la Cumbre de Viena. Por ello, más que grandes análisis, nos gustaría que surgieran ideas luminosas, propuestas que se pudieran aportar a este debate. Saben ustedes que en las carpetas hay un documento que hemos elaborado en la Fundación. Ese documento, evidentemente, será modificado para dar cabida a las cuestiones que se debatan durante estos días y, al final, saldrá un documento que intentaremos que llegue a los que luego toman las decisiones sobre estos asuntos. Sin más, se abre el turno de palabra.

Alfredo Valladão

“ Llevando un poco más lejos la provocación de Alberto Navarro, diré que en términos de cohesión social, por ejemplo, América Latina no existe. Cuando se habla de cohesión social no se habla sólo de ingresos, se habla también de cultura, de diferencias entre países, etc. La pobreza en Brasil o en Argentina no es la misma que hay en México, no es la pobreza boliviana... Por eso hemos de tener mucho cuidado cuando se hacen políticas de cooperación, de no meter a todos en el mismo saco. Entonces, primera cosa que creo que es fundamental: acabar con esta idea de políticas generales para toda América Latina. Esto no funciona. Hay muchas diferencias. No se puede hablar de Chile como se habla de Uruguay, como se habla de Costa Rica. Tenemos que ser mucho más serios si queremos políticas serias en este campo.

En relación con los derechos sociales “insuficientes”, como ha dicho el Vicepresidente Novoa, creo que hay que tener cuidado también con esto, porque en muchas legislaciones de los países latinoamericanos están registrados los derechos sociales más amplios y más progresistas del mundo. El problema es la aplicación. Somos muy buenos en la retórica, pero en el momento de aplicarlos no funcionan. ¿Por qué? Porque muchas veces el voluntarismo político que separa lo social de lo económico –como si lo uno y lo otro fueran variables dependientes sólo de la política– está muy condicionado. En América Latina, en la mayor parte de los casos, las políticas apoyan en muchos países presupuestos sociales muy altos, pero la aplicación fue siempre clientelista. Y fue clientelista tanto con Gobiernos progresistas como con Gobiernos no progresistas; con el liberalismo, como con el no liberalismo. En este sentido, en América Latina tenemos un problema serio. Una reflexión que tenemos que hacer es que todas las políticas públicas practicadas en varios países fueron políticas de protección a los sectores rentistas,

ya sean del capital o del trabajo. La pobreza que tenemos en América Latina viene, en muchas ocasiones, de este hecho, del hecho de que sólo los grupos que tienen fuerza para monopolizar la riqueza llevan a cabo la distribución entre ellos. Ya sean sindicatos corporativistas o empresas ayudadas por el Estado, se quedan con la riqueza nacional. Entonces, el problema que tenemos es un problema de democratización, de oportunidad para la gente, de educación y de apertura económica. Sí, en este último punto estoy de acuerdo con Alberto: la apertura económica es fundamental para acabar con el rentismo que tenemos en nuestras sociedades. Porque el Estado social es un problema de universalidad real y no teórica. Lo tenemos en Europa, ahora, con los problemas de las políticas sociales. Y lo tenemos en América Latina.

José Antonio Sanahúja

“ Recogiendo la provocadora y magnífica intervención del Secretario de Estado, Alberto Navarro, quisiera abordar el tema de los déficits de integración. Y se ha referido en concreto al debate, muy importante hoy por todo lo que representa, de la directiva Bolkenstein. Al respecto quería señalar que la cuestión tiene que ver con las frecuencias y los ritmos y, desde luego, con un déficit de integración que también tenemos en la Unión Europea. Qué duda cabe que la liberalización de los servicios nos va a ayudar, tal y como él ha planteado. Pero los interrogantes vienen, más que nada, por el desacompasamiento de esa medida con otras que también necesitamos y en las que la Unión Europea acusa un déficit de integración importante, como, por ejemplo, la armonización fiscal o la armonización de políticas sociales. Esto quiere decir que avanzar en demasía en la liberalización de los mercados, si no avanzamos al mismo tiempo en las políticas de cohesión, probablemente no nos ayude en nuestro propio modelo. Creo que éste es, en parte, el debate que hoy tenemos. Y poco ayudaríamos –o en poco contribuiríamos al debate “eurolatinoamericano”– si no reconociéramos, en ese sentido, nuestro propio debate sobre qué es la cohesión social, cómo mantenerla en el contexto de la globalización, de la liberalización de los mercados en Europa y más allá.

En otro ámbito de cosas, SEPAL ha escrito en estos últimos tiempos que se percibe un cierto agotamiento de un modelo de integración en América Latina que ha estado basado en la reducción de aranceles y en la liberalización del comercio de bienes. Estamos asistiendo, por el contrario, a una nueva actualización de la agenda de la integración en la infraestructura física, en los conos, en los anillos energéticos, en la infraestructura de comunicaciones, en el marco de iniciativas importantes, con el respaldo, además, del Banco Interamericano de Desarrollo de la Comunidad Andina de Fomento. Yo preguntaría, en este sentido, el papel que puede tener esa facilidad financiera que ha anunciado el Banco Europeo de Inversiones en relación con estos proyectos de infraestructura y esta estrategia ampliada de apoyo a la integración, que pasaría por la integración física. Muchas gracias.

Javier Doz

“ Dentro del sindicalismo, soy de los que defienden que no todo el libre comercio supone graves problemas para los trabajadores. Incluso me parece acertada una

de las cuestiones que ha planteado Alberto Navarro sobre –hago una interpretación– el problema de la integración en América Latina. O, incluso, de que el Mercosur salga adelante. No es un enfrentamiento de grandes alternativas políticas; no es ALCA frente a ALBA; no es Bush frente a Chávez o sus intermedios. Se trata de problemas comerciales, con sus enormes contradicciones, que afectan a países como Brasil o Argentina. Si no se resuelven estas contradicciones, no habrá integración comercial, económica ni política. Esto es verdad. Como es verdad, en cierto modo –quizá es una interpretación mía–, la pelota que ha devuelto a Alberto Navarro el Vicepresidente de Uruguay cuando decía: “No nos den lecciones de libre comercio desde el proteccionismo agrícola de la Unión Europea”. Las dos cosas son ciertas porque, hablando de comercio, hablamos de un mundo de contradicciones.

En cuanto a la experiencia de España en relación con Europa, por supuesto que coincido con la visión del Secretario de Estado en cuanto a los beneficios. Pero, claro, también hay que tener en cuenta el enorme déficit comercial y de la balanza de pagos que ha generado esa integración, hasta colocar a España en uno de los países de peor, o de más elevado déficit de la balanza de pagos del mundo, con el 8% del PIB. De modo que si no hubiera habido una compensación económica...

Por tanto, una propuesta para solventar los problemas que genera el comercio en determinados sectores, en el Mercosur, o la integración latinoamericana, sería establecer mecanismos financieros de compensación para los países, sectores, colectivos de trabajadores afectados por el libre comercio. No hay que olvidar que las grandes potencias, tanto las antiguas –Gran Bretaña, Alemania, Francia...– como las nuevas –China o la India–, se han lanzado a defender el libre comercio sólo a partir del momento en el que se habían hecho fuertes económica e industrialmente, después de haber sido muy proteccionistas.

En cuanto a estos mecanismos de compensación, ¿los pueden establecer los mismos países afectados, quizá los más beneficiados, como Brasil o Argentina? ¿Están en condiciones de financiarlos? ¿Pueden hacerse cargo de dichos mecanismos las instituciones financieras internacionales? Si no, evidentemente, habrá ganadores y perdedores, como los hay en la liberalización del comercio en el mundo, porque necesita de una compensación y de reglas de juego justas. Lo que no es justo, por ejemplo, es que China tenga derecho al libre comercio, y que haya ingresado en la OMC, si no cumple con los derechos laborales más elementales, si comercia sin derechos sindicales, si cuenta con trabajo infantil y con trabajo forzado o semiforzado...

En segundo lugar, quisiera sólo advertir, desde el punto de vista de la cohesión social, que no hay color entre Europa y la región del mundo más desigual, en términos sociales, que es América Latina. Simplemente diría que, en Europa, estamos en crisis política, de modelo y económica; que hay tendencias fuertes, políticas e ideológicas, empresariales, que quieren desmontar el Estado del bienestar europeo, con o sin razón. Algunos pretenden introducir reformas; otros quisieran ir mucho más allá. La crisis política es evidente: divergencias en torno a la Constitución Europea; división en la Guerra de Iraq; pacto de silencio de todos los Gobiernos ante la vergonzosa vulneración de los derechos humanos que significan los vuelos de la CIA; pacto de silencio de los Ministros de Asuntos Exteriores, aireado en una reunión

de Ministros de la OTAN y callado por todos. Europa, políticamente, no puede levantar determinadas banderas cuando cae en esas contradicciones. Es evidente que la ampliación ha supuesto graves problemas desde el punto de vista de la coherencia del impulso del proyecto europeo. Ahora, desde el punto de vista político, Europa está paralizada.

En cuanto a los presupuestos para el próximo periodo 2007-2013, no suponen un perjuicio excesivo para España, pero es cierto que suponen un evidente retroceso frente a los anteriores, en términos cuantitativos. Está claro que en beneficio de los países que se han incorporado recientemente a la Unión.

En fin, no pensaba tomar la palabra, pero me ha obligado un poco la intervención provocadora de Alberto Navarro. En concreto, cuando hablaba de colocar a un lado a los partidarios de la Directiva de servicios –no sé si en su versión “Bolkenstein”, “comisión de mercado interior” o “pacto de los grupos parlamentarios socialista y del Partido Popular”– y, al otro, a los partidarios de cerrar fronteras. Tengo que decir que muchos nos hemos opuesto a esa Directiva, no porque haya que volver a establecer fronteras –sería una contradicción absoluta–, sino porque ahora mismo tenemos casos en los tribunales de justicia europeos tales como pretender reparar o construir una escuela en un pueblecito al lado de Estocolmo con salarios de Letonia. Esto equivaldría a destruir el edificio laboral y de negociación colectiva europeo de una sola vez. Pretender esto y extenderlo a todo el sector servicios –tal y como ocurría en la primitiva directiva–, o pretender que desde el país de origen se controle el impacto ambiental o la calidad del servicio energético, educativo –primitiva versión– de una empresa letona en Portugal, es imposible. Está claro que hay que aprobar la liberalización. El problema es: cuáles son las reglas de esa liberalización.

María Silvia Portela de Castro

“ Quería hacer un muy breve comentario con respecto a lo que dijo el profesor Valladão. Estoy de acuerdo con la mayoría de las cosas que dijo, pero pondría algún reparo en lo referente al tema de los sindicatos. Es cierto que los sindicatos son corporativos. Pero colocar al mismo nivel a los rentistas, a los capitales y a los sindicatos, me parece una exageración muy fuerte. Primero, porque la falta de cohesión social, el cambio del modelo económico, de los procesos de trabajo, etc., ha provocado una expulsión masiva de trabajadores del mercado formal, cosa que ha debilitado mucho los sindicatos, al menos en la forma en que tradicionalmente existían. Como él dijo acertadamente, no puede ser que se trate a toda América Latina igual. Hoy, el sindicalismo en el norte de América Latina, en la región andina y en el Cono Sur son totalmente distintos. Por ejemplo, en América Central, el número de sindicalizados rondará, como mucho, el 10% de la población ocupada.

Por otra parte, creo que la falta de cohesión social ha llevado exactamente a una reducción del rol de los sindicatos, los ha debilitado. Y la falta de representación sindical, gremial y de protección social aumenta con la miseria. Lo cierto es que hoy el trabajador o la trabajadora insertos en el mercado formal de trabajo y que tienen contrato han alcanzado una categoría que hace años no habría sido posible debido al nivel de exclu-

sión. En todo caso, me preocupa, y considero muy radical, que el profesor Valladão pusiera en un mismo plano a los rentistas, a los sindicatos, etc. Es cierto que los sindicatos tienen todavía una política un poco corporativa. Pero todos esos cambios son difíciles precisamente por la reducción de la representación de los sindicatos... la alteración de la composición del mercado.

Joaquín Roy

“ Voy a limitarme a hacer preguntas. Teniendo en cuenta el contexto de la intervención del Secretario de Estado, Bernadino León, la intervención de Alberto Navarro y la impresionante admisión de culpas internas por parte del Vicepresidente de Uruguay, Rodolfo Nin, la pregunta concreta es: ¿con qué medios pretende la Unión Europea convencer a los latinoamericanos acerca de la integración?, es decir, ¿cuál es la oferta que ahora se está haciendo y que no se puede rechazar? Porque se está planteando más de lo mismo. Eso es lo que creemos nosotros. ¿Qué medios se están poniendo al alcance para evitar la resistencia a la supranacionalidad que, desde América Latina, se admite que ofrecen los dirigentes políticos? Y al vicepresidente Nin le preguntaría: ¿cómo respondería usted a la percepción de que Uruguay se está distanciando del Mercosur teniendo en cuenta que tratan con dos gigantes incontrolables –Argentina y Uruguay–, teniendo en cuenta que ustedes fallaron? ¿Podría concretar entonces con qué medios cuentan para renovar ese Estado de bienestar de las Américas –comparativamente mejor– que existió durante gran parte del siglo XX gracias a la labor de Valle y Ordóñez? ¿Es cierto que ustedes están enviando mensajes contradictorios con respecto al distanciamiento del Mercosur, teniendo en cuenta que los dos “monstruos” –Argentina y Uruguay– no se ponen de acuerdo, y que ahora, con el ingreso de Venezuela, ustedes no lo ven claro? ¿Es cierto que se van a unir al resto del continente que se decanta más por los Estados Unidos?

Álvaro García

“ Quisiera hacer una sugerencia para la Cumbre Unión Europea-América Latina. La consecución de la cohesión social es un objetivo complejo, multifacético, creo que requiere una condición *sine qua non*, y es contar con recursos para llevarla a cabo. En América Latina, la carga tributaria neta es del 14% del producto. No conozco ningún Estado del bienestar en el mundo que haya tenido éxito con esa tasa. Por lo tanto, una condición indispensable de éxito es elevarla. Como he dicho, esa tasa es poco menos de la mitad de la europea. Sin embargo, si miramos las tasas tributarias de América Latina, constatamos que son prácticamente iguales a las de Europa. Lo que hay es una evasión tributaria tres veces superior a la europea. Y, hoy día, superarla es un problema fundamentalmente tecnológico. En Europa se ha sabido hacer y, por lo tanto, una colaboración en este sentido podría resultar muy práctica. Soy consciente de que reducir la evasión conlleva problemas políticos. Pero es mucho más complejo subir las tasas tributarias, cosa que ya se ha hecho en América Latina. Informatizar los sistemas de impuestos internos no resulta tan complejo como elevar las tasas tributarias, y puede resultar igual de eficaz.

El segundo comentario que quería hacer se refiere al comercio exterior y a la posición de Alberto Navarro. Aunque coincido con él plenamente en cuanto a la importancia del comercio exterior para el crecimiento, creo, sin embargo, que las cifras que dio con respecto al comercio interregional en América Latina y en Europa reflejan más bien una distorsión en Europa que en América Latina. Un 67% del comercio interregional –que es el de Europa– no se corresponde con la realidad mundial. El comercio interregional del 15% al 20% en América Latina es mucho más coherente con la realidad de la economía global que el 67% europeo, y eso lo hemos sufrido en América Latina. La constitución de la Unión Europea significó, para prácticamente todos los países de la región, una reducción muy significativa del comercio con Europa. En estos últimos años, dicha reducción se ha visto superada porque los precios de los productos que América Latina está exportando han subido muchísimo. Pero vemos que el volumen de productos exportados todavía sigue siendo inferior al del periodo de la integración de la Unión Europea.


Ricardo Azevedo

Quisiera hacer tres comentarios rápidos. Primero, creo que hay que pensar bien la cuestión de la diversidad y la unidad en Latinoamérica. A mí me parece que nosotros tenemos muchos más elementos de identidad y de unidad que la Unión Europea, es decir, las diferencias, por ejemplo, entre Turquía –que está por ingresar en la Unión– y Alemania son mucho mayores que las que puedan existir entre cualquiera de los países de Latinoamérica. Nosotros no hablamos más que dos idiomas –si exceptuamos algunas islas del Caribe–. La religión católica predomina en todos los países. Nuestro proceso histórico de constitución fue igual, desde la colonización iberoamericana al proceso de independencia. También, y si uno mira la historia más reciente, veremos que hay procesos políticos, económicos y sociales que, con diferencias y particularidades en cada país, evidentemente, actúan con unidad en todo el continente. Y ahora –cosa que me parece muy importante– estamos viviendo una oleada progresista de gobiernos de izquierda, o de centro-izquierda, que han ganado diversas elecciones en distintos países. Una oleada que parece que se extenderá aún más con las elecciones que se van a celebrar todavía este año, en particular la de México, que me parece decisiva. ¿Por qué planteo esto? Porque creo que no estoy de acuerdo cuando se dice que los dirigentes políticos de Latinoamérica no comprenden la importancia de la supranacionalidad. No, al menos, en este momento. Aunque creo que sí es un déficit histórico fundamental. Tenemos dos déficits centrales: la cuestión de la inclusión social y la cuestión de la integración regional. Estos dos puntos son decisivos y, ahora más que nunca, con esta oleada de gobiernos progresistas, pues el estancamiento de este tema se debió a una decisión política de las elites y de los dirigentes anteriores que había en toda América Latina, que tenían otra visión en la que se despreciaba el tema de la integración regional.


Por último, me gustaría añadir a la excelente intervención del compañero Rodolfo Novoa –que habló de la cuestión de la integración social, de los nuevos temas sociales, de la tercera edad, de la juventud– un tema fundamental, no tanto en Uruguay, pero sí en otros países, que es el de la cuestión racial: el problema de los negros en Brasil y en otros países, que sufren una discriminación y un proceso de exclusión más fuerte que el que afecta a los blancos pobres; la cuestión de los pueblos indígenas, que sufren el mismo

problema en Ecuador, Perú, Bolivia, Guatemala y otros países centroamericanos. En definitiva, quería añadir este aspecto fundamental para Latinoamérica en el tema del proceso de inclusión.

José Luis Tortuero

 Soy profesor de Derecho del Trabajo y Seguridad Social de la Universidad Complutense de Madrid. Me dedico mucho más a la Seguridad Social y, por tanto, mi intervención se va a ver afectada por una cierta deformación profesional. Me ha alegrado mucho que, en esta primera sesión, el Vicepresidente de Uruguay haya puesto el dedo en la llaga con un tema que a mí me preocupa muchísimo, como es el tema de la privatización de los sistemas de pensiones. Creo que Chile fue el país que contó con un mayor periodo de desarrollo, con mejores condiciones económicas, además de haber sido el primer país que estableció la privatización del sistema de pensiones. Creo que el resto de los países latinoamericanos, desde México hasta Chile, cuentan con sistemas privatizados, con sus matices, sus diferencias, como en el caso de Uruguay. Pues bien, ya contamos con suficiente información como para poner de manifiesto que estas privatizaciones van a ser insuficientes. Y estos problemas de insuficiencia pueden provocar una explosión social, pueden hacer que la situación en Latinoamérica sea absolutamente insostenible de aquí a 10-15 años, dependiendo de los países. Creo que tratar aquí las reformas que se han hecho y llamar la atención sobre la insuficiencia de esas reformas, y de la explosión social, no es hacer demagogia. Hay que ser conscientes del problema, hay que ser conscientes de su magnitud, y hay que empezar a trabajar ya, antes de que los problemas se hagan mayores, para dar un nuevo protagonismo al Estado, para ver cómo se pueden solucionar estos problemas, sabiendo que vamos a contar con inconvenientes extraordinariamente importantes, como la presión del sector privado, que está muy implicado. Cuando uno oye las cifras de representación en el PIB de los fondos capitalizados en Latinoamérica, a mí por lo menos, que soy jurista y no economista, me entra un temblor de piernas tremendo. Es bueno que tomemos conciencia, es bueno que nos planteemos que hay que hacer cosas, que hay que reformarlas, y que empecemos a trabajar en esas reformas cuanto antes, antes de que no tengan solución. Muchas gracias.

Álvaro Espina

 Vengo del Ministerio de Economía y de la Universidad Complutense. Cuando un europeo visita las capitales de América Latina –o, por lo menos, el europeo que soy yo–, de lo primero que se sorprende es de un cierto impudor de la clase alta latinoamericana, de un cierto exhibicionismo de su riqueza, de una cierta desvergüenza a la hora de hablar de su responsabilidad fiscal, de sus deberes fiscales, de todo este tipo de cosas. No es algo que nos sorprenda, por lo menos, a los españoles, porque estábamos muy acostumbrados a escuchar esto durante el franquismo, ese deporte nacional de defraudar a Hacienda. Desde entonces, esto ha cambiado bastante, aunque creo que todavía hay mucha evasión. El Vicepresidente Rodolfo Nin ha hecho referencia al tema; también el embajador de Chile en Suecia y, en cierta medida, el profesor Valladão. Claro, si no hay suficiencia fiscal, es absolutamente impensable acometer programas no ya de un

Estado de bienestar, sino políticas sociales, políticas de equidad, políticas educativas generales, políticas de sanidad. La pregunta –y la sorpresa que uno siente, viniendo de Europa–, es: ¿por qué esta clase alta latinoamericana no tiene miedo de hacer algo que ninguna burguesía civilizada hace desde 1918, fecha en la que realmente se produce la revolución democrática europea después de la “I Guerra Civil Europea”, como la llaman los chinos? Y es que, a partir del momento en el que todo el mundo es consciente de que, cada cuatro años, la inmensa mayoría de la población se pronuncia sobre lo que quiere hacer, la clase rica exhibicionista tiene miedo de que llegue una revolución igualitaria y arrase con sus privilegios, etc. Es algo a lo que incluso los americanos temen, aunque tienen una mayor cobertura. Debatiendo hace un mes en Santiago de Chile sobre estos temas con el senador Foxley, él también se sorprendía cuando hablábamos de protección social. Decía: “Pero si es que no hay forma de acometerlo si no hay un cierto pacto fiscal”. Eso me recordaba el tema del pacto fiscal, de la reforma de Fuentes y Fernández Ordóñez en la etapa democrática española, y después de la generalización paulatina de hábitos de solvencia, de rigor y de un cierto altruismo fiscal, sin el cual no hay una fiscalidad moderna. Y el senador Foxley se sorprendía: “Bueno, esto, en realidad, es un prerequisite, es una condición *sine qua non* para avanzar en políticas de redistribución, pero, sorprendentemente, no entra en la agenda de nuestras discusiones políticas”. Y la pregunta es: ¿por qué no entran en la agenda de las discusiones políticas, en Latinoamérica y en todos los demás sitios, y en Europa sí? La única respuesta que se me ocurre es, empleando un término del profesor Valladão: clientelismo.

Cuando uno habla de clientelismo, de caciquismo, uno vuelve, desde España, a la España de la Restauración. Vuelve a unos sistemas electorales que hacían permanecer continuamente fuera del circuito de la participación política a la última cuartilla, a la más pobre, entonces con mecanismos duros. Pero después de examinar el caso de América Latina, y no sólo el de América Latina, uno mira a América del Norte y comprueba que también sucede algo de eso. Resulta que el 25%, o más, no participa. Éstas son democracias que yo he dado en llamar “democracias censitarias”, remitiéndome al liberalismo censitario del siglo XIX. No porque ahora se nieguen derechos a la capa de la población con ingresos más bajos, sino porque hay un conjunto de obstáculos técnicos. La inscripción, por ejemplo. El Estado no asume allí la obligación de hacer más fácil el derecho al voto a todos elaborando, por ejemplo, un censo electoral que obligue al Estado a comunicar a todos los que aparecen inscritos en él dónde pueden votar, tal y como sucede en Europa. Allí no. Allí hay que inscribirse para la ocasión. Y todo el mundo sabe que cuando hace falta llevar a cabo algún tipo de trámite previo, automáticamente el 25% o el 30% de la población nunca lo hace. Es, diríamos, una forma blanda de exclusión. Nadie prohíbe hacer, pero, en cierto modo, se prohíbe. Y cabalgando en esa evidencia sociológica, las capas altas de América Latina se sienten confortablemente instaladas porque la amenaza de revolución democrática no es creíble. He discutido este tema con el senador Foxley, y nunca entran en la agenda los problemas de protección y de financiación, de suficiencia fiscal. Si esto es así –y es una hipótesis que está por contrastar–, entonces la única forma de avanzar en esta línea es generalizar las prácticas de los censos electorales generales y facilitar a toda la población, por parte de los poderes públicos, que el que quiera votar lo haga cuando quiera. Si este problema no se soluciona de forma gradual y digestiva, nos enfrenta, en principio, a un problema: la amenaza de los populismos. La llegada, por primera vez, de capas tradicionalmente excluidas de las elecciones favorece normalmente a los programas populistas, salvo que los partidos de orden y los partidos de la burguesía reaccionen creando

programas electorales de democracia social. Y sólo con esa amenaza, creíble creo yo, si la hipótesis se mantiene, es posible que en América Latina observemos, durante los próximos 20 años, avances reales en las políticas de equidad. Mientras no haya amenaza creíble, las minorías, las oligarquías, las burguesías o las clases altas seguirán olímpicamente desvergonzadas exhibiendo su riqueza y sin comprometerse en programas de democracia social.

Víctor Godínez

Me gustaría añadir algunos comentarios sobre el tema de la política fiscal. Estoy de acuerdo con el Embajador Álvaro García en que éste es un tema que tiene una dimensión técnica muy importante. Pero me temo –y aquí coincido con el profesor Valladão– que la generalización sobre América Latina puede ser peligrosa, por ejemplo, en este terreno. Creo que, al menos en aquellos países que yo conozco bien de la región –México y los países de América Central y algunos del Caribe–, se debate sobre un problema fiscal muy grave, sobre una crisis fiscal crónica cuya característica más importante no es técnica –o no sólo técnica–, sino fundamentalmente política. Quisiera recordar aquí que algunos países, como México o como Brasil, por ejemplo, no son países pobres desde el punto de vista de la economía política internacional. Y lo mismo podría decirse de Argentina, de Uruguay, de Colombia, de Chile y de muchos otros países. Son países que, al menos desde el punto de vista estadístico, son considerados como países de ingreso medio, es decir, no son países pobres. El tema de la cohesión social hay que tratarlo en función de la estructura de poder, muy específica, que existe en estos países. Son países marcados por una gran injusticia distributiva. Su “pobreza” no es un problema de pobreza absoluta, no hay una pobreza como la que puede haber en los países africanos y algunos países asiáticos. Tienen un problema gravísimo de distribución. Y éste es un tema muy importante.

Termino con las observaciones que quiero hacer en el terreno fiscal, que no es un problema exclusivamente de carácter técnico, sino fundamentalmente político. Por lo menos en países como los de América Central y como México. Durante los últimos años, en el marco del modelo económico y de la política económica vigente en los últimos 20 años, han tenido lugar progresos espectaculares, por ejemplo, en materia de comercio exterior –en México, en todos los países de la América Central, en la República Dominicana...–. Son progresos que, sin embargo, no han transmigrado al resto del cuerpo social y, sobre todo, al proceso y a la dinámica económica del conjunto. Hay una especie de fractura creciente entre el sector exportador –boyante, dinámico– y el resto de la economía. Este modelo ha progresado en el marco de economías que tienden a polarizarse de manera extraordinaria desde el punto de vista económico, productivo, social, territorial y también social. Es un modelo que, por cierto, en estos países a los que me refiero, tiene un gran componente de depredación fiscal. Porque en Centroamérica, el Caribe y en México buena parte de este modelo está basado en la exención de impuestos para las empresas de subcontratación internacional, que utilizan infraestructura pública, pero no participan en los costos de reposición y de construcción de esta infraestructura. Este modelo ha progresado en todos estos países donde el sector informal ha crecido de una manera extraordinaria. En un país como México se calcula que el sector informal de la economía –es decir, aquellos sectores que no pagan impuestos, porque además no podrían pagarlos al tratarse, la mayor parte de

ellos, de sectores de subsistencia-, involucra entre el 40% y el 60% del PIB formal. Y en el sector informal se ocupa en torno al 35%-40% del país. De manera que aquí hay un problema fiscal muy grave, puesto en evidencia con estos datos. No es sólo el asunto técnico –que repito, es muy importante–, sino un problema que tiene que ver con la estructura política. Y no es que este tema fiscal haya estado ausente del debate público, al contrario. En un país como México es uno de los puntos fundamentales del debate político. El problema básico –y creo que esto vale para Centroamérica y para el Caribe– es que la discusión en torno a la reforma fiscal del Estado y al pacto fiscal que, desde hace mucho, se propone para toda América Latina a partir de la SEPAL, se centra en el incremento de los ingresos fiscales del Estado a partir –de manera casi exclusiva, por lo menos en esta región del subcontinente– de los impuestos indirectos. Es decir, una forma de no tocar ni con el pétalo de una rosa –como decía un poeta mexicano– a los sectores poseedores de las rentas, del capital. Y aquí hay un problema que, repito, no sólo tiene que ver con incrementar los impuestos. Es un problema que remite al contrato social que hoy está vigente en nuestros países y que está relacionado con la estructura de poder. Si en cada uno de los países no hay un nuevo contrato, es decir, una nueva alianza social, un nuevo acuerdo nacional en torno a este asunto, me parece que las discusiones a propósito de temas tan cruciales como el de la cohesión social no abordarán temas sustantivos. Me parece que éste es un tema que debiera ponerse en el centro de las discusiones, de las propuestas y de las preocupaciones en una reunión como la de Viena.

Isabel Yépez

“ En primer lugar, quisiera hacer un comentario. Primero agradecer la posibilidad de este encuentro que creo crucial, según todo lo que se ha escuchado ahora, para el futuro de América Latina y de las relaciones de América Latina y Europa. En primer lugar, quisiera hacer un pequeño comentario a mis dos colegas brasileños. Creo que ellos han tocado un elemento básico que está en relación con la unidad y la diversidad latinoamericana. Creo que los dos tienen razón, en el sentido, me parece, de que, efectivamente, Europa también es muy diversa, tan diversa como América Latina. Pero un elemento importante es, como decía Alfredo, que se trata de una política de cohesión social dirigida, por ejemplo, a apoyar la integración de comunidades étnicas que están totalmente marginadas. Una política que, por supuesto, tendrá un impacto distinto en cada país. Es decir, creo que hay una historia común, hay ciertos elementos comunes, como el problema de la concentración, del ingreso, etc., que permiten hablar, por ejemplo, de que hay un modo de producción latinoamericano caracterizado por ciertos rasgos. Esto no impide ver las especificidades. Y cuando se trata de políticas, es necesario saber qué realidades y qué cosas se quiere cambiar.

Quisiera hacer dos comentarios que tienen que ver con las dos exposiciones. Me parece que, hasta ahora, hemos puesto el énfasis en los problemas de cohesión social ligados a la integración socioeconómica –sobre todo, económica–, en cómo hacer frente a los problemas de concentración del ingreso y a la pobreza. Yo diría que, cuando hablamos de cohesión social, uno de los déficits que padece América Latina es el de ciudadanía, el de la capacidad que tienen los ciudadanos latinoamericanos en el ejercicio de los derechos. En ese sentido me pareció muy interesante la intervención del Vicepresidente de Uruguay, cuando comentaba que había un déficit social. Durante estos últimos 10

años, América Latina ha desarrollado políticas de lucha contra la pobreza bastante importantes y masivas. Un análisis de sus programas de lucha contra la pobreza muestra que son programas focalizados, con todo el éxito que tienen las políticas focalizadas porque están dirigidas a un grupo específico; pero con todo el riesgo de la no universalización de derechos y de que sean considerados como proyectos de ayuda; y con todo el problema del clientelismo. Por eso insistiría, en términos de políticas futuras, en cómo se combina de manera más permanente una política de lucha contra la pobreza y contra la exclusión con un ejercicio de derechos sociales, económicos, etc., para consolidar esa institucionalidad que es necesario desarrollar en América Latina. Ése es el primer punto.

El segundo punto, en términos de sugerencias, es que me parece que sería interesante que la Unión Europea pusiera énfasis en el apoyo a lo que, desde mi punto de vista, es uno de los déficits de los distintos procesos de integración en América Latina: la dimensión social. Creo que fue una persona de Comisiones Obreras, así como el señor Alberto Navarro, quienes señalaron, acertadamente desde mi punto de vista, toda la importancia que tuvo en Europa el apoyo y la compensación social a estos procesos de apertura. Ahora, ¿en qué medida es posible sostener esta dimensión social en los distintos procesos regionales que se viven en América Latina?

Susanne Gratius

Empiezo a sospechar que no tenemos ningún consenso en el tema de la cohesión social, ni entre los latinoamericanos ni entre los europeos. Porque en la Unión Europea también tenemos muchos modelos diferentes a nivel nacional. Entonces, la primera pregunta que me hago es, ¿quién se inventó este tema de la cohesión social? ¿Fue la Unión Europea, un latinoamericano, de dónde salió esto que estamos discutiendo ahora? Y un poco en este sentido me falta una definición. Porque estamos hablando de integración, de pobreza, de desigualdad, de políticas sociales nacionales. Creo que el único tema que podríamos discutir sería quizá el de Mercosur, que está en una crisis permanente, pero siempre surgen nuevas propuestas interesantes.

Por otra parte, la cohesión social es un tema que creo que es más bien controvertido en cuanto a las relaciones Unión Europea-América Latina, y sería todo un reto encontrar retos comunes.

Otro tema conflictivo es el de la deuda externa. En este sentido, ¿qué piensa hacer por ejemplo la Unión Europea? ¿Existen algunas propuestas de cómo vincular esto con el tema de la cohesión social? Porque es un tema que desapareció del debate, tanto latinoamericano como europeo-latinoamericano.

Manuela Mesa

Me gustaría señalar tres puntos. El primero tiene que ver con la Unión Europea y con el papel que podría jugar –o que puede estar jugando– en relación con el fortalecimiento de su política exterior, al tener un papel clave en la prevención y gestión

de conflictos o de tensiones que existen en América Latina, y que está en relación muy directa con la cohesión social –o con la falta de la cohesión social– y con la desigualdad y exclusión de los grupos sociales. Creo que el caso de Colombia puede ser un ejemplo interesante de cómo la Unión Europea ha tratado de estar en posición de promover la negociación, la diplomacia, en lugar del uso de la fuerza –una posición más “estadounidense” en este sentido–, y creo que sería muy importante avanzar en esta línea.

El segundo tema se refiere a la sociedad civil. Me parece que uno de los problemas que ha habido para avanzar en el proceso de construcción europea ha sido, en parte, la falta de implicación de la sociedad civil. Creo que si queremos sacar una lección de nuestro propio proceso, sería muy importante tener en cuenta el papel de la sociedad civil en los procesos de integración en América Latina, es decir, que no nos podemos centrar exclusivamente en las cuestiones económicas. Hay que tener también en cuenta esta dimensión.

Y en tercer lugar, está el tema de las migraciones. Es un tema compartido de cohesión social y ha estado ausente del diálogo político. No existe una política migratoria común en la Unión Europea, siendo un tema en el que es muy importante avanzar, tanto desde América Latina como desde Europa.

Clarisa Hardy

“ Después de escuchar muchas de las intervenciones, trataba de imaginar cómo armar una agenda temática compartible a partir de la exigencia de tener que ofrecer algunas propuestas para la cumbre de mayo, y sin pretender hacer ninguna proposición original. En cuanto a las cosas que se han dicho, me han impresionado las palabras de Álvaro Espina, referentes a una inquietud de América Latina. El Vicepresidente de Uruguay señalaba algunos datos. Lo que no señalaba de inquietante, que muestra la SEPAL, es cómo de manera creciente, países que mostraban mayores niveles de equidad los han incrementado, en concreto Argentina y Uruguay. Un país como Chile, que venía de un modelo tremendamente equitativo, ha logrado detener el proceso de deterioro de la equidad y, de alguna manera, empezar su reversión. Esto significa que hay algún aprendizaje interno también que hacer en América Latina en referencia a estos fenómenos.

Retomando el discurso de Álvaro –y tal vez como un elemento central en un encuentro donde el eje es la cohesión social–, el punto de partida es la necesidad de la legitimidad, de la calidad de la democracia como instrumento, condición básica para que la cohesión tenga sentido. Cuesta imaginar incluso la posibilidad de discutir el tema si no hay una demanda ciudadana lo suficientemente poderosa que lo exija. Y nosotros en América Latina hemos aprendido que el incremento de la demanda es fruto del proceso de construcción democrática. Una demanda de la propia ciudadanía que exija poner en la agenda política de hoy día y de todos los países el tema de la integración social, de la no exclusión, de la lucha contra la pobreza y de la cohesión social o como se le quiera llamar al tema. Lo digo porque, en la experiencia chilena, apenas se podía distinguir el debate político entre las fuerzas de derechas y las de la propia concertación que acaba de acompañar a las recientes elecciones. Esto es fruto de que, en democracia, la deman-

da ciudadana pasa a ser una apelación a todas las candidaturas de todos los colores políticos. Esto ha hecho que hoy día la democracia, como discusión, sea transversal. Sospecho que es lo mismo que ocurrió en el Uruguay, y es lo que está ocurriendo en otros países de América Latina. Por lo tanto, me parece un eje central la discusión de que la estabilidad política, la estabilidad de las instituciones y la calidad de la democracia pasan por sistemas electorales, modelos automáticos de inscripción electoral, etc., como los que mencionaba Álvaro, que están sumamente vinculados al tema de la cohesión social.

Un segundo punto es que el énfasis debe ponerse en la lucha contra la evasión y no en la carga tributaria. Creo que en América Latina la realidad es extraordinariamente desigual. Brasil debe ser de los países con la carga tributaria mayor del continente y, aun así, tiene niveles alarmantes de desigualdad. En cuanto al nuestro, Chile, sigue manteniendo una carga tributaria relativamente baja. Ciertamente tenemos un superávit fiscal de tal naturaleza que, para los próximos cuatro años, es probable que el programa social del Gobierno no requiera nuevos ingresos. Pero sospecho que lo que hace este tipo de discusiones es hablar a largo plazo de cuáles van a ser las tendencias demográficas a las que se va a enfrentar la población, qué va a pasar con las sociedades que envejecen, en las que las exigencias de los sistemas de seguridad social van a ser tremendamente gravosas, como lo van a ser los sistemas educativos, los de Sanidad, etc., por lo tanto, entiendo que, a corto plazo, son los debates políticos los que fijan los límites del debate fiscal. Lo cierto es que proyectarse hacia el futuro implica asumir en serio lo siguiente: si estamos de acuerdo con el principio de la universalización de derechos sociales esenciales –salud, educación, seguridad social–, las sociedades tienen que deliberar democráticamente sobre cuál es el nivel de solidaridad que están dispuestas a ejercer para que esto sea posible, y eso debe ser parte de un debate que será nacional. Habrá acuerdos regionales, pero será nacional y estará en función de lo que las propias deliberaciones democráticas permitan en cada una de las sociedades, como ha ocurrido, por lo demás, en la experiencia europea.

El tercer elemento al que quería aludir, y con esto termino, son algunas políticas específicas, más allá de la gran declaración de la cohesión social o de los mecanismos de integración, y empezar a identificar, para compartir experiencias, lo que señalaba Alberto Navarro: poder socializar los errores para no repetirlos, pero también poder aprender de las experiencias exitosas para no inventar lo que ya está probado. Lo primero, sin duda, tiene que ver con el tema de la integración racial o étnica. Esto varía en América Latina, pero son deudas pendientes prácticamente en todas nuestras sociedades. La mejor revelación es lo que acaba de pasar con las elecciones en Bolivia, lo que está ocurriendo en Perú o en el caso chileno, donde está pendiente una declaración constitucional del reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas. Ésta es una demanda que está generalizada y que, de alguna manera, no es distinta a lo que se ha mencionado aquí sobre el tema de las políticas migratorias, que tiene que ver con cómo construimos culturas nacionales donde se admita esta diversidad, que normalmente ha ido en detrimento de los sectores raciales minoritarios. Segundo –y ésta es una experiencia que nos la dejaron los europeos–, hace un par de años acompañé al presidente Lagos a la Cumbre de Líderes Progresistas de Londres (2003), y fue revelador escuchar que, salvo en el caso de los países nórdicos, la experiencia europea de haber dedicado todo el esfuerzo de los modelos de bienestar pensando en el pasivo y, por lo tanto, fundado en los sistemas pre-

visionales, abandonó el tema de la equidad desde la cuna, y el gran déficit de la atención preescolar. Buena parte de la desigualdad en nuestra sociedad nace ahí. Y donde menos experiencia hay en cómo abordar la necesidad masiva –sobre todo en poblaciones que nacen tan desigualmente– es en cómo atender de manera integral a la infancia. Esto es parte de una política que, en general, no ha sido considerada en las políticas sociales y que debiera ser determinante en nuestros países. Creo que en materia de educación y salud América Latina se enfrenta a realidades muy heterogéneas. Hay algunos países en los que los accesos son aún insuficientes. Pero en países como Argentina, Uruguay o Chile, en que el acceso es prácticamente universal, lo que hoy discrimina es la calidad. Y así tenemos ciudadanos de primera y de segunda debido a la calidad de los servicios de educación y salud. Éste es un tema pendiente que debiera formar parte de una agenda y que sospecho que no es muy distinto al tipo de debate al que también se enfrentan los países de la Unión Europea.

El tercero es el tema del empleo. La informalidad no es el único aspecto que afecta al tema. También la creciente precariedad en el empleo formal. La demanda de la construcción del trabajo decente es un tema pendiente en América Latina. Y sospecho que la situación no es muy distinta de la realidad con la que hoy día se enfrentan en Europa con respecto a las migraciones y a los problemas de empleo.

Por último está el tema de los sistemas previsionales. Por lo menos, el próximo Gobierno de Chile se ha planteado como eje central de su próxima propuesta de política la reforma del sistema previsional. Ahora tenemos que entender que partimos de pisos muy distintos. Existen sistemas mixtos. Chile, que está absolutamente privatizado, tiene un pilar solidario. Pero la gran discusión –y aquí el tema de la fiscalidad va a ser relevante– es cómo se incrementa el pilar solidario en un sistema que, además, también es privado.

Enrique Ayala

“ Cuando los europeos y los latinoamericanos se sienten en Viena y quieran discutir sobre la cohesión social, los europeos se van a encontrar con un problema, y es que la pervivencia del modelo social europeo está en discusión, de modo que difícilmente podemos ofrecerlo como experiencia. En los últimos meses, incluso años, en la Unión Europea viene siendo recurrente, bajo distintas presidencias, la discusión sobre el modelo social europeo. Fue el objeto más importante de la reunión informal del Consejo de Europa de Hampton Court en noviembre del año pasado; fue uno de los principales intereses de Tony Blair en su semestre de presidencia de la Unión Europea. Él lo formulaba de la siguiente manera: la mayor preocupación de los europeos es cómo ser eficientes, cómo ser competitivos en un mundo globalizado. Y en Europa existe una tensión entre lo que se conoce normalmente como el modelo social europeo y el neoliberalismo. Es decir, hay gente que afirma que el modelo social europeo, tal y como lo hemos concebido hasta ahora, es insostenible, que ante la competencia global se hace necesario sustituirlo. De hecho hay muchos países europeos que, de alguna manera, están liberalizando sus mercados de trabajo mediante contratos de primer empleo en Francia, o mediante el aumento del periodo de prueba –de hasta dos años en Alemania–; que están reduciendo los beneficios sociales del Estado del bienestar a base de aumentar el tiempo de jubilación o de reducir ciertos subsi-

dios, etc. Es decir, nos estamos enfrentando al mismo problema al que se está enfrentando Latinoamérica, un problema que irá creciendo en la medida en que se intente el aumento del nivel de protección social. No es un problema ficticio, porque hace tiempo que la dinámica económica ha superado el control político nacional. Naturalmente, existe una posibilidad, que es la integración. Aun así, aunque la integración sea capaz de proporcionar más fuerza en la lucha contra dicho problema, no lo resuelve. Es decir, si usted sube la carga impositiva en su país y otorga más derechos sociales a los trabajadores, la empresa X se irá a otro país donde tenga que pagar menos impuestos y los trabajadores tengan menos derechos, de modo que la empresa pueda obtener más beneficios. Poco se puede hacer contra esto, porque es un problema global, y a problemas globales, soluciones globales. Por lo tanto, y aunque la integración puede ayudar, creo que la solución pasaría por la globalización de los derechos sociales. Si hay una globalización económica, una globalización de los flujos de inversiones y una globalización de las empresas, tiene que haber una globalización de los derechos sociales para que todo el mundo pueda competir en la misma dirección. Si no, lo que se va a conseguir tratando de integrar capas de población, de dar más, de redistribuir la riqueza, de apoyar los derechos sociales es crear pobreza en vez de riqueza. La cuestión es, ¿cómo vamos hacia esa globalización de los derechos sociales? Y en cuanto a ofrecer propuestas concretas para Viena, ¿por qué no se intenta describir de alguna manera un modelo social común para Europa y para Latinoamérica –al menos, un mínimo común denominador–, con vocación de expandirlo al resto del planeta? Además de esto –pues, como ha dicho alguien antes, la retórica no da de comer a nadie–, los Estados y la Unión Europea tienen instrumentos en sus políticas económicas que se pueden utilizar en función de las políticas sociales de los países. Por ejemplo, se puede penalizar a los países que no cumplan un mínimo de normas de inclusión social, de derechos sociales, de Estado de bienestar. La Unión Europea podría decir: “Mire usted, nosotros hemos acordado en la Organización Mundial del Comercio un levantamiento de las tasas, pero como usted no está cumpliendo con este mínimo de derechos sociales que hemos acordado, no entra en esta reducción de tasas, o en esta apertura de mercados, hasta que no cumpla con esas limitaciones”. Esto son políticas reales, no retórica.

Por último, es cierto que la Unión Europea, en sus inversiones institucionales –no en inversiones económicas privadas– o en las aportaciones económicas de ayuda a Latinoamérica, puede poner como condición que ese dinero se dedique a combatir la exclusión social a través de programas educativos, de microcréditos... Es decir, en Viena sería bueno acordar un catálogo de puntos en los que se puede invertir el dinero de la Unión Europea para combatir la exclusión social. Creo que éstos podrían ser puntos interesantes. Naturalmente, es necesario profundizar más en ellos con vistas a la discusión de Viena.

Ángeles Fernández

“ Estoy de acuerdo con muchas de las cosas que se han dicho esta mañana sobre el tema de la fiscalidad. Creo que, efectivamente, es esencial para la consolidación de las democracias estables en los países y para que el Estado tenga los recursos suficientes para garantizar el bienestar de la población. Entiendo que, por ello, la Comisión Europea, cuando aprobó el programa Eurosocietal, contempló un apartado relativo a la fiscalidad. Es cierto que un problema fundamental de América Latina y de otros

muchos países del mundo es la lucha contra el fraude. Es muy complicado luchar contra la evasión fiscal. Sobre todo se requiere contar con unas administraciones tributarias suficientemente dotadas y con las herramientas necesarias que le permitan luchar contra la evasión fiscal. Esto supone, por una parte, contar con un personal bien cualificado y que cuente con la garantía de permanencia en el empleo para que pueda ser más objetivo y más imparcial en su actuación. También, como comentaba antes Álvaro Espina, requiere el apoyo de las nuevas tecnologías, pues un sistema tributario no puede gestionarse si no es con herramientas informáticas. En este aspecto, en los países de América Latina se ha avanzado bastante gracias a la obtención de muchos recursos financieros procedentes de proyectos internacionales de cooperación.

Al mismo tiempo, creo que el problema no es sólo la evasión, la lucha contra el fraude, sino un problema de diseño de políticas. Los ingresos tributarios en América Latina son bajos y, además, si analizamos su estructura, vemos que están en franca regresión. Por otra parte, aunque la recaudación tributaria ha aumentado en los últimos años –en 2004 se lograron récords de recaudación–, no se han logrado mejoras en la distribución. Se trata, sobre todo, de un sistema o de unos ingresos basados en los impuestos sobre el consumo, totalmente regresivos. Y cuando gravan los impuestos directos, gravan en gran medida las rentas del trabajo. Es decir, hay una serie de rentas que escapan al control. Por otro lado, en los últimos años se aprecia en estos países una tendencia a establecer impuestos de muy fácil gestión, que contribuyen a la recaudación, aunque son muy regresivos, como, por ejemplo, los que se establecen para los movimientos bancarios o por el envío de remesas de los emigrantes. Por tanto, creo que aquí se conjugan dos temas: uno técnico, de gestión; y otro de diseño de políticas. Creo que ambos son esenciales y que, además, en el caso del ámbito eurosocial, la experiencia europea es buena. En concreto, la experiencia española, porque, en muy pocos años, España ha pasado de un sistema con un alto nivel de fraude a otro en el cual contribuye la mayoría, y en el que los niveles de fraude son mucho más razonables.

Anabella Machuca

“ Tenemos claro que todos los diagnósticos sobre la situación de América Latina apuntan a que uno de los principales retos es la cohesión social, tanto entre los países como para la región en sí. Por otro lado, independientemente del debate sobre la crisis o no crisis del modelo social europeo, en estos momentos el principio de la cohesión social ha sido uno de los principales valores de la Unión Europea. Una Unión Europea que, además de asignar importantes partidas financieras a través de los fondos estructurales y de los fondos de cohesión, también ha sabido desarrollar programas y métodos de trabajo que han tenido gran éxito y que sería muy interesante poder transmitir a América Latina, sobre todo en el marco de los procesos regionales de integración. La estrategia de Lisboa es un claro ejemplo de un programa sumamente ambicioso destinado al fortalecimiento de la cohesión social, a la creación del empleo estable y, sobre todo, a la modernización de las estructuras económicas en Europa. Pero hay métodos de trabajo que podrían ser de más fácil aplicación para nuestros países, como el método abierto de coordinación en pobreza y cohesión social. Si he entendido bien, se trata de un método de cooperación intergubernamental que permite que los Estados miembros europeos definan objetivos comunes y hagan planes

nacionales más coherentes en esta materia. Quisiera que se profundizara más sobre estos métodos de trabajo y sobre cooperación en materia de cohesión social entre la Unión Europea y América Latina, lo siguiente. Hasta ahora tenemos dos buenos comienzos. Uno se refiere al programa Eurosocial, que fue aprobado y lanzado en la reciente cumbre de Guadalajara. El otro el foro social sobre cohesión social, foro que usted nos ha presentado como uno de los resultados seguros de la próxima Cumbre de Viena. Y quisiera también preguntar si, más allá de estas iniciativas, la comunicación que acaba de lanzar la Comisión Europea sobre su visión de las relaciones con América Latina es más positiva en cuanto a programa, más ambiciosa, y supone una cooperación en cohesión social a más largo plazo.

Nicolás Sartorius

■ Tenemos una media hora antes de dejar la sesión para esta tarde. Ahora debería ceder la palabra a Andrés Palma y a José Manuel Freire, pero, si me lo permiten, les pasaré a esta tarde porque antes, en vista del poco tiempo que nos queda y abusando un poco de que modero, quisiera formular una reflexión sobre nuestra experiencia a Alberto Navarro –que también Nin puede considerar–, y es la siguiente, expresada de manera muy esquemática. Nosotros planteamos, en España, tres ecuaciones que funcionaron. La primera ecuación fue: “Te controlo los precios si tú pagas impuestos”; la segunda: “Abro los mercados si tú me ayudas”, y la tercera: “Te ayudo a crecer si tú repartes”. No sé si me he explicado con claridad. Entonces, en España, había una inflación del 26%. Los sindicatos, la izquierda, dijeron: “Te controlo los precios, pero tú empiezas a pagar impuestos”. Y la cuestión de los impuestos no es ni una cuestión política ni una cuestión técnica: es una cuestión de código penal, así de sencillo. Evidentemente, detrás del código penal tiene que haber una voluntad política. El caso es que en España se empezaron a pagar impuestos. De esta manera se hizo posible la creación de un Estado de bienestar, educación, sanidad, etc. Más tarde, Felipe González dijo a los alemanes: “Sí, me abro, pero tú me das dinero, tú me ayudas”. Ésa fue la segunda ecuación. Y la tercera, “Te ayudo a crecer pero, al mismo tiempo, tú repartes”, con el fin de hacer frente a la trampa de siempre: no se trata de crecer primero y luego repartir, sino de “simultanear”. En fin, no sé si me he explicado con suficiente claridad. Si no os importa, este tema lo dejaremos para esta tarde. Ahora doy la palabra a Alberto Navarro.

Alberto Navarro

“ Voy a tratar de ser breve. Son muchos puntos, así que pido disculpas de antemano si no respondo a algunas de las preguntas o eludo algunos comentarios. El cambio del proceso de integración en América Latina que va de una reducción de aranceles a proyectos de integración física y energética es, sin duda alguna, un objetivo prioritario para Europa y el Banco Europeo de Inversiones, como también lo es de qué manera pueden contribuir –como ya saben, el Banco Europeo de Inversiones ha estado cerrado hasta hace unos años a América Latina, cuando una iniciativa española consiguió que se abriera al continente, pues antes había estado reservado tan sólo a los Estados miembros y a los países llamados ACPS, las antiguas colonias–. El volumen de fondos responde siempre a cifras limitadas, si bien se va a multiplicar hasta llegar a los 4.000

millones de euros, a propuesta del propio Banco al que, en estos momentos, le sobran fondos gracias a los nuevos países que se han incorporado a la Unión: Polonia, Chequia, etc. 4.000 millones de euros, cuando sólo la Terminal del aeropuerto de Barajas ha costado 6.000, y la inmensidad y la magnitud de los proyectos en América Latina desborda con mucho estas cifras. Creo que una experiencia que se debería llevar a cabo en América Latina es la de la participación público-privada, terreno en el que España es además pionera a nivel mundial. Entre las diez mayores constructoras que hay hoy en el mundo figuran cinco españolas, algo realmente llamativo. La mayor constructora de Polonia es española. La compró Ferrovial hace seis o siete años y ahora se va a beneficiar de la llegada de fondos estructurales a este país. Estos proyectos público-privados –que también han beneficiado a España donde, gracias a ellos, se han construido autopistas; ahora se van a construir seis hospitales en la Comunidad de Madrid...– están demostrando que, en ámbitos concretos, como en aeropuertos, puertos... en los que hay un interés claro por parte de la participación privada, serían sin duda alguna de utilidad en América Latina. Brasil y otros países también están intentando animar este tipo de proyectos. En lo relativo a la relación, la apertura y la recepción de ayudas, en NAFTA no existen. México abre su economía a los Estados Unidos, pero no ha recibido a cambio esos fondos tan necesarios procedentes de Europa, fondos que, por otra parte, nos benefician a todos. Porque hay que saber que existen estudios que demuestran que el 30%-40% de estos fondos vuelve a los países de origen. Si España lleva adelante el proyecto del tren de alta velocidad Madrid-Barcelona, resulta que no hay más empresas en Europa que tengan la tecnología necesaria para realizarlo que Francia o Alemania, con lo cual, estos fondos revierten en gran medida en los países que los han otorgado. Por tanto, lo más que destacaría de los procesos de integración es que nos benefician a todos.

Quisiera matizar también esa idea que se ha lanzado en torno al proteccionismo. Siempre que se habla de Europa se habla de la Política Agrícola Común (PAC) y de la idea general de proteccionismo. Europa es el mayor importador agrícola del mundo. Importamos más de los países emergentes y en vías de desarrollo que Estados Unidos, Canadá, Japón y Australia juntos. Por otro lado, la PAC ha sufrido reformas muy importantes. Ahora, las ayudas se destinan a las rentas de los agricultores y no a producir más o a distorsionar los mercados mundiales. Dicho esto, es obvio que los europeos tenemos aún que avanzar en este campo. Pero también llamaría la atención sobre el hecho de que Europa es la zona más abierta del mundo en términos comerciales. Y resulta muy paradójico que todos los países quieran tener acceso libre al mercado europeo. La apertura es lo primero que solicita un país, y luego se la niega al vecino. Yo lo viví tres años en Checoslovaquia, cuando este país se dividió cívicamente. Lo primero que hizo Eslovaquia fue poner aranceles a la cerveza checa, la de Pilsen, quizá la mejor del mundo, porque quería defender los intereses de unas fábricas de cerveza en Eslovaquia. Y, al mismo tiempo, los dos países estaban pidiendo arancel cero a España. Igual que cuando nosotros nos quejamos cuando nos quemaban o nos tiraban los camiones de fresas en el sur de Francia. Y sé que si empezamos a traer cítricos de Marruecos, también habría más de un agricultor español tentado de hacer lo mismo, cuando sabemos que, al ser frontera sur, es absolutamente insostenible que España diga que no pasan las personas del norte de África, que tampoco pasan los productos y, al mismo tiempo, que queremos sus recursos: el gas de Argelia, la pesca de Marruecos, etc. Es una situación del todo insostenible a corto, medio y largo plazo.

Quisiera hacer un comentario con respecto a que Europa está en crisis. Creo que es cierto, sin duda. Ahí está el ejemplo de la Guerra de Iraq y muchos otros asuntos. Pero también es cierto, a nivel europeo, que en las perspectivas financieras nos hemos quedado en un nivel más bajo de lo que sería bueno para todos. Sigo diciendo que Europa es muy barata, que con ese gasto del 1% del PIB –menos de la mitad de lo que los Estados miembros gastamos en defensa, que asciende al 2,5% de nuestro PIB al año–, estamos llevando a cabo una operación que no tiene precedentes en la Historia de la Humanidad y que está convirtiendo a Europa en un polo de referencia a nivel mundial. Basta ver que la OMC no es, al final, más que una negociación entre Estados Unidos y Europa. Hay que saber también que muchas cosas se hacen fuera del presupuesto. El proyecto Galileo, que va a competir y, además, va a ser mejor que el GPS norteamericano o el Airbus, no se financia con fondos del presupuesto comunitario y es un buen ejemplo de a dónde nos lleva la integración europea. Creo que España, que ha recibido tanto de Europa, ahora tiene que ser consciente de que Europa será lo que nosotros queramos hacer de ella. No podemos permanecer en una actitud pasiva. No podemos esperar a que las cosas nos vengan de Europa. Nosotros somos Europa. Hemos aportado, junto con Portugal, la dimensión latinoamericana, la mediterránea, el concepto de cohesión, la ciudadanía europea. Y ahora tenemos que ver qué Europa queremos hacer juntos para los próximos años y en este siglo XXI. Una Europa que, además, necesitamos como vacuna para los nacionalismos excluyentes. Digo esto porque aquí nos encontramos ahora inmersos en todo un debate sobre el Estatut de Cataluña, debate que se extiende a los estatutos de otras comunidades autónomas. Pero, en cierta medida, contamos con la salvaguardia que nos ofrece la comunidad de Derecho en la que vivimos, Europa, que conlleva que el 70% del Derecho que se aplica en España sea Derecho comunitario. Y tenemos un Tribunal de Justicia europeo; y un defensor del pueblo europeo; y una moneda europea, el euro, que hace que no se discuta de estos temas... Por tanto, considero que España debe apostar por una Europa política. Y tenemos que superar esta crisis, como se han superado todas, hasta el momento, en la historia de Europa.

En cuanto a la Directiva de servicios –que me comunican que se acaba de aprobar en el pleno del Parlamento Europeo hace escasamente media hora por 395 votos a favor y 215 en contra–, ese compromiso entre las dos grandes familias políticas, la socialista y la conservadora, me parece razonable. Hay que buscar siempre un equilibrio entre la libre circulación de servicios, evitar el *dumping* social y proteger este modelo europeo. Es verdad que puede hablarse de varios modelos: el renano, el anglosajón... pero hay que insistir en que necesitamos la liberalización de los servicios. No se ha redactado en esta ocasión un informe como el que se redactó sobre el mercado interior –el informe Cecchini–, que a los europeos nos abrió los ojos con respecto a lo que perderíamos si no hiciéramos el mercado interior: 10 millones de empleos, un 1% del PIB adicional anual. Y ahí está el resultado del mercado interior, en bienes. En servicios, sin embargo, no se ha hecho este enfoque. Ésta es una Directiva de la anterior Comisión Prodi, presentada en el último minuto, que ha sido demonizada en los referendos, sobre todo de Francia y de los Países Bajos. Es una Directiva que nos iba a permitir crear dos millones y medio de empleos nuevos, un 0,6% más. Vamos a ver al final cómo queda. Creo que España quiere ese equilibrio, pero, como digo, no hay que ir tampoco demasiado lejos. Este es un compromiso razonable y nos permite pensar que en los próximos meses contaremos con una buena Directiva aprobada por el Consejo.

Por otra parte, el hecho de que en Europa realicemos dos tercios del comercio con nuestros vecinos es muy positivo. Además, el concepto de regionalismo abierto es compatible con que tengamos un comercio abundante con el resto del mundo. Decía antes que la Unión Europea es al primer socio de América Latina, si descontamos el caso concreto de México, que afecta al 85% de su comercio con Estados Unidos. El hecho de que una cuarta parte del comercio mundial se lleve a cabo con la Unión Europea no hace incompatible en modo alguno el que comercie en abundancia con los vecinos. Por otra parte, tenemos la suerte de contar en Europa con el mayor exportador del mundo, Alemania, que exporta más que China o que Estados Unidos. Ésta es un poco la lectura que cabría hacer del proceso de integración europeo, un proceso en el cual nos abrimos entre nosotros, pero también al resto del mundo. Los 20 años de historia de España son una muestra de ello. Es verdad que hemos recibido muchas ayudas, mucha cohesión, pero nosotros también nos hemos aprovechado del mercado único. ¿Quién podía imaginar que el mayor banco de la eurozona iba a ser un banco español, el Banco Santander, que ha comprado el Abbey National en el Reino Unido, que sigue comprando...? ¿O que entre las diez constructoras más grandes del mundo se iban a encontrar cinco españolas? ¿Cómo podría soñar España, sin el euro y sin el mercado único, con contar hoy con la tercera compañía de telecomunicaciones del mundo, Telefónica? Esto demuestra claramente que con la integración ganamos todos.

Alguien mencionaba la soberanía. ¿Qué significa hoy la soberanía en este mundo globalizado? Puesto que, como decía, en este mundo globalizado todos ganamos con la integración, no veo otra alternativa para América Latina que la integración, a pesar de todas las diferencias que puedan existir entre los países que la componen, quizá mucho mayores en algunos aspectos que las que puedan existir entre los países europeos, pero, en todo caso, mucho menores en otros aspectos, como en el de las lenguas, en temas conceptuales, culturales, étnicos, religiosos. Con la integración hemos ganado todos. Una integración diferente a la que se lleva a cabo en América Latina, que tiene mucho de retórica, aunque no llega a los extremos de la del mundo árabe, donde es puramente declarativa: de repente, una mañana, dos líderes se reúnen y dicen: "Nuestros países se han unido". Creo que lo que Europa puede ofrecer es un proceso que no tiene contornos. Nadie puede decir hoy: "Vamos a tener un ejército europeo". Pero ya contamos con 8.000 soldados europeos en Bosnia que han sustituido a la OTAN. Este año vamos a asumir en Kosovo una operación todavía más importante y vamos a sustituir a la OTAN. Y hay muchos soldados europeos, entre ellos 30.000 españoles, que han participado ya en operaciones de paz. Esto es lo bueno, saber que los europeos están trabajando a favor de Naciones Unidas con cascos azules en misiones de paz. Ya veremos si esto nos lleva algún día a tener un ejército común europeo –en Bélgica, por ejemplo, se están planteando si suprimir su ejército y tener o no uno europeo–; o a dónde nos lleva el proceso del euro.

Otro ejemplo es el programa Erasmus. Las universidades no querían reconocer los estudios realizados en las universidades de otros países. A nivel de gobiernos este problema nos había llevado décadas. Se lanza el programa Erasmus y todas las universidades que quieran participar en él se ven obligadas a reconocer de forma automática los cursos que sus estudiantes efectúan en otros países. Así, gracias al programa Erasmus, se ha conseguido el reconocimiento de títulos en toda la Unión Europea sin que hiciera falta ninguna directiva, ningún reglamento.

Esto me lleva, a su vez, a hablar de un tema que está también en relación con las políticas sociales y su importancia a efectos de creación de empleo, en este mundo en el que todo cambia tan rápido. De igual modo que los españoles nos resistíamos en temas de medio ambiente y ha tenido que ser Europa la que nos empujara a ellos –y luego nos hemos dado cuenta de que es un tema que crea riqueza, empleo, además de ser una necesidad en el mundo actual–, la agenda de Lisboa, que, sin duda, tiene también interés para América Latina, es un proyecto que lanza Europa que, para el 2010, quiere haberse convertido en la zona del mundo con mayor cohesión, mayor crecimiento y dinamismo. Por mi parte, creo que es un objetivo demasiado ambicioso que no se va a alcanzar. En todo caso, se articula mediante tres ejes: uno, el crecimiento y el empleo; dos, la cohesión social; y tres, el desarrollo sostenible o eje medioambiental.

Con respecto al primer punto, queda claro que hay que apostar por políticas sociales capaces de crear empleo. En España el gran reto se centra en el trabajo de la mujer, puesto que en lo que respecta al trabajo masculino nos situamos por encima de la media europea, rozamos prácticamente el pleno empleo. En España, el paro se sitúa en torno al 8,4%. El paro masculino está un poco por encima del 5%. El problema es la mujer. Para solucionar el problema hay que prestar más atención a la conciliación de la vida personal y familiar. La ley de dependencia que va a presentar el Gobierno dentro de poco va a crear, estoy convencido de ello, mucho empleo.

Quisiera ponerles otro ejemplo referido a la creación de empleo. España es un país turístico, concretamente el segundo a nivel mundial con 55 millones de turistas al año. Pues bien, hay temporadas en las que los hoteles se quedan vacíos lo que obliga a enviar al paro al personal que trabaja en ellos. Para paliar esta situación se lanzó un programa destinado a la tercera edad, el IMSERSO –del cual estamos muy orgullosos–, por el cual este grupo de población puede viajar y alojarse en hoteles españoles a unos precios irrisorios. Es un programa que en España ha tenido un éxito espectacular, que ha creado un dinamismo impresionante. Una de las cosas que queremos es transmitirlo a Europa, potenciar una especie de “erasmus” de la tercera edad orientado al turismo cultural. El IMSERSO es un buen ejemplo de cómo una idea es capaz de dinamizar la economía de un país. Además de que puede ofrecer a otros ciudadanos –en este caso a los europeos– más crecimiento, más empleo y más cohesión social.

Un último comentario. Se ha hablado también del tema de la deuda con vistas a la Cumbre de Viena. La deuda no es competencia de la Unión Europea. En el caso de la deuda comercial y de las distribuciones financieras internacionales es un tema que está en manos del Club de París, del Club de Londres. Esto no significa que España no vaya al menos a hacer un esfuerzo por presentar en la Cumbre de Viena lo que hacemos en el marco iberoamericano con respecto al cambio de deuda por educación, por inversiones... y animar a otros Estados miembros de la Unión Europea a que hagan lo mismo. Con esto termino, no sin antes añadir que con vistas a la próxima Cumbre de Viena –es una de las cuestiones que apunta la Comisión en su comunicación– sería bueno que se animara a los agentes sociales, sindicatos, patronal y a la sociedad civil a que organizaran sus foros, tal y como se ha hecho en el caso de la Cumbre de la Unión Europea con el Mediterráneo de Barcelona o en la iberoamericana de Salamanca.

Rodolfo Nin Novoa

“ A mí me han hecho algunas preguntas específicas y concretas vinculadas a algunos aspectos de la situación de nuestro país, Uruguay, a las que quisiera responder. Además de esto, me gustaría hacer algunos comentarios relacionados con algunos de los temas que se han tocado de forma lateral, que involucran al Uruguay, como a todos los países de América Latina, por sus generalidades. En primer lugar, me han preguntado si entre los líderes políticos de Uruguay o en la sociedad se percibe una suerte de desapego hacia el Mercosur. Yo diría que no. En el Uruguay lo que se perciben son voces que están cuestionando hoy el funcionamiento del Mercosur, pero no el Mercosur en sí mismo, ni el proceso de integración. Mal haría, además, en venir a quejarme a España del funcionamiento del Mercosur cuando tengo aquí, a mi lado, en la misma mesa, a mi querido amigo Carlos Álvarez, que es el Presidente de los representantes del Mercosur. Es verdad que ha habido algunas acciones por parte de todos los Gobiernos que desconciertan, molestan y preocupan al resto de los integrantes del Mercosur. Pero creo que nadie es tan insensato como para decir que tiene que abandonarse un proceso de integración, con todas las dificultades que esto conlleva. Por el contrario, creo que tenemos que hacer algo más que quejarnos de que el Mercosur anda mal, aunque también es verdad que no anda muy bien. Pero diría que ninguno de los Gobiernos que integran los países del Mercosur está pensando en abandonarlo. En Uruguay se oye hoy, por ejemplo, alguna declaración negativa al respecto de un líder político de un partido minoritario, pero que tan sólo cuenta con un 1% de la representación.

En mi opinión, la creación de elementos de supranacionalidad nos sirve para que los latinoamericanos nos disciplinemos un poquito, porque somos bastante indisciplinados. Las metas que nos tenemos que poner han de ser rigurosas, impuestas por organismos supranacionales. A eso me refiero cuando hablo de que para mí es imprescindible un proceso de supranacionalidad para resolver controversias, para hablar de libre circulación de factores productivos, etc. A la declaración de Cuzco –en la que estuve presente–, el único presidente en funciones que no asistió fue el presidente de Uruguay porque entonces no estaba en funciones. Todos los demás son los mismos que hoy continúan en funciones, a los que hay que agregar el Presidente de Bolivia, Evo Morales. Por eso digo que en los líderes latinoamericanos no hay una voluntad de hacer que trasciendan las declaraciones rimbombantes, como decir que América Latina tiene un futuro prometedor si todos nos unimos, si hay cohesión social, justicia social... Pero, si no somos capaces de emprender ni una sola acción concreta, de decir: “Para hacer esto, empecemos, por ejemplo, por asegurar la libre circulación de los factores productivos entre toda América Latina”; o de decir: “En América Latina no se precisa pasaporte para viajar de un país a otro, o no se precisa visa”, entonces creo que padecemos todavía de un cierto chovinismo, que deviene en una exacerbación del nacionalismo. De modo que parece que todos estos procesos de integración nos van a obligar a someternos a las soberanías de otros países grandes. Con este criterio difícilmente podremos avanzar. Tiene que haber una profunda revisión del Estado intelectual de los líderes latinoamericanos, que entiendan que éste es un proceso en el que se avanza por un solo camino, que la integración o es total, o no es. Es muy difícil que una integración a medias dé resultados positivos.

Por supuesto que no voy a hablar de los marcos de adecuación competitiva que se han establecido entre Brasil y Argentina. Creo que hay disposición para arreglar muchos de

los problemas que existen. Ahora viene la cosecha de algunos productos en el Uruguay, y nos sucede lo mismo que les sucedía a los españoles con Francia. Los camiones del Uruguay no pueden pasar a Brasil porque los productores, los corporativismos, lo impiden. Lo mismo sucede entre Argentina y Brasil.

En cuanto a los fondos de convergencia, en este momento hay una disposición que fue el resultado de una cumbre de presidentes del Mercosur en Belo Horizonte. Hay un fondo de convergencia, establecido en unos 100 millones de dólares, que tiene una asignación inversamente proporcional al tamaño del PIB de los países. Es decir, los países más pequeños, Uruguay y Paraguay, ponen cuatro y dos millones respectivamente. El resto lo aportan Argentina y Brasil. Este fondo se utiliza de manera inversamente proporcional: el 80% lo vamos a gestionar entre paraguayos y uruguayos. Para ello hay en proceso toda una discusión legislativa, porque de todo esto tiene que quedar constancia en una ley de carácter fiscal o presupuestaria.

Con respecto a los temas de integración, diría que en América del Sur hay una conciencia creciente de que, primero, debe integrarse a sí misma; tiene que integrarse con Iberoamérica. Y sólo después establecer espacios de comercio libre con otras regiones del mundo. En Uruguay hemos firmado con los Estados Unidos un convenio de promoción y de protección de inversiones, algo que hace algún tiempo era impensable que sucediera con un gobierno de izquierdas. Se está hablando de la posibilidad de un acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos. Los Presidentes de Brasil y de Argentina han dicho que no pondrían obstáculos. Creo que no deberíamos seguir avanzando si en estas cosas no avanzamos todos juntos. Por lo tanto, creo que hay un campo muy fértil para desarrollar este proceso de integración que, con la adecuada y oportuna asistencia de los europeos, podremos ir acelerando.

Ahora quisiera referirme a los implementos para la cohesión social en un país como el Uruguay, donde históricamente hubo una fortísima clase media que amortiguaba las diferencias entre los ricos y los pobres, producto de una excelente educación pública. Una educación pública que era un factor de movilidad social, porque nadie o muy pocos tenían la necesidad de mandar a sus hijos a colegios privados –que, por otra parte, no existían porque no había necesidad de ellos–; una educación pública que hacía posible que los hijos de obreros y profesionales, de pobres y de más o menos ricos, se sentaran juntos y tuvieran esa misma percepción de lo que es la solidaridad y la posibilidad de oportunidades. Hoy, en Uruguay, hay una educación para ricos y una educación para pobres. Como hay una salud para ricos y una salud para pobres, como decía Clarisa. Así, los implementos para nuestra cohesión social –en un país con estas características, con un bagaje cultural como el que tenía Uruguay–, se reducen a dos, básicos: el polo de bienestar y el polo de asistencia.

En el terreno de la asistencia, existe para Uruguay, un plan denominado PANES –Plan para la Atención Nacional de la Emergencia Social–, una sociedad fuertemente cohesionada hasta hace pocos años. Tener un 30% de pobreza es absolutamente inadmisibile, faltar de ética, más aún con un Gobierno progresista, de izquierdas, que no puede permanecer insensible a estas cosas. Por eso, en la definición de las líneas programáticas del Gobierno que hoy está ejerciendo sus funciones en la República, se establecía como primer polo el Uruguay social. A partir de esta definición de “Uruguay social” se diseñó

un plan de asistencia. Un plan, por otra parte, sujeto a dos puntos: una duración determinada que, en este caso, termina el año que viene; y un sistema de contraprestaciones, que implica que las familias que reciben estos beneficios estén permanentemente controladas en materia de asistencia escolar de sus hijos y en materia de salud. Tienen que prestar trabajos comunitarios como contraprestación.

Por otra parte, el polo del bienestar está basado en acciones concretas del Gobierno, de carácter administrativo y legislativo, encaminadas a mejorar la calidad de vida, de ayudar a los más desfavorecidos. En Uruguay se instaló nuevamente el Consejo de Salarios –y ya saben lo que significa negociar salarios en un país que llegó a tener un 20% de desempleo–. La posición de los trabajadores es absolutamente desigual frente a la de los patrones, que dicen: “Si no te sirve lo que tienes, afuera tengo 250 que harían lo que tú estás haciendo por ese dinero, o aun por menos”. Esto es parte también de un proceso de precarización del trabajo formal que se originó en el Uruguay hace unos 20 años. Entonces, el Consejo de Salarios permitió, entre otras cosas, aumentar el número de sindicatos y de sindicalistas, aumentar el salario mínimo nacional y aumentar el poder adquisitivo de los salarios en más de 5 puntos por encima de la inflación en este primer año. Desde el punto de vista del polo del bienestar, estamos planteando también un nuevo sistema de salud, una reforma tributaria y una reforma educativa. La reforma tributaria se sometió a consideración pública: se expusieron las bases de lo que era la reforma y la gente opinaba; las organizaciones, los empresarios y los trabajadores tenían un espacio para opinar. Hay que destacar que en Uruguay no hay impuesto sobre la renta de las personas físicas. Esta es, precisamente, una de las reformas que se está haciendo a esta reforma tributaria: implantar el impuesto sobre la renta de las personas físicas, para que el que tenga más pague más y el que tenga menos pague menos. Porque existe una tendencia muy alegre de establecer un impuesto sólo sobre la renta de los trabajadores. Porque como existe un impuesto sobre los sueldos, cada vez que alguien cobra el sueldo se le descuenta el 13%, el 14%, el 16%, además de los descuentos de la previsión social.

La reforma educativa también está en proceso de consulta pública. Hay un gran debate sobre educación. En Uruguay tenemos educación obligatoria desde los 4 años hasta terminar la secundaria, 13 años obligatorios de enseñanza, lo que es un avance. Esto viene de antes, obviamente, pero nosotros seguiremos profundizando en el tema.

La seguridad social en Uruguay es una seguridad social mixta. Desde el momento en que se sancionó la ley, que fue en 1996, es obligatorio para los menores de 40 años ingresar en el sistema privado sin abandonar el público. En este sentido hemos hecho dos cosas: primero, se cobraban al trabajador una comisión por todo lo que ganaba y no por lo que le aportaba. Esto llevaba a una comisión del 22%-23% que ya se ha eliminado. La comisión se cobra únicamente por lo que se aporta. Aunque, en realidad, ni siquiera debería existir esa comisión. Además, el sistema implicaba que era el Estado el que, a través del Banco de la Previsión Social, recaudaba este dinero. De ahora en adelante esto se cobrará porque es un ingreso del Banco de Previsión.

En cuanto a la evasión fiscal, en Uruguay, sin llegar a niveles como los que he escuchado aquí, el sistema tributario está dividido en tercios: un tercio paga, un tercio exonera y un tercio evade. Hemos hecho una reforma de la Seguridad Social, de la Dirección General

Impositiva, fuerte. En la Dirección General Impositiva los sueldos eran tan malos que a los agentes fiscalizadores se les permitía ser asesores de empresas, con lo cual, cuando iban a fiscalizar, decían: “Mira, que mañana vienen”. Entonces, arreglaban todos los papeles, lo que suponía una retroalimentación de la evasión extraordinaria. Ahora esto se ha prohibido terminantemente. Se mejoraron los sueldos para dar estabilidad, aunque esto provocó una protesta generalizada de no pocos sectores. Muchos dicen: “Yo quisiera trabajar en la Impositiva”. Bueno, estudie de contador, preséntese al concurso y trabaje. Así se han mejorado considerablemente los sistemas informáticos y la recaudación.

Termino con otra pequeñísima anécdota. Para un Gobierno progresista o de izquierda, la evasión es la cosa más insolidaria del mundo, porque lo que uno paga y lo que otro no paga establece, quizás, la diferencia en la permanencia de la empresa y de los trabajadores que están en la empresa. Por lo tanto, la vamos a combatir con fiereza. Uruguay es un país turístico, ustedes lo saben. Tiene un balneario muy lindo que les recomiendo que visiten. Se llama Punta del Este y recibe un par de millones de turistas, casi todos argentinos. Es un balneario compartido, porque la mitad es de los argentinos, que son los que han comprado y construido casas. En Punta del Este se hizo este verano, en enero, en plena ebullición turística, una razia de comercio que estaba evadiendo, que no daba ticket, que puso a todo el mundo con los pelos de punta. Me parece que es un anticipo a lo que decía el profesor sobre el comportamiento de las clases oligárquicas frente a esta impudicia de no pagar. La verdad es que tengo una explicación para esto. ¿Por qué las clases oligárquicas han sido siempre tan impúdicas? Pues porque eran las que ponían a los presidentes.

Mesa 2. Estado de derecho y desarrollo


Juan Manuel Eguiagaray (moderador)

■ Me gustaría, antes de dar la palabra a Carlos, señalar dos aspectos que creo que, hasta ahora, forman parte de aquello que desde distintas perspectivas probablemente ya hemos convenido: algunos problemas de cohesión social y algunos problemas de integración territorial. Parece que ambos forman parte del debate, y con ellos podríamos hacer ya alguna contribución a una agenda de relaciones entre la Unión Europea y América Latina. Por lo tanto, quiero seguir invitando a que la imaginación tome su estrado y sea capaz de sugerir ideas que puedan ser susceptibles de análisis y de propuesta.

Ahora vamos a hablar del Estado de derecho y de desarrollo. Es verdad que al hablar de los déficits de cohesión social, de integración territorial, hemos hablado también –lo decía Rodolfo Nin con mucha claridad–, de una cierta demanda social de la población, cuestión que se unía a un análisis –aportado por Clarisa Hardy y otros– sobre la legitimidad democrática del Estado. La legitimidad democrática del Estado tiene que ver, ciertamente, con el éxito económico, pero también con la redistribución, con la atención de demandas sociales insatisfechas. Para esta segunda ronda de intervenciones, en la que vamos a hablar del Estado de derecho y del desarrollo, se sugerían temas como la seguridad inversora, la lucha contra la corrupción y el buen Gobierno de las instituciones democráticas. Al final, aparece todo bastante interconectado, seguramente nada es comienzo de nada. Sirva quizás este fresco, todavía muy preliminar, para conceder la palabra a quienes van a realizar las intervenciones iniciales y van a sugerir los temas principales del debate. Quería, en primer lugar, agradecer el esfuerzo de su presencia y de su colaboración con la organización de estas jornadas a Carlos Álvarez, secretario general de Mercosur y ex Vicepresidente de Argentina. Luego, daré la bienvenida a Erika Mann, Presidenta de la delegación del Parlamento Europeo para las relaciones de la Unión Europea en México. Como siempre, contamos con dos visiones: una desde Latinoamérica y otra desde Europa. Estoy seguro de que nos suscitarán muchísimos temas para el debate. Carlos, cuando quieras.

2.1 Estado de derecho y desarrollo. Una visión desde ALC

Carlos Álvarez

 Hace tiempo que venimos trabajando con el presidente de la Fundación Alternativas, y con Nicolás Sartorius desde hace 2 años, intentando construir una red de centros de estudios de Latinoamérica y Sudamérica, y articularlos con una red de centros de estudio, de fundaciones europeas para pensar juntos algunos dilemas que compartimos,

y algunos desafíos en los que creo también que pensamos aquellos que compartimos una cierta visión.

En primer lugar, quiero transmitir que Latinoamérica, y Sudamérica específicamente, están atravesando una coyuntura muy favorable desde varios puntos de vista. No digo “favorable” sólo porque tenemos presidentes que pueden sentirse afines a una misma familia político-ideológica. También porque hay una coyuntura económica, una emergencia de nuevos polos de desarrollo que están beneficiando a nuestra región. Y también por algunos debates que vamos saldando, quizás con mucho sacrificio, con muchas pérdidas, pero que al fin y al cabo significan avances concretos. ¿Qué quiero decir con esto? Primero, que la región tiene un fuerte compromiso con la democracia. Esto no es un asunto menor en un continente que ha padecido mucha inestabilidad política y mucho golpismo militar. Quizás desde Europa se pregunten: “¿Dónde están los beneficios de este hecho?”. Pero para los latinoamericanos en general, y para los sudamericanos, el haber consolidado un proceso democrático ha sido y es muy importante. Las últimas grandes crisis que han enfrentado a los palacios gubernamentales con la movilización de la calle se han resuelto, han tenido todas un cauce institucional. Antes una crisis en Bolivia, en Ecuador o en Perú se resolvía con un golpe militar. Incluso hasta hace poco todavía nos preguntábamos –antes de la elección de Evo Morales– si la situación catastrófica de Bolivia no se acabaría resolviendo como se han resuelto tradicionalmente estas situaciones: con intervención militar. Es decir, que no es un dato menor que las crisis institucionales, las críticas a los partidos tradicionales y una crisis muy fuerte de representación que llevaron al poder a Chávez en Venezuela, a Evo Morales en Bolivia, se estén canalizando por vías institucionales.

Claro que ahora hay que hablar de la calidad de esa democracia, de la calidad institucional y sus déficits, de la región y de nuestros países. Pero es que antes no sólo teníamos déficit de instituciones y déficit de calidad institucional, sino democracias altamente inestables que coincidían con intervenciones militares. Luego creo que algunos de los debates que se plantearon en la década de los ochenta y los noventa se han resuelto de manera positiva. Claro que esta síntesis se produjo en situaciones de mucha crisis, de grandes penurias sociales, o se pagaron con grandes niveles de exclusión y de marginalidad. Pero, por ejemplo, América Latina estuvo muy marcada por el debate Estado-mercado. En los ochenta y los noventa, la reacción al final del ciclo de sustitución de importaciones planteó el tema de la inutilidad del Estado, de que ahora se empezaba a construir una realidad muy centrada en las capacidades del mercado. Había que hacer más pequeño el Estado para agrandar la Nación; había que llevar a cabo transformaciones que tenían que ver justamente con este Estado minimalista que nos propuso el consenso de Washington en los primeros años de la década de los noventa. Por suerte ahora, en la región, ese debate, en términos conceptuales, está saldado. Porque nadie –o muy pocos– son hoy los dirigentes que no reconocen la complementariedad entre el Estado y el mercado para construir proyectos de desarrollo que, por supuesto, tengan en cuenta o incluyan a la mayor parte de nuestras sociedades. Es decir, ya no hay en nuestra región, en nuestros países, quienes puedan plantear un elogio sin más al valor del Estado en cuanto instrumento de diseño de nuestras sociedades.

Este debate, que ahora parece fácil de resolver en términos conceptuales –o en términos teóricos–, llevó muchísimo tiempo. Y sabemos lo que nos costó: casi una década con un “debe” más importante que el “haber” que venía después de la década perdida, o década de deuda, de los ochenta. Es decir, en los ochenta teníamos la crisis de la deuda y en los noventa

tenemos estos modelos de desarrollo vinculados al llamado consenso de Washington. Estamos frente a una síntesis.

El otro gran paso que hemos dado ha sido ganar una batalla –todavía en el plano conceptual–: la de que el crecimiento tiene que ir de la mano de una mayor equidad. Adscribirse, en la década de los noventa, a la “teoría del derrame” –basta crecer espontáneamente para que los frutos de ese crecimiento se derramen sobre el conjunto de la sociedad–, fue también otro elemento de sentido común, junto con el “empequeñecimiento” del Estado que se planteó desde el consenso de Washington. Primero crecer y después plantearse la distribución, casi como una cuestión lineal en la que el Estado apenas tenía que intervenir, porque eso estaba en la evolución natural de las cosas. El Presidente Lagos, después de 16 años de Gobierno en la concertación, decía hace muy poco en Chile: “En 16 años hemos ganado la batalla cultural por la equidad y por la distribución del ingreso, porque, cuando empezamos los gobiernos de la concertación, nadie hablaba de la distribución del ingreso”. Es decir, en Chile tuvieron que pasar 16 años para que desde la Iglesia, desde la Derecha, se planteara también el tema de la equidad y la distribución como aspectos estratégicos en nuestra región. Bueno, no tengo que decir que somos la región más desigual, el continente más desigual del planeta. Pero, ¿cuál es la diferencia? Que mientras que el crecimiento económico es un tema estrictamente de economistas, técnico, el tema de la distribución del ingreso, de la justicia social, de la equidad es un tema ético-moral. Así que, lo que vivimos ahora, es un rasgarse las vestiduras colectivo: qué injustas que son nuestras sociedades, qué desiguales. Pero, cuando se plantean los instrumentos para mejorar, para amortiguar, para cambiar el patrón distributivo, entonces se produce la gran reacción del sector que concentra el mayor poder o la mayor riqueza. Es decir, que el tema del patrón distributivo y los cambios del patrón distributivo se encuentra todavía instalado en el plano conceptual y teórico, creo yo. En esto avalo un poco lo que decía el Presidente Lagos sobre que “lo que se gana es la batalla cultural”. En otra época diríamos “la batalla ideológica”. Ahora bien, creo que estamos todavía lejos de emprender la batalla acerca de los instrumentos o las políticas necesarias para cambiar el patrón distributivo.

Por otro lado, tenemos otro avance importante –por eso creo que uno se permite ser bastante optimista– que nos ha costado muy caro. En la región, tener una macroeconomía sana no es un tema de izquierdas o de derechas. Sabemos que, para nuestros países, tener más autonomía a escala global, ser menos dependiente de los sectores con más poder y que influyen más en las decisiones políticas institucionales es importante. En nuestros países tener las cuentas sanas, tener una macroeconomía sana, tener bien lo que se llaman los fundamentos económicos, todo esto era también un debate en nuestra región, porque también se decía: “Bueno, hay que tener un poco de inflación para empujar el desarrollo” o “No importan tanto las cuentas fiscales, lo que importa es alentar el proceso de consumo, el proceso del mercado interno”. Esa discusión –que nos llevó muchísimos años– está saldada. Es decir, todos los gobiernos de centro-izquierda que proceden de dos tradiciones distintas –una que tributa más a la socialdemocracia, otra, más asociada al nacionalismo popular de los años setenta–, están trabajando con bases económicas sólidas, con cuentas fiscales y con una macroeconomía estable y sólida. Y esto no es un tema menor. Por eso, olvídense de la idea de que en América Latina la hora de los cambios viene del amor al “populismo”, que es un concepto que podríamos llamar polisémico, porque “populismo” quiere decir tantas cosas que no sabemos qué quiere decir. Así, cuando a alguien se le quiere descalificar, se dice que “es populista”, pero no se explica qué quiere decir “populista”. Es decir, lo que

hoy tenemos son gobiernos que están administrando muy bien la economía, gobiernos que surgieron, sobre todo, como reacción a las insatisfacciones producto de la década de los noventa. No es casual que la mayor parte de la región haya elegido gobiernos de este signo. Ahora bien, ¿cuáles son los desafíos a los que se enfrenta América Latina, haciendo siempre la salvedad de que América Latina no es una sola? Ya se dijo esta mañana que las diferencias son notables. Pero sí hay algunos denominadores comunes. América Latina, nuestros países, tienen un enorme desafío –expresado en esta agenda– que obedece a la capacidad de tener una estrategia integral. ¿Qué quiere decir esto? Que la calidad institucional, o una democracia de más alta intensidad, tienen que ir necesariamente de la mano del crecimiento sostenido de la economía, de la equidad y la justicia social. No hay una dimensión aislada de la otra. Y esto es ya un desafío estratégico de nuestros países. Quizá sólo el Uruguay de Valle, allá por los principios del siglo XX –y quizá Rodolfo Nin Novoa no lo desmienta–, vivió un proceso que asoció estas tres dimensiones: una dimensión fuertemente republicana y democrática con una idea de un país que crecía y, al mismo tiempo, mejoraba la inclusión social y procuraba cierta igualdad de oportunidades. Esos procesos, en América Latina, de poner en sintonía estas tres cuestiones, la democracia, el crecimiento y la equidad, no se dieron casi nunca en nuestro continente. Pongamos ejemplos. Argentina, el peronismo. Hubo una gran transformación social. En cuatro años el peronismo hizo en el terreno social lo que otros países hicieron en 15 ó 20. Cuando uno compara, se pregunta, por ejemplo: “¿Por qué fuimos distintos a Australia?” Entonces comparamos las trayectorias de ambos países y vemos que lo que Australia había hecho mucho tiempo atrás en términos sociales, el peronismo lo hizo en cuatro años. ¿Y de qué vino esto acompañado? De baja densidad institucional, de prácticas autoritarias y de ese movimiento que asociaba Estado y partido y que intentaba identificar una idea de partido con la idea de proyecto nacional.

Luego vivimos también procesos que pusieron más atención y fueron más sensibles a las cuestiones democráticas, pero que fracasaron en lo económico, que fueron absolutamente ineficaces a la hora de ofrecer a nuestros países un proceso de crecimiento sostenido. No es que nosotros careciéramos de ese crecimiento “tipo serrucho”: crecemos cuatro años, nos caemos, volvemos a crecer. Crecimientos, crisis, caídas o recaídas: un proceso cíclico que ha hecho mucho daño a nuestros países. Y luego tuvimos dictaduras militares, o de gobiernos que hicieron crecer a nuestros países durante tres, cuatro o cinco años, pero con un patrón distributivo muy regresivo. Y Chile es quizás un modelo exitoso. Pero, como sus propios gobernantes dicen, tiene grandes deudas pendientes con la mejora de la distribución de bienes. Esto quiere decir que, si nosotros miramos la historia de América Latina, vemos que en ningún país en general se han dado estas tres cuestiones de manera articulada.

El tema del Estado de derecho, de la calidad de nuestras democracias, hay que plantearlo muy asociado al desempeño de la *performance* económica de nuestros países. Pondré algunos ejemplos. Puede ser que, en algún país, la demanda por la mejora institucional sea distinta. La demanda por la mejora institucional no es una demanda extendida o universal que llegue a los sectores medios y medio-bajos. Nosotros tenemos historias de países con presidencialismo fuerte. La demanda y la expectativa de nuestras sociedades se sustenta básicamente en que los países funcionen, en que sus economías anden bien. ¿Qué quiero decir con esto? Que la tradición del “hiperpresidencialismo” latinoamericano y sudamericano centra muchísimo las demandas de nuestras sociedades en la capacidad del presidente, se genera mucha expectativa y demanda sobre cómo funciona el presidente en

nuestros países. Cuando hablo de nuestro país, creo que estoy hablando de la mayoría de los países de la región. Es decir, después de la crisis de 2001 y de 2002 todos reconocen que la recuperación de Argentina fue posible, en parte, por la credibilidad y la recomposición de la autoridad presidencial. Por tanto, la demanda por la calidad institucional y del mejor funcionamiento de las instituciones es una demanda que tiene que ser alentada desde los gobiernos. Alentada, porque no es una demanda que dé fin a la eficacia o no de un gobierno. Es decir, que la gente no va a juzgar a un gobierno después de cuatro años. Lo que va a hacer es poner en el mismo platillo de la balanza el crecimiento económico, el tema de los salarios, el tema de la seguridad y cómo funcionan las instituciones. Vamos a poner el ejemplo de Brasil. Hoy, Lula está recuperado. Se habla de que va a ganar las elecciones. Si Brasil no hubiera padecido la crisis que padeció, Lula no tendría ningún problema, nadie dudaría acerca de su reelección, que depende, básicamente, de una discusión en Brasil sobre la heterodoxia u ortodoxia de su política económica, aunque es evidente que las cifras de crecimiento económico y los planes sociales harían que Lula fuera reelegido casi sin ninguna discusión. Sólo el tema de la financiación de las campañas y el PT pusieron en duda en algún momento su reelección.

Ahora paso a asociar los déficits de nuestros países con algunas tareas que tenemos que encarar desde la región, desde la creación de conciencia regional que no tenemos. Porque un problema también del centro-izquierda puede ser que cuando llegamos al poder nos convertimos en más nacionalistas. En la etapa del regionalismo se observa quizá un retroceso hacia el nacionalismo. ¿Por qué? Porque quizás estamos respondiendo a una coalición económico-social que demanda un cuidado mayor del mercado, un desarrollo mayor del mercado interno, practicar más el proteccionismo. Si la coalición de centro-izquierda está compuesta por esos sectores sociales o industriales, es posible que dicha coalición se vuelva más nacionalista, a contrapelo de una etapa marcada por el regionalismo. Ésta sería nuestra contradicción, que procesos de centro-izquierda tuvieran un sesgo nacionalista en una etapa del desarrollo de humanidad que nos lleva a ser profundamente regionalistas. Porque nuestra región no tiene salida, no tiene presencia, no tiene intervención ni es un punto de referencia global si no constituimos un bloque con cierta capacidad para trabajar juntos, para tener una visión más o menos común. Algunos países sí que formamos un bloque. Podemos tener más destino que otros en términos individuales. Estamos convencidos de que la capacidad, la voluntad política de los liderazgos para constituir un bloque significa que existe una confianza en que ese bloque pueda mejorar las perspectivas de nuestros Estados nacionales. Desde el Mercosur estábamos planteando algo que iniciamos en algunos países sobre contar con una auditoría de la calidad democrática e institucional de nuestros países, es decir, tener una conciencia regional que ayude y que permita que esta demanda –que a veces no está tan fuertemente instalada en nuestras sociedades– dé más y mejor democracia, conduzca a un mejor Estado de derecho, a un mejor funcionamiento institucional, que esté muy presente en los temas de la integración. Más aún cuando quizá puedan surgir procesos que, en nombre del nacionalismo revolucionario, empiecen a dejar en un segundo plano el tema de la democracia. Por eso, nosotros, en términos regionales, en las estrategias de integración debemos tener muy presentes los temas relativos al fortalecimiento de la democracia asociados al fortalecimiento de nuestras instituciones. Fortalecimiento de nuestras instituciones que tiene que ver con lo que plantea este temario: con la seguridad jurídica, con reglas del juego que favorezcan a los sectores más débiles de nuestras sociedades. La falta de reglas y la falta de instituciones no ha favorecido a los sectores débiles de nuestra sociedad, sino a

los más poderosos o a aquellos más concentrados de nuestras sociedades. En nuestro país, por ejemplo, faltan organismos de regulación competentes en los procesos de privatización. ¿A quién ha beneficiado esa ausencia de organismos de control o de organismos de regulación en procesos de privatización? A las empresas que han abusado de esos organismos o los han sustituido por mecanismos de corrupción y han debilitado a los usuarios, a los consumidores. La falta de reglas, de organismos, supone un déficit que discrimina a los más débiles de la sociedad. Es el conflicto lamentable que tenemos en Uruguay con el tema de las pastas llamadas papeleras, que, en realidad, no son papeleras. Y cuando a veces decimos: “El Estado va a controlar”, la gente se pregunta “¿Qué Estado?” Porque uno de los temas que tenemos en la agenda es reconstruir el Estado, nuestras capacidades institucionales y estatales. Así, hemos ganado la batalla a propósito de que hay que tener un Estado más presente. Esto no quiere decir que tengamos un Estado eficaz, con capacidad de arbitrar, de regular, de ser creíble o de estar legitimado socialmente –siempre, por supuesto, con excepciones–.

De la mano de esta sensibilidad institucional debemos enfrentarnos a otro desafío, que es el de diversificar nuestra base productiva. Tenemos que crecer de manera sostenida en el tiempo, quebrando esa cuestión cíclica que mencionaba antes. Crecer de manera sostenida significa crecer 10 años seguidos sobre una tasa del 5% o el 6%. Es el gran desafío de la región, así como ser menos vulnerables a los *shocks* internacionales. Esto conduce a la integración en el Mercosur, que está en crisis. ¿Y con la crisis que hemos tenido en nuestros países, cómo no va a estar en situación difícil el Mercosur? Es lógico que, si un país se devalúa, cambien las reglas del comercio en la región. Es imposible que, con crisis recurrentes o con modificaciones unilaterales de los países, tengamos un Mercosur comercial sin fisuras o sin problemas. Por ello, vamos a afianzar determinadas instituciones económicas siempre que tengamos procesos de crecimiento sostenidos en nuestros países. Y esto, acompañado de la demanda, de la fuerte necesidad de que la mayoría de nuestros países diversifiquen su base productiva. Nosotros somos básicamente proveedores de materia prima, no formadores de precios internacionales. Por eso hay que trabajar en integración. Yo lo comparto y agregaría que hay que trabajar en integración. ¿Cómo países que tenemos una misma base productiva, que somos grandes productores de alimento, podemos incorporar conocimiento, inteligencia a nuestra base productiva? ¿Cómo, sin dejar de pelearnos por temas comerciales que generan elementos conflictivos fuertes? Por ejemplo, tenemos un centro de excelencia de biotecnología aplicado a los alimentos, es decir, ¿cómo nos anticipamos en términos estratégicos en la región a niveles de integración, que no solamente pasan por lo comercial? Porque lo comercial va a convivir con un grado de conflicto importante durante mucho tiempo, y esto lo tenemos que entender, porque somos países de desarrollo relativo muy diferente. Nos cuesta alinear las políticas macroeconómicas, nos cuesta alinear el tipo de cambio y nos va a costar muchísimo llegar a una moneda única, a diferencia de los países europeos. Entonces, frente a estas dificultades que encontramos en el terreno comercial, tenemos que armar otra agenda, y no para disminuir la importancia de lo comercial. Pero tiene que ser una agenda “agregativa”, que trabaje sobre temas no conflictivos y agregue un valor a las estrategias de desarrollo de los Estados nacionales.

Esto es un poco lo que nos propusimos desde el Mercosur. No hace falta tener un gran instituto social en el Mercosur. No puede ser que el Mercosur, con el nivel de exclusión y pobreza que tenemos en nuestros países, con la asignatura pendiente de la distribución del ingreso, no tenga un lugar fuerte en Montevideo, un gran instituto social que permita

no sólo incentivar el debate o los foros, sino estrategias conjuntas de intervención social. Por ello, tenemos que avanzar en los temas de asociación del conocimiento, en temas que tienen que ver con nuestra base productiva. Es aquí donde Europa tiene que cooperar, en la visión de futuro. Si por las dificultades que todos conocemos Europa se muestra reticente a abrir más el grifo de las exportaciones de productos primarios, tiene que compensar. Si nosotros, como creemos la mayoría de los que gobiernan en América Latina y en Sudamérica, queremos una alianza estratégica con Europa, es porque el Mercosur y Sudamérica ven a Europa como su alianza estratégica. Pero, si Europa no nos presenta un proyecto con el que podamos avanzar en términos estratégicos, será muy difícil. Entonces Uruguay acaba diciendo lógicamente: “Le vendo más a Estados Unidos. Entonces, ¿por qué no un TLC con Estados Unidos?” No en la perspectiva ideológica, sino del interés económico nacional. En este sentido, hay que construir en la próxima reunión una agenda que insista en los temas comerciales, pero que sea también capaz de plantear otras vías que tienen que ver con la integración de estructuras y con los temas de desarrollo estratégico de nuestra región.

Termino planteando un tema. Para mí, uno de los asuntos relevantes en la integración europea fueron los acuerdos del acero y del carbón en Europa. ¿Cuál sería hoy en Sudamérica el símil equivalente a ese acuerdo del acero y del carbón? La integración energética. Nosotros no nos vamos a preguntar dónde están el acero y el carbón nuestros que nos permitan iniciar el mismo proceso que inició Europa, porque, para nosotros, la integración energética tiene que ver con el acero y el carbón de Europa, que son los que nos van a proporcionar una base. Si somos autosuficientes desde el punto de vista energético, tendremos mucha más capacidad productiva y mejoraremos nuestra estrategia de inserción en la economía mundial. Por tanto, Europa nos tiene que ayudar en estas tres cuestiones: la integración física, las infraestructuras de nuestra región y la integración energética. Lo que pasa es que ahora estamos abrumados por la cuestión comercial, y creo que tenemos que alejarnos un poco de ella, porque vemos que no hay muchas expectativas en este terreno. Me parece que tenemos que construir una agenda que no sea sustituta de los temas comerciales, pero sí que muestre que la integración política también puede ser fructífera en temas estratégicos y fundamentales de la integración. Muchas gracias.

Juan Manuel Eguiagaray

■ Muchas gracias, Carlos Álvarez, por tus aportaciones, en especial por tus sugerencias para esa agenda de colaboración Unión Europea-Latinoamérica. Lo cierto es que resulta bastante estimulante contemplar que existen algunas cosas de las que participamos todos: la idea de no oposición entre Estado y mercado; la idea de que las cuentas sanas forman parte de un universo en el que todos nos situamos; y la idea de que el crecimiento económico y la calidad institucional no son elementos contrapuestos, sino que tienen que ser complementarios e interactivos. Aparte de esto, se han hecho algunas sugerencias que seguro que darán lugar posteriormente a un debate.

Tiene ahora la palabra Erika Mann, Presidenta de la delegación del Parlamento Europeo para las relaciones Unión Europea-México.

2.2 Estado de derecho y desarrollo. Una visión desde la UE

Erika Mann

Quisiera resaltar la importancia de contar con una agenda multilateral, ya que sólo con ella se pueden negociar temas tan complejos como la agricultura, algo imposible de llevar a cabo mediante un acuerdo bilateral. De cualquier modo, tendremos que ver cómo se puede llevar a cabo en el futuro. Esto en primer lugar. Luego, en cuanto a la manera en que hemos conformado nuestros acuerdos bilaterales, mi teoría es que no se puede distinguir entre la parte política y la económica. Veremos que sí que existen acuerdos bilaterales en Latinoamérica, con Chile y con México, y es de esperar que muy pronto se produzcan más. Pero ya saben lo difícil que es esto. No hace falta que les diga lo difícil que resulta negociar con Mercosur, pero confiaremos en poder avanzar más. Veremos que en Asia hay un acuerdo, pero no es bueno para la Unión Europea. Se ha dicho muchas veces desde el Parlamento Europeo que hace falta un acuerdo, pero todavía no existe. Y luego tenemos también los acuerdos con otras partes del mundo. Pero, de momento, sólo quería hablar de Latinoamérica. Después, quizá, podamos exponer algunos ejemplos relativos a Asia.

¿Qué significado tienen los acuerdos bilaterales para el mundo político? En el terreno de las políticas agrícolas, energéticas, de las políticas que tienen que ver con estos campos tan críticos, pensamos –y tanto mi opinión como la de la Comisión y el Parlamento Europeo siguen este planteamiento– que habrá que encontrar una forma nueva de adoptar acuerdos bilaterales. Desde un plano ideal, los de comercio libre son los mejores, porque fomentan las relaciones entre regiones o países. Suponen la única forma de poder resolver problemas tan complejos. Así, esperamos que con esta ronda se avance en el comercio mundial, aunque es muy difícil.

En algunas intervenciones hemos oído de Brasil que no se muestra satisfecho con los resultados de Hong Kong; y de muchos otros países latinoamericanos que no están satisfechos con lo que se ha conseguido en el apoyo nacional. Entre sus preocupaciones están las constantes interrupciones en las subvenciones de exportación para la agricultura. Lo que yo quisiera resaltar es que si no encontramos, más allá de estas disputas, más allá de nuestros desacuerdos en ciertos temas, un forma de dialogar; si no conseguimos que los países o regiones trabajen conjuntamente, veremos que Latinoamérica, dejando de lado todas esas palabras bonitas, buscará otras cosas. Los países latinoamericanos encontrarán con quién cooperar, y sucederá lo mismo a nivel europeo. Así que mi petición, contundente, es que miremos más allá, al futuro, a las cuestiones estratégicas, y busquemos en qué puede beneficiar a Europa y a Latinoamérica la cooperación, el trabajo conjunto, y esto en términos reales, no sólo en el lenguaje político. Ustedes han mencionado algunas cosas, pero hay muchas más. En todo caso, antes de poner nada en práctica, tendremos que vencer nuestras dificultades porque, en muchos sentidos, en el último periodo, hemos desarrollado respecto a algunos temas distintas filosofías. Manejamos distintos baremos, tenemos distintas opiniones sobre cómo llevar a cabo las relaciones económicas, sobre cómo conformar los marcos políticos. Un ejemplo muy importante entre la Unión Europea y algunos países latinoamericanos es el de la producción de productos agrícolas genéticamente modificados. Existen dos planteamien-

tos muy distintos: uno muy cauteloso y otro que resulta todo lo contrario. Sin atreverme a juzgar, en este aspecto me sitúo en mayor medida del lado de Latinoamérica. Creo que en la Unión Europea somos demasiado protectores en muchos campos. Pero es algo que forma parte de nuestra sociedad, de nuestro punto de vista sobre el mundo, de nuestras estructuras políticas, de cuáles son las expectativas de los agricultores, de cómo hay que cultivar. Otra cosa que también forma parte de nuestro sistema: no se puede esperar que con tomar una decisión todo vaya a resolverse de la noche a la mañana. No. Es un proceso que puede durar en torno a diez años. Los OGM son un buen ejemplo de ello, pero hay muchos más. En definitiva, creo que habrá que entender que todos necesitamos aprovecharnos de una buena relación de Latinoamérica con la Unión Europea.

También Asia tendrá que entender cómo funcionan conjuntamente los países, porque, si no, nos moveremos en direcciones muy distintas, cosa que será perjudicial. Esta es mi opinión, que hago extensible a todas nuestras sociedades. Un ejemplo sería el de China después de su unión a la OMC. Comprobamos que los efectos no se ven en un minuto. China tiene un poder grande. Y ahora que es miembro de la OMC ha conseguido un poder global que antes no tenía. Pero esto no significa que automáticamente vaya a afectar a Estados Unidos o sólo a la Unión Europea. El ejemplo de China es un buen ejemplo que nos ayuda a entender cómo suceden estas cosas. Y si observamos lo que le ha pasado a México –que es miembro de la NAFTA–, vemos que hay una relación y que puede tener efectos sobre distintos aspectos y países.

Quisiera poner otro ejemplo, relacionado también con México, que encaja en esta discusión sobre a qué países se les podría considerar poderes globales en todo el mundo. Hablamos de países como China, la India, Brasil, México hasta cierto punto, y quizá algunos más. Por mi parte, por ejemplo, llevé a cabo una búsqueda de datos sobre en qué áreas eran fuertes esos países. Brasil, desde luego, en el campo de la agricultura; la India, en el campo de los programas de informática y *software*, entre otros sectores; China, en la fabricación de productos, aunque ahora se está pasando también a la fabricación del *software*, así como a otros campos. Hay ciertas competencias a nivel global que evidentemente no están igual de diseminadas. Hay que encontrar la forma de ir más allá en todas estas cuestiones, de encontrar puntos comunes de comprensión. Este tema puede ser muy difícil. Pondré un ejemplo maravilloso y sintomático. Esta mañana he recibido un correo electrónico estupendo de un amigo de la India que me decía: “¿Me puedes hacer un favor? ¿Me puedes explicar por qué los franceses, los belgas, los de Luxemburgo están contra la fusión y la adquisición de Mittal, la compañía india del acero? Porque Mittal ya ni siquiera está en la India”. Y luego tenía una pregunta muy curiosa, divertida. Preguntaba: “¿Es lo mismo que pasa con el caso de Alemania? ¿Por qué no se puede adquirir Volkswagen, me lo puedes explicar?”. Esto es sintomático, y en la Unión Europea hay que tener mucho cuidado con estas cosas cuando se trabaja conjuntamente con estos países. No prediquemos lo que no practicamos nosotros mismos. Porque a veces se nos da muy bien decir: “Mire, usted tiene que abrir su mercado, tiene que privatizar, debe liberalizar y cambiar y ser más democrático, y respetar el Estado de derecho, y poner en marcha nuevos baremos...”. Sí, eso está muy bien, es todo parte de nuestra filosofía. No digo que esté mal, porque así es como se hizo fuerte la Unión Europea, es parte de nosotros mismos. Incluso más de lo que imaginamos, porque se trata de nuestros valores en común, de nuestras filosofías, fruto de todos estos años que llevamos en la Comunidad y la Unión Europea. Es parte de nuestra vida

cotidiana. Pero, en un contexto global mundial, no es más que una realidad entre cientos. Hay que reconocer que existen otras sociedades y otras culturas que eligen una vía distinta, y que tenemos que negociar, que ver cómo, dónde encontramos maneras de aceptar su forma de convertirse en algo. Esto es cierto para América Latina porque está a punto de convertirse en un poder global. Podemos comprobar esto analizando país por país –no todos los países latinoamericanos, pero muchos–. Incluso se puede reconocer una lucha entre ellos por intentar averiguar quién será el líder del poder global. Y esto es positivo, porque significa que estamos dejando de lado el triángulo clásico entre los Estados Unidos, Europa y Japón.

Estamos enfrentándonos a los países latinoamericanos que quieren llegar a ser poderes globales. Lo estamos experimentando a nivel comercial, en negociaciones con el Mercosur. Incluso en los temas que se han tocado antes. Creo que lo más importante desde el punto de vista europeo es reconocer nuestra posición global en el mundo y saber lo que queremos conseguir. Y, desde luego, una relación con América Latina sería, en mi opinión, de las más pertinentes. Deberíamos hacer lo posible por salvar las dificultades y lograrla. Afortunadamente, parece que la Unión Europea y América Latina se están acercando cada vez más. Esperemos que en la Cumbre de Viena se alcancen resultados positivos. Mucho va a depender, naturalmente, de las negociaciones con Mercosur; de cómo Brasil pueda unirse y llegar a un punto de vista común, porque es un momento crítico. En este sentido, este año va a ser vital. Va a ser muy relevante el asegurarnos de que existe una comprensión común con el fin de que podamos trabajar juntos. Todo esto lo digo después de haber estudiado a fondo la parte económica y política. Pero, naturalmente, influirá mucho la manera en que se vayan formando estas sociedades y en cómo vamos a poder superar la pobreza. ¿Supondrá nuevos retos para las mujeres? ¿Planteará nuevos retos a las jóvenes sociedades en América Latina? ¿Por qué no vemos algo similar a lo que estábamos viendo, por ejemplo, en la India? En este sentido la población más joven juega un papel muy importante por el protagonismo de las nuevas tecnologías, no solamente en el campo de ICT y de la tecnología de la información, sino también en la de las comunicaciones, biotecnología y otros muchos campos nuevos. Todas estas cosas son las que necesitamos ver en América Latina. Y son necesarias a la hora de unirnos para entrar en el futuro juntos y resolver y superar el *establishment* clásico político y económico. No se trata simplemente de copiar, sino que necesitamos modelos. Modelos, desde luego, que serán distintos para América Latina que para otros países, pero hay que adoptarlos. Hay muchos ejemplos. Intento viajar todo lo que puedo por los países de América Latina y ver las áreas que se están moviendo, y las áreas y regiones que se mueven más despacio. Sobre esto encontramos siempre argumentos a nivel mundial. En todo caso, es interesante ver, y luego tratar de comprender, por qué una región se mueve más deprisa que otra.

Hay motivos subyacentes, muy a menudo relacionados con la gente: con la necesidad de que comprendan que deben resolver problemas, que tienen que arriesgarse, que tienen que trabajar juntos, que colaborar. Mucho depende de la gente: la gestión de las regiones, la gestión de las sociedades. Y tener valor no es simplemente saber esperar, sino adelantarse. Hay muchos otros motivos implicados en el progreso, naturalmente. No quiero ser demasiado simplista. Me he limitado a ir señalando algunos de los aspectos que a mí me parecen pertinentes. Nos encontramos es un momento muy difícil. El asunto de las caricaturas en Copenhague es una muestra de ello. Creo que, desde nuestro punto de vista, es más pertinente todavía que trabaje-

mos juntos o, al menos, que lo intentemos. Y la Cumbre de Viena nos ofrece una oportunidad para llegar a acuerdos. Si no podemos arreglárnoslas allí, si no nos las arreglamos este año para mejorar nuestra relación con América Latina, tendremos entonces que hacerlo luego, no en general, sino país por país. En todo caso espero que para el verano tengamos una visión más clara, una visión más estratégica y sepamos exactamente lo que queremos conseguir. También sobre cómo pueden trabajar juntos los distintos grupos del mundo político, del mundo económico, los parlamentos, las ONG. Porque todo el mundo tiene que ser parte de esto, incluida la sociedad civil. Toda esta clase de cosas tendrán lugar sólo si podemos gestionar nuestras estrategias, nuestras alianzas estratégicas, de mejor forma. Porque, si no, me temo que vamos a seguir como en el pasado.

Juan Manuel Eguiagaray

■ Muchas gracias Erika. Gracias de nuevo a los dos. Creo que ambos han hecho, no sé si me atrevería a decir, un cierto esfuerzo por seducirnos, no solamente desde Latinoamérica, haciendo un discurso muy inteligible para los europeos, sino creo que también, por parte de Erika, realizando un discurso muy en el camino del encuentro con la mentalidad y los deseos latinoamericanos. Creo que tendríamos que hacer el esfuerzo de contribuir al debate tratando de sugerir cómo avanzar a partir de las premisas planteadas aquí. A la hora de hacer uso de la palabra les pediría que traten de ser, una vez más, imaginativos, tal y como les he pedido anteriormente, que éste es un seminario, les vuelvo a recordar, en el que nos gustaría que surgieran ideas que pudieran ser tomadas en consideración, elaboradas después entre la Unión Europea y los países latinoamericanos de cara a la Cumbre de Viena.

Víctor Godínez

“ Yo quisiera empezar diciendo que no puedo estar más de acuerdo con la indicación de la señora Mann en torno a la necesidad de hacer interpretaciones o lecturas políticas de la economía y, a la inversa, lecturas económicas de la política. Teniendo esto en cuenta, me gustaría hacer una indicación concreta en relación con la intervención del señor Álvarez y, a partir de ahí, realizar, probablemente, alguna propuesta. No estoy tan seguro, como dice el señor Álvarez, de que este debate entre el Estado y el mercado esté en la actualidad resuelto, por lo menos en algunos países como México. Creo que hay que definir todavía una serie de cosas. Quisiera también referirme a otro punto tratado por el señor Álvarez: el de la macroeconomía estable. Es cierto que hoy la macroeconomía es estable, es un referente común a todo el mundo. Pero también es cierto que las sociedades latinoamericanas, por lo menos en países como México, se preguntan nuevamente para qué sirve la macroeconomía estable, sobre todo si hablamos de cohesión social. Se trata de un punto terriblemente complejo que no se resuelve con el discurso político, más o menos convencional en muchos de países de América Latina, según el cual ahora llegó el momento de que la macroeconomía estable se traslade a la microeconomía. La verdad es que, quienes son economistas como yo –nadie es perfecto–, sabrán y estarán de acuerdo conmigo en que tal división entre una macro que discurre por una parte y una micro que discurre por la otra no existe. El estado, más o

menos miserable, de la microeconomía latinoamericana es seguramente el resultado de un tipo específico de macroeconomía que ha venido estableciéndose en la región. Pongo dos ejemplos. El tema del debate entre el Estado y el mercado no está resuelto. Por lo menos, no en todos los países. Hace 20 años la gran justificación teórica, pero también política, académica e intelectual, para reducir el tamaño del Estado –se fue reduciendo en muchos sentidos en la región– tenía como fin abrir un espacio de participación a las fuerzas del mercado. ¿Cómo podemos medir la efectividad de este redimensionamiento del Estado desde el punto de vista del desarrollo económico, que es una de las preocupaciones de la mesa del día de hoy donde uno de los temas de debate sugerido ha sido la seguridad inversora? Desde mi punto de vista, hay un indicador sintético muy bueno para todos, y es la inversión. ¿Cómo ha sido la respuesta del sector privado en términos de inversión en América Latina? Pues la historia –más allá de algún caso exitoso como el de Chile, que no está muy lejos de lo que voy a indicar como dato general para toda la región– es que los coeficientes de inversión alcanzados en cada uno de los países de América Latina y en su conjunto antes de la crisis de la deuda se colapsaron y no se han recuperado. Fundamentalmente se abrió un espacio de inversión a través de las privatizaciones, por ejemplo, en el retiro del Estado, para que el sector privado participara. La respuesta, en las últimas dos décadas, ha sido extraordinariamente magra por parte del sector privado. Esto es un indicador muy claro de la confianza de los inversores y del sector privado con respecto a las expectativas que presenta la economía. Por ello creo que ahí hay un debate necesario que librar todavía, porque creo que es muy difícil, por ejemplo, en la macroeconomía.

La macroeconomía estable ha sido nefasta en la manera en que se entiende en la actualidad en la región. No estoy en contra de la estabilidad macroeconómica, pero creo que en coyunturas muy importantes, en los últimos 20 años, se ha convertido en una especie de política de estancamiento estabilizador que milita en contra de las posibilidades del desarrollo y, desde luego, de la cohesión social. Por ejemplo, cada vez que el ciclo internacional experimenta bajas, las políticas fiscales –que son uno de los elementos centrales de esta política, de esta macroeconomía estable, algo así como la perla de la corona de la macroeconomía estable– se convierten en una política fiscal a favor de los ciclos que magnifica los efectos recesivos del ciclo internacional, con los efectos consecuentes en materia de formación de capital, de extensión y calidad de los servicios sociales, del empleo, etc. Esto ha sido la historia –en particular de América Latina– de 1995 hasta la fecha, en los diversos ciclos internacionales. De modo que en lo referente a la propuesta que creo que ha surgido aquí en torno al debate de lo público y lo privado, del Estado y del mercado, de la política y de la economía, hay un punto muy importante que discutir –en un foro como el de Viena por ejemplo–, en torno a la necesidad de establecer políticas nacionales de inversión para el cambio productivo. Ésta es una región en la que, en una época de pleno cambio tecnológico, la formación de capital físico se colapsó. Y es utópico, si no demagógico, pensar que este cúmulo enorme de problemas se puede superar. Sé que es una visión muy economicista, pero también muy elemental y muy cierta, si no hay una inversión suficiente capaz de sustentar a el largo plazo los procesos de crecimiento. No se puede hablar de empleo remunerativo –que es una condición básica para poder hablar seriamente de cohesión social– si no hay detrás una inversión seria, sostenida. Es muy difícil pensar también en ciclos extendidos de crecimiento, que es otra condición *sine qua non*. No es suficiente, pero sí necesaria para poder hablar nuevamente y con seriedad de la cohesión social.

Quisiera decir que aquí hay de nuevo un problema político y a la vez económico –por eso me gustó mucho la intervención de la señora Mann–. Son dos dimensiones inseparables de la realidad y de la agenda actual latinoamericana. Creo que, en realidad, todo esto no va a ser posible enfrentarlo si no volvemos a tener Estados activos, después de la experiencia de 20 años de reformas, de ajustes, de democratización. No es lo mismo tener un Estado activo en un contexto político institucional autoritario –como el que prevalecía en América Latina en los años ochenta y con anterioridad–, que tener un Estado activo en materia de desarrollo en un marco democrático, porque entonces este Estado está sujeto a rendir cuentas y al escrutinio público. Me parece que en este punto el activismo del Estado es muy importante.

En resumen, aquí hay un problema eminentemente político e institucional. Para solucionar este aspecto los latinoamericanos tenemos que buscar, creo, la cooperación internacional, que puede ser de gran importancia. En todo caso, es tarea nuestra fundamentalmente pensar cómo dotarnos de una institucionalidad que procure que el Estado haga lo que tenga que hacer y no lo que no debe hacer.

José Juan Ruiz

« Tenía tres preguntas y tres sugerencias que me han suscitado las palabras de Chacho (Carlos) Álvarez. La primera es una duda muy pragmática: ¿estaremos pensando dentro de diez años que lo que hoy se está construyendo en América Latina es un nuevo modelo, o estaremos reconociendo que esto ha sido otra vez un episodio más de adanismo, de esos péndulos que van de un lado a otro? Cuando uno ve lo que está ocurriendo, comienza a tener ciertas dudas o ciertos temores de que se estén creando ciertas instituciones necesarias para mantener una nueva orientación, un nuevo modelo de coordinación y de convivencia de reglas de juego. Ése sería el primero de los puntos, y aquí la sugerencia es clara: Europa tiene mucho que enseñar sobre cómo se crean instituciones y, sobre todo, cómo se crean consensos que permiten el establecimiento de agendas de Estado que están por encima de los gobiernos. A mí me parece que éste un tema central en el debate entre América Latina y Europa.

La segunda de las cuestiones es más bien un temor, y es que nuevamente vuelvo a advertir que se tiene mucho miedo a ligar nacionalismo con la cerrazón de las economías. Basta con que miremos lo que está ocurriendo en Mercosur: las economías nacionales se están cerrando, y lo están haciendo de muchas formas. Lo que hoy tenemos en Mercosur –que es el gran ejemplo de escaparate de integración regional– es un conflicto de papeleras, de políticas macroeconómicas de tipo de cambio cada vez más contrarias y opuestas entre Argentina y Brasil. Viniendo para acá he oído las grandes descompensaciones de las divisas brasileñas y argentinas con respecto al dólar. Bueno, esto no es coordinación de políticas macroeconómicas. Lo que realmente parece es que las instituciones que se crearon en los noventa se deshacen, asunto que, evidentemente, traslada una cierta duda a Europa sobre cuál es la estabilidad o cuál es el grado de compromiso cuando se está hablando de integración. No sólo hay un complejo de culpa en Europa. Investiguemos también a qué se debe en esta nueva fase esta cerrazón que se está produciendo en las economías. Porque si la calidad del Estado es baja, cerrar las economías conduce a un incremento de la corrupción y a una transferencia de rentas de

unos grupos sociales hacia otros, y nunca hacia los pobres, sino hacia los más ricos, como Chacho advirtió en su pregunta.

En cuanto al tercero de los puntos, a mí me encantaría pensar que realmente estamos en una nueva etapa en la que sólo vamos a hablar de crecimiento con equidad. Pero cuando uno mira los números, lo que ve es que los países que crecen lo hacen a costa de la equidad. Y los países que crecen son Venezuela y Argentina, en los cuales, en los últimos cinco años, se han producido incrementos importantísimos de la desigualdad en su patrón de distribución de la renta. Mientras que los países que no crecen, que son México y Brasil, sí que están consiguiendo disminuir la distribución de la renta. Está muy bien decir que nuestro eslogan es crecer con igualdad, pero lo que hoy estamos observando es justo lo contrario: los que crecen lo hacen a costa de la igualdad, y los que no crecen son los que están mejorando la igualdad. Hoy acaba de publicar el Banco Mundial un precioso informe sobre círculos virtuosos y círculos viciosos en la distribución del ingreso en América Latina. En él podréis leer dos cosas: una –que ya había comentado Chacho–, que un punto de crecimiento reduce 1,2 la pobreza. Es un dato muy importante. En América Latina, en los últimos cuatro años, 13 millones de personas han salido de la pobreza. Puede ser poco, pero son 13 millones de personas. Pero, por otro lado, para recuperar un punto en la distribución del ingreso, o sea, hacer un punto menos desigual la distribución del ingreso, en Argentina son necesarios 2,5 puntos de crecimiento. Creo que esto es algo que también deberíamos estar pensando. Puede que América Latina sea pobre por esta sucesión de crisis que hemos ido propiciando por ese adanismo que las instituciones generan en el continente.

Laureano Cuerdo

Yo quería también plantear una pregunta al hilo de la intervención de Chacho Álvarez: si de verdad él cree que se está recuperando el papel del Estado. Mi impresión –y conozco bastante América Latina– es que el consenso de Washington ya no tiene buena prensa. Sin embargo, las recetas del consenso de Washington se siguen aplicando prácticamente por todos los Gobiernos del área, y que el papel del Estado en sus funciones, tal y como se habló esta mañana, de que de nuevo se utilicen la educación, la seguridad social y otras formas para poder llegar a una igualdad y a una redistribución de la riqueza, deja mucho que desear.

Por otra parte, la semana pasada estuve en Lima, en un encuentro parecido a éste entre el Foro Consultivo Económico y Social del Mercosur, el Consejo Económico y Social europeo y el Consejo Laboral y Empresarial andino. En él también se habló, entre otras cosas, de un nuevo contrato social con vistas a Viena, si empresarios y trabajadores se ponían de acuerdo, cosa que fue difícil. Finalmente, se propuso utilizar en el documento la expresión “consenso social”, porque “contrato” no gustaba a los empresarios, y “pacto social” no gustaba a los trabajadores. Es decir, una vez más la semántica juega su papel. Creo que de lo que hay que convencer al conjunto es de esos tres elementos que Nicolás Sartorius señaló esta mañana de una manera tan gráfica. Primero, de cómo un pacto puede beneficiar a todos si nos ponemos de acuerdo. Creo que esto es lo importante a la hora de conseguir un consenso social en América Latina. Pero para eso, y aquí me refiero al segundo planteamiento, es necesario que la sociedad civil tenga un papel importante dentro de este contrato, o

consenso, o como se le quiera denominar. Porque si la sociedad civil es débil, es porque los partidos políticos, en la mayoría de los países de América Latina, se han debilitado y suelen casi siempre establecer alianzas. Por ejemplo, en Perú, en estos momentos, se presentan coaliciones que tienen una “cabeza” y muy poco más. De modo que muy probablemente ocurra como ha ocurrido con el partido de Toledo: desaparecida la figura del presidente Toledo, desaparece el partido político. Es absolutamente necesario que los sindicatos, los empresarios y otras expresiones de la sociedad civil tengan un papel en este contrato social, en este diálogo social, en la contratación colectiva y en tantas cosas que quedan por hacer.

Por último quería plantear también al respecto un tema que me parece importante, y es el de la emigración. Creo que se debe tratar este tema. No sé si está dentro de los paneles el que hablemos en profundidad de ello. En todo caso, lo que no ayuda son llamamientos como el del Ministro del Interior de Francia en los que plantea que el tipo de inmigrantes que quiere son aquellos que tienen títulos, que tienen tal. Es decir, se intenta descapitalizar, desde el punto de vista de la emigración, a los países que ya tienen enormes problemas para tener educación dentro. La macroeconomía de los gobiernos de la concertación ha sido bastante buena. En Chile, la economía creció con Pinochet un 2,3%, como promedio, durante su gobierno. Tuvo dos recesiones, una de un 17%, otra de un 15%. Eso no es buena macroeconomía. La inflación en promedio fue de un 28%. Terminamos con una inflación del 30% cuando entregó el poder. La inversión cayó. En fin, hay buenas y malas macroeconomías. Pero hay una cuestión que es clave para que la macroeconomía no genere falta de cohesión social, y es que no puede haber recesiones. Cuando se habla de los indicadores actuales de distribución del ingreso o de cohesión social de Argentina, o de Uruguay, y se dice “están creciendo y tienen mucho peores indicadores”, bueno, pero tuvieron unas recesiones más o menos grandes hace pocos años. Y cada recesión significa pérdida de cohesión social porque significa desocupación, significa problemas sociales muy agudos, y eso lo vimos dos veces en Chile durante la época de Pinochet.

Por tanto, cuando hablamos de contribuciones en marcos de política, hay que ayudar a la macro, y eso en el mundo globalizado de hoy no es sólo un problema interno de los países. Porque los flujos de capitales, los flujos de inversiones, inciden en los resultados macroeconómicos de los países. Nos decía esta mañana Alberto Navarro que el principal socio comercial de América Latina es la Comunidad Europea, y que el principal inversor externo en América Latina es la Comunidad Europea; y eso tiene impacto directo en la macro. Por esa línea, yo creo que hay que reforzar esos vínculos, pero entendiendo que también hay que entrar en el tema de los flujos financieros, para que las macro sean estables y para que definamos en el mundo en conjunto políticas que ayuden a estabilizar los flujos financieros, para que nuestras economías no tengan periodos recesivos que generan falta de cohesión social.

Lo segundo es que todas nuestras economías en América Latina son claramente economías duales, con un pequeño sector de la población, en términos numéricos, que es competitivo con la Comunidad Europea, o con Estados Unidos, o con los países emergentes de Asia. Tenemos en todos nuestros países algún sector que es competitivo a nivel mundial, pero tenemos también un gran sector que no es competitivo, a veces ni siquiera dentro de nuestros propios países. Y si no mejoramos las condiciones de esos

otros sectores no competitivos no vamos a mejorar la cohesión social, salvo que hagamos algunas cosas que parecen estar prohibidas en estos tiempos, como reformas agrarias, o reformas urbanas, o reformas industriales. No parece ser ésa la receta que hoy día se promueve o se avala, o que avalaría la Comunidad Europea, supongo, especialmente si tienen tanta inversión en nuestros países. Lo que hay que hacer entonces es ver cómo los flujos de cooperación van a contribuir efectivamente a disminuir esta dualidad en la productividad de los trabajadores para que mejore, así, la cohesión social. En nuestros países hay pequeños sectores –se hacía alusión esta mañana a la burguesía de nuestros países– que tienen gran capacidad de intervención en la economía del mundo, a los que no preocupa demasiado la cohesión social. Y con esa realidad coexisten enormes sectores cuya productividad es bajísima. Así, pues, la cuestión es cómo contribuimos a mejorar esa productividad. Eso requiere inversión en educación, en transferencia tecnológica, becas, más y más becas para personas pobres de nuestros países latinoamericanos; también requiere apoyo al desarrollo de las políticas sociales. Ahí hay, sin duda alguna, experiencias que se pueden transferir.

Quiero terminar con una sola cuestión. Esta mañana se decía –lo decía Álvaro Espina–: ¿cómo es que nuestras burguesías no se preocupan de esto? ¿Con quién se relacionan los inversionistas europeos en nuestros países? ¿A quiénes ponen de directores de las empresas? ¿Quiénes son los interlocutores validados por la Comunidad Europea en nuestros países? Son esas burguesías, que antes elegían a los presidentes, ahora eligen a los directores de las empresas, aunque nosotros elijamos a nuestras presidentas y nuestros presidentes desde otros estratos.

Juan Manuel Eguiagaray

■ Tengo tres preguntas y se está acabando el tiempo disponible. Me voy a permitir ahorrar algo de tiempo, porque una de ellas está formulada por escrito y se la voy a trasladar a Erika Mann para que tome nota y después la incorpore a sus respuestas. Es una pregunta de Ricardo Arredondo. Como está por escrito la leo: “Si la Unión Europea ha sido capaz de llegar a acuerdos bilaterales con México y Chile, ¿el Mercosur tendrá que esperar un resultado en las negociaciones globales de la Organización Mundial del Comercio para tener un acuerdo, o ese acuerdo puede llegar antes de 2013?”.

Diana McLean

“ Voy a ser breve. Mi pregunta es jurídica, es un comentario. Soy consultora externa en temas del Mercosur en la Corte Permanente de Arbitraje en La Haya. Resumiendo un poco las exposiciones del señor Álvarez y de Erika Mann, que me han parecido sumamente interesantes, cada una desde su óptica. El señor Álvarez ha hablado del funcionamiento de las instituciones y de la seguridad jurídica, y la señora Mann dice que tenemos que trabajar juntos e ir más allá de nuestras disputas, “*going together*”, “más allá de”, y también ha dicho otra cosa: ¿Por qué hay regiones que van más rápido y otras cuya integración es menos rápida?

Yo creo que el Mercosur es una estupenda organización regional y que ha ido más rápida que la Unión Europea, porque, por ejemplo, en 50 años tiene un mecanismo de solución de controversias, y tiene un tribunal arbitral que creo que es muy importante consolidar porque, dependiendo de la manera en que este tribunal arbitral funcione, va a haber seguridad jurídica y va a haber inversiones en el Mercosur. Los empresarios y los inversores internacionales quieren transparencia y que las controversias no sean resueltas por los políticos ni por los diplomáticos. Yo creo que la seguridad jurídica será la base, también, de la próxima distribución de la riqueza y de la armonía entre los pueblos. Y que el Mercosur tiene que ir más allá de sus disputas nacionales y crear –como dices tú, Erika– un entendimiento común. Nos tenemos que conocer y tenemos que fomentar nuestras instituciones supranacionales. Nada más.

Erika Mann

Intentaré ser lo más breve posible. La primera pregunta creo que toca un tema crucial. Lo más importante y lo que necesitamos, salga lo que salga de las negociaciones de Mercosur y todas las otras que se están realizando, es reforzar nuestra cooperación, yendo más allá del comercio, más allá de todos los acuerdos existentes. Yo ya les dije que llevo más de diez años en Bruselas, y trabajo en muchas redes y presido muchas de ellas. Una, con Estados Unidos, se llama Red de Política Transatlántica. Éste es un ejemplo estupendo de lo que hace falta con Latinoamérica. Me pregunto por qué no existe. Se reúnen los mundos políticos, económicos, los pensadores, las universidades, las ONG, porque todos tenemos nuestro mundo, nuestra experiencia, nuestro conocimiento, y ahí es donde hay que participar, y donde construimos nuestras sociedades y nuestra cooperación. Y eso no viene de procedimientos administrativos, porque puedes reunir muchos administradores en una sala, pero el resultado no será lo que queremos, será deficiente. Las cosas sólo vienen de aquellos que ponen las cosas en la práctica, la gente de los negocios, quiero decir. Idea brillante. ¿Por qué no lo pensamos los profesores universitarios? Pensamos, claro, ¿por qué no coopero con esta empresa, porque aquí hay una idea estupenda, maravillosa, para la agencia, para el Gobierno? El Gobierno se hace para los pobres, para que tengan trabajo. Lo que necesitamos, lo que hace falta, es conexión.

La Cumbre de Viena va a ser un poco el símbolo, el acontecimiento importante del año; tenemos que asegurarnos de influir en el proceso de Viena. Los científicos tienen que pensar en lo que quieren conseguir en distintos campos. También los economistas y los políticos. Y, luego, hacer presión sobre el proceso, decírselo a los Gobiernos de ustedes para que esos temas estén en el orden del día, en la agenda. Y tienen toda la razón: hay que ir más allá de la cuestión mercantilista, de lo que yo siempre llamo el lenguaje administrativo político, que a mí no me gusta. Entonces sí que avanzará el proceso de cooperación, se encontrará cohesión social, aprenderemos uno de otro. Y es la única forma de hacerlo, porque, si no, moveremos los papeles y nada más, y no creo que esto sea lo que de verdad queremos.

Hay una voluntad fuerte en la Unión Europea. Nunca he visto tanta convicción y tanta voluntad como ahora. Yo estoy ayudando a Peter Mandelson, el nuevo comisario, a que entienda Latinoamérica. Y mucha gente más, por supuesto. En el Parlamento se siente también. Ayer nos reunimos con toda la delegación de los países latinoamericanos y la

sala estaba llenísima: esto es un símbolo de un debate muy vivo. Es el momento adecuado para hacerlo; hay acuerdo entre nosotros en que hace falta.

Un ejemplo: China, que siempre es un ejemplo maravilloso. ¿Por qué se está desarrollando con tanta rapidez? Sólo por un motivo, por las expectativas. Vemos la realidad, las cifras económicas y las otras –he visto muchos campos de China y conduzco y leo mucho– y ¿qué pasa? Que por todas partes lo oigo: son expectativas, expectativas. La inversión es tremenda, pero si vemos los estándares de los inversores y cómo tienen que invertir, la cosa no es tan buena. Es difícil, tiene sus trucos. El tema de la propiedad intelectual, ¿se respeta o no se respeta? Con suerte sí, pero a veces no. O sea, que hay campos más difíciles, y aun así están inundando China de inversiones. Se tiene fe política por las expectativas. Seguro que se puede crear algo parecido para Latinoamérica –nunca igual, no hay que copiar– y esto es lo que espero que salga de Viena, este empujón para que haya una voluntad política fuerte para trabajar con una asociación estratégica. No contra otra región, no contra otra persona, sino algo que nos una.

Y ya, para ir terminando, Estados Unidos y los Estados nos tienen que ayudar, porque son los Estados los que tienen que producir nuevas políticas. Si los Estados bloquean y no ayudan, está claro que nada funcionará. Espero que este mensaje se entienda y que finalmente se ponga en práctica en varios Estados y en varios marcos políticos, en políticas Mercosur, porque si no, no funcionará este Mercosur. El nivel supranacional es importante y pertinente, pero al mismo tiempo hay que tener cuidado, yo creo mucho en ello. La Unión Europea tuvo mucha suerte al pensar que este modelo se puede duplicar o repetir. Yo lo dudo. La Unión Europea tuvo suerte, pero habrá otras regiones que tendrán que encontrar su propio modelo, su propia cohesión y sistema. No hay que copiar el modelo de la Unión Europea.

Quizá hay algo que no hemos entendido bien, y en mi opinión es la relación entre los niveles supranacional, nacional, regional y local, porque finalmente, hagamos lo que hagamos, siempre hay que ponerlo en práctica a nivel local. En la política pasa lo mismo que en el mundo económico: si a nivel micro las cosas no funcionan, la cadena para que funcionen todas las buenas políticas no funcionará tampoco.

Carlos Álvarez

“ En primer lugar, creo que es importante que nuestros países puedan tener una visión de medio plazo, de medio y largo, o sea, una visión más estratégica, y que se puedan construir consensos sobre esa visión estratégica. Esto nos cuesta mucho. El consenso se ha producido en aquellos países que han sufrido una crisis muy grande, o se ha construido a causa de condicionamientos políticos y económicos fuertes. El éxito del modelo chileno está, en parte, en que la dictadura pinochetista fue, en algún sentido, menos destructiva que la dictadura militar argentina, que dejó ciertas huellas que luego la concertación siguió. Por supuesto que puso énfasis en la inversión social, en la educación, en la política de salud; que aumentó mucho los presupuestos en cuanto a la inversión social... pero reconozcamos que hay una herencia fuerte de la política económica que dejó la dictadura militar.

Así, pues, los consensos no se dan en un acuerdo en una mesa, sino que hay un proceso económico –con retoques, con intervenciones, algunas importantes– que de alguna manera se respeta como una política que venía de entonces, sobre todo en el último periodo, después de las crisis, que enunciaba el compañero de Chile. Digo esto porque los propios socialistas chilenos, los propios gobernantes de Chile, lo reconocen.

Pero sería muy bueno que hubiese políticas de Estado. En América Latina las políticas de Estado se han tomado como políticas pactistas, a espaldas de la gente. Los pactos han sido vistos como pactos corporativos, pactos que favorecen determinadas ambiciones presidencialistas o de reelecciones, pero en realidad no hay pactos o políticas de Estado que tengan una perspectiva, una visión estratégica de nuestros desarrollos. Tenemos que superar la cultura “refundacionalista”, porque en Latinoamérica todos se sienten Cristóbal Colón, San Martín o Bolívar, todos llegan y son refundadores. Para todos la Historia empieza cuando llegan ellos.

En general en nuestra región hay una fuerte tendencia, que tiene que ver con los ciclos de inestabilidad, a que cada uno que llega encuentra una herencia complicada, eso es verdad. El que llegó en los noventa se encontró con las hiperinflaciones o con las altas inflaciones. Y el que llega después se encuentra con un endeudamiento muy grande, o con la bomba de la convertibilidad, el “uno a uno” en la Argentina, que era imposible de sostener. O sea, cada Gobierno, cada ciclo, deja dinamitado en alguna medida el proceso que le va a continuar. Por eso quiero ser optimista, quiero decir que ahora empieza, o puede empezar a haber, procesos más equilibrados.

Cuando hablo de la macroeconomía, digo que es bueno que nuestro país tenga superávit fiscal, que tenga superávit comercial y superávit en cuenta corriente; que haya una política económica que tiene fundamentos sanos, porque es lo que nos va a permitir crecer sostenidamente en el tiempo, ser menos vulnerables a las crisis externas y hacer política contracíclica, que es verdad que nosotros nunca la hicimos. Pero para eso hay que tener políticas sanas, y creo que en algún sentido, si uno toma el caso de Brasil, de Argentina, de Chile, de Uruguay, se está encontrando con gobiernos denominados genéricamente de centro-izquierda que están haciendo política económica sana. Pero, ¿eso es condición suficiente? No, por supuesto. Pero me parece que permite que el Estado intervenga, no ya para subsidiar “prebendalismos” y presiones corporativas, sino que intervenga ayudando a las pequeñas y medianas empresas a encontrar nichos de inserción económica internacional, ayudando a mejorar la diversificación de nuestra base productiva y, sobre todo, a incorporar más capacidades tecnológicas en nuestras producciones. Es decir, esa política macroeconómica sana permite al Estado intervenir de una manera distinta a como lo hizo en la década de los sesenta o de los setenta, que terminó beneficiando a grupos parasitarios o a grupos “prebendalistas”, amparado luego en lo que ya sabemos y lo que ya sufrimos.

Creo que hay otro rol distinto del Estado, que no está desarrollado en todos los países de América Latina, es cierto. Yo no he encontrado dirigentes progresistas o de centro que digan “el Estado no tiene que actuar”. Hoy se sabe que la innovación tecnológica es fundamental, y el aporte privado a la innovación tecnológica en nuestro país es muy bajo. Creo que en eso nosotros tenemos que hacer sinergia en la región. ¿Cómo nos vamos a incorporar nosotros a la sociedad del conocimiento? Tenemos que potenciarnos, y lo que nos falta no es solamente supranacionalidad –que Montevideo sea más

Bruselas, “bruselizar” Montevideo–, nos falta conciencia regional. ¿Qué quiere decir esto? Vamos a las reuniones regionales, los ministros hablan de políticas regionales y cuando uno va a sus países se encuentra con la agenda nacional, que aprieta mucho, y con los temas de coyuntura, que son urgentes. Entonces, lo urgente se termina comiendo a lo necesario. El corto plazo y el atajo se termina comiendo a las visiones estratégicas. Esto es lo que hemos sufrido, lo que he vivido yo en el Gobierno, y me parece que lo sufren todavía la mayoría de los gobernantes, porque todavía no hay países normales que nos permiten, digamos, cierta oxigenación, o incorporar la dimensión del medio plazo a nuestras visiones.

Pero creo que estamos en una etapa en la que podemos empezar a poner fin al “pendularismo”, que fue uno de los grandes males, o esa excitación por las modas que tenemos nosotros. Nos excitamos por las modas, nos excitamos con paradigmas circunstanciales, y, cuando esos paradigmas se caen, sufrimos muchísimo las consecuencias de la caída. Por eso no creo que haya que buscar un nuevo paradigma de desarrollo. Creo que hay que discutir en torno a algunos comunes denominadores. Y ahí sí, la experiencia de los países a los que les ha ido bien es muy importante. Y ahí la conciencia regional tiene un rol fundamental. Nosotros estamos proponiendo trabajar mucho en la cuestión energética desde el Mercosur, tener un observatorio energético fuerte, la discusión y la anticipación a las nuevas energías alternativas. Todo ese debate tiene que ser construido en torno a referencias supranacionales y a referencias regionales. La discusión de la distribución del ingreso es un debate que hay que hacer en términos regionales. ¿Por qué? Porque los países no van a poder cambiar fácilmente las relaciones de fuerza para cambiar el patrón distributivo. Sí vamos a poder, por ejemplo, invertir más en educación, invertir más en salud, o sea, generar más inversión en lo social; pero cambiar el patrón distributivo yo creo que va a tener que descansar, en parte, en un debate muy fuerte en la región, y desde el Mercosur podemos acompañar, podemos contribuir a esos debates que para nosotros son esenciales.

Se dijo esta mañana que hablar de igualdad de oportunidades en la región es nivelar las posibilidades en términos del conocimiento, es democratizar el conocimiento. El gran desigualador del futuro va a ser, no el acceso a la educación, sino la distinta calidad de la educación. En nuestro país, que fue una sociedad muy democrática –quizá la más democrática de América Latina–, con una clase media muy potente, con una movilidad social ascendente en la que la educación pública jugó un rol, hoy una escuela de un barrio pobre en la ciudad ya es distinta a una escuela privada en la misma ciudad. ¿Qué quiere decir? Que en una los chicos van a comer y tienen medio día de clase y en la otra tienen doble jornada, tienen familiaridad con dos idiomas, se familiarizan con lo digital. Ahí desde muy chiquitos empiezan a desarrollar capacidades que, a diferencia de hace muchos años, no se desarrollan hoy en la escuela pública, sobre todo de los barrios más desfavorecidos o más pobres. O sea, hay que poner mucho énfasis para universalizar la calidad de la educación, del conocimiento, desde la edad más temprana, porque los sectores populares acceden a la escuela, pero a ella traen crisis familiar y poco capital cultural en su familia. Y esa desigualdad de origen luego ya no se puede recuperar y se reproduce el círculo de la pobreza. La educación reproduce la pobreza existente en nuestros países.

Y una última reflexión: también hay que modificar los parámetros de la cooperación europea. Creo que la cooperación europea no tiene visibilidad, está fragmentada. Nosotros

estamos planteando en Mercosur tener una dirección de cooperación internacional, que haya un lugar en Montevideo, que haya alguien que se llame Mercosur, porque no tenemos nada supranacional. El único espacio supranacional somos nosotros. ¡Mira qué poquito que es lo supranacional! Es decir, en Montevideo hay que construir, pero no a partir de construir burocracias, sino de construir políticas públicas regionales. Esas políticas públicas regionales van a demandar mecanismos, organismos e instituciones supranacionales. Y en esto nosotros tenemos que ser originales para plantearle a Europa tres o cuatro ejes fuertes de nuestra integración, no 25 programas de cooperación que se fragmentan y se terminan esfumando en las cancillerías de algún país. Porque, en realidad, todos somos Mercosur a la hora de los debates del Mercosur, pero después todos somos tributarios de la agenda nacional. Y lo que hay que conseguir es una síntesis entre las demandas nacionales y la construcción regional.

Juan Manuel Eguiagaray

■ Muchísimas gracias a los dos ponentes y a todos ustedes por su participación. A mí me suele producir un cierto vértigo cuando encuentro ideas en las que jamás había pensado. Me produce algo más de serenidad cuando hay un terreno común de coincidencia, y creo que en este panel de hoy hemos encontrado bastantes elementos de coincidencia. Me congratula mucho recordar algo que ha dicho esta mañana Rodolfo Nin: “con la cantidad de errores futuros que podemos cometer, por favor, no cometamos los viejos errores”. Creo que es una reflexión buena para pensar en el futuro, y es verdad que europeos y latinoamericanos tenemos experiencia de errores y de aciertos, pero probablemente, cada vez más, hay una conciencia compartida de cosas que probablemente forman parte de un razonable buen camino. No porque tengamos total seguridad, sino porque creemos que hay algunas cosas que no merecen ser inventadas. En España se dice “no inventemos el Mediterráneo”, quizás podríamos decir “no inventemos el Atlántico”, no transitemos por caminos extraños y no pensemos en recetas que nos recuerden a Adán, quizás ni siquiera a Eva. Tal vez éste sea un buen final, no una síntesis, pero un buen final de algunas de las reflexiones que hoy han figurado aquí, y que nos permitan en el siguiente panel profundizar en esa cooperación y en las ideas para esa cooperación.

Mesa 3. Procesos de integración en la UE y ALC


Vicente Palacio (moderador)

■ Quiero presentarles a nuestro ponente, recién llegado a Madrid desde Bruselas, de esta mesa tercera, que es Procesos de Integración Unión Europea-América Latina-Caribe. José Ignacio Salafranca nos preguntaba antes: ¿De qué habéis estado hablando? Quizás, como resumen, vendría a ser algo así como “buscar un nuevo hilo conductor para afrontar las relaciones Unión Europea-América Latina”. Este nuevo hilo conductor tal vez podría ser el tema de la cohesión social, pero abordada desde un punto de vista de las políticas internas, de ese consenso social, de ese pacto entre los distintos agentes de todos estos países. Por tanto, es importante aclarar que no estamos diciendo que no sean importantes las políticas macro, ni los consensos de Washington o de Buenos Aires. Lo que estamos diciendo, inspirándonos en los documentos de la Comisión o del Parlamento Europeos, es que esos consensos, esas políticas macro y esas ayudas externas y esas asociaciones estratégicas de libre comercio, no van a ser exitosas si no se acompañan paralelamente con un pacto social previo. Si no hay ese pacto social, realmente nos estaremos chocando contra el muro una y otra vez.

Quiero decir también que es un honor presentar a Edmundo Jarquín, que es nuestro primer ponente de la mesa. Supongo que cuando él ya estaba trabajando en temas por su país, Nicaragua, y por América Latina, el que habla todavía no había nacido, así que me siento un poco abrumado por ello. Edmundo Jarquín es actualmente director del SEGIB, del Gabinete del Secretario General Iberoamericano, don Enrique Iglesias, y como no necesita mucha más presentación, solamente destacaré que fue embajador en México y en España entre 1988 y 1990. Por lo que es más internacionalmente conocido es porque ha estado trabajando desde 1992 hasta el año pasado en el Banco Interamericano de Desarrollo, como especialista en políticas públicas, y después como jefe de la División de Estado, Gobernabilidad y Sociedad Civil.

3.1 Procesos de integración en la UE y ALC: una visión desde ALC

Edmundo Jarquín

 Yo sé que la única manera de competir contra la hora de la copa y de la familia es la brevedad, de tal manera que me voy a atener estrictamente a los diez minutos que nos han cedido a los ponentes, y los voy a utilizar en torno a cuatro ideas.

La primera es que la gran limitación que han enfrentado y enfrentan los procesos de integración en América Latina –tanto los que se lanzaron a finales de los cincuenta como los que se lanzaron después, en los noventa– ha estado en que dos de los supuestos básicos de que puede haber integración más allá del libre comercio no han estado presentes ni lo están, en términos generales, en América Latina. El primero es la posibilidad de una convergencia política institucional, y el segundo es tener grados mínimos y razonables de integración física. En América Latina, hasta antes de los noventa, sobrevivió con más radicalismo y más endogenismo, porque formamos parte de la matriz cultural occidental, el conflicto excluyente entre capitalismo y socialismo. La mayoría de los países de América Latina llegaron hasta los ochenta con este conflicto y en alguno de ellos con expresiones políticas militares. Y entonces, ¿cómo podía haber procesos de integración con semejante discrepancia en el interior de los procesos políticos nacionales? Es decir, en todos aquellos esfuerzos convergían voluntades de los dirigentes de turno, no voluntades institucionales. Después hablaré de lo que ha ocurrido después de los noventa, con la alegría del fin de la Guerra Fría.

En segundo lugar, los grados de integración física de América Latina siguen siendo bastante más bajos que los que había en Europa en plena Segunda Guerra Mundial, es decir, son relativamente razonables en Centroamérica y prácticamente inexistentes para sopor- tar un proceso de integración en Sudamérica en su conjunto. Dejo aparte lo de la integración física y vuelvo al otro tema. Los procesos de integración requieren mínimos de convergencias de políticas institucionales, y si esos mínimos no se dan en el interior de los países, mucho menos se dan en términos de las relaciones entre los países. Con el fin de la Guerra Fría, se pensó que esa convergencia habría llegado, y se relanzaron algunos procesos de integración. A partir de ese supuesto, Centroamérica estructuró un pacto que dio origen al sistema de integración centroamericana, basado en un tratado de seguridad democrática, porque se pensaba que “todos somos democráticos”. Se lanzó Mercosur con una cláusula democrática, se relanzó el proceso de integración andina... Pero vamos a lo siguiente, que es la segunda idea.

¿Ha alcanzado ya América Latina, como consenso “societal”, el pacto social entre democracia y mercado, cruzado por la idea de la equidad? Pese a esta extensión de la idea democrática –y realmente tenemos democracias en términos de procesos electorales y de una gran amplitud de las libertades políticas–, tenemos una enorme debilidad, en general, en términos del Estado democrático de derecho. ¿Ha alcanzado América Latina ese pacto que Europa fue alcanzando desde la ruptura de la II Internacional, la influencia de la doctrina social de la Iglesia, y se plasma después de la Segunda Guerra Mundial, de compatibilizar la idea de la democracia con la idea del mercado, articulado por una cierta noción de que tiene que haber mínimos de equidad social? Ese gran pacto rooseveltiano de inspiración keynesiana que Estados Unidos alcanzó a partir de los años treinta, en general América Latina no lo ha alcanzado todavía. Y pese a que tenemos este ambiente democrático sin precedentes, en términos de libertades políticas y de derechos humanos, ese consenso, ese pacto social básico, en general, en América Latina no existe. Diría que se gestó en el Uruguay con la revolución social más profunda de América Latina, y la más desconocida, que fue la revolución batallista de principios del siglo XX; se alcanzó en Costa Rica con la revolución y la fundación de la II República de Figueras a finales de los años cuarenta, y Chile está arribando desde la derecha y desde la izquierda a ese gran pacto, ese pacto que en Europa y en Estados Unidos hace que se toquen las versiones de

derecha con las versiones socialdemócratas en torno a unos mínimos que no existen en términos del consenso “societal” latinoamericano. Es decir, casi ningún país de América Latina puede decir aquello que decía Nixon en Estados Unidos: “aquí todos somos keynesianos”, en términos de tener una casa ideológica común. Ésa es una tarea pendiente. Desde luego, y ya viéndolo en la relación causa-efecto, América Latina no ha alcanzado, en general, el pacto vertebrador de ese gran consenso, que es el pacto fiscal. Y en América Latina tenemos ingresos promedio sobre el producto interno bruto en la región, incluyendo los ingresos petroleros, en las cuentas fiscales de algunos Estados, que son del 15% al 17% del producto. Es decir, en América Latina, los Estados, asumiendo que gasten bien (eso es otro tema que lo tendríamos que discutir fuera de estos diez minutos y en otros contextos), en general, los países latinoamericanos no tienen los recursos ni para invertir en capital humano, que es el elemento central para articular la equidad, ni para invertir en infraestructuras físicas que posibiliten tanto los temas de la integración como las externalidades para que el mercado funcione bien. Es más –y habría que decirlo con una cierta dosis de frustración–, pese al fin de la Guerra Fría y lo que esto significó en términos de eliminar los mayores detonantes al conflicto político-ideológico en América Latina, aquí seguimos dando bandazos, los mismos bandazos históricos, de atribuir a fallas del mercado lo que en general han sido fallas de la política y del Estado, y esto da origen a las grandes reacciones una y otra vez. Pienso que nada es más urgente en América Latina –donde se sigue discutiendo, desde un extremo, que hay mucho mercado y que ésa es la causa de los problemas, y desde otro extremo que hay mucho Estado y que ésa es la causa de los problemas– que impulsar un consenso en torno a la siguiente idea: en América Latina falta más y mejor Estado, y falta más y mejor mercado. Con Estados que tienen una presión fiscal del 15% del producto, obviamente falta más Estado. Y con sistemas financieros que cubren epidérmicamente los alcances epidérmicos del sistema financiero y los alcances epidérmicos de los derechos de propiedad, en donde tenemos más de la mitad de la tierra cultivable de América Latina fuera del mercado, y más de la mitad de la población agrícola fuera del mercado, obviamente falta también más mercado. Éste es el gran impulso que falta en América Latina, si queremos pensar en la perspectiva de los procesos de integración, es decir, hace falta más y mejor Estado y hace falta más y mejor mercado, y la experiencia de los países exitosos demuestra que esto es compatible.

Y la vez de estas conclusiones, cuando yo pienso en términos de la relación Europa-América Latina, pienso no sólo en términos de los flujos de comercio, no sólo en términos de los flujos de inversión, sino también en lo que puede resultar más importante, es decir, en la transmisión de experiencias y de ideas. Y si algo puede aportar Europa a América Latina en este sentido, son las ideas que derivan de su propia experiencia.


Vicente Palacio

■ Ahora quiero presentarles a José Ignacio Salafranca, que tampoco necesita presentación, pero por eso mismo lo voy a presentar. Salafranca, que ha colaborado con el Observatorio de Alternativas, ya en un diálogo sobre el consenso que tuvimos el año pasado y que resultó realmente enriquecedor, está aquí hoy de nuevo con nosotros. Salafranca es, entre otras muchas cosas, autor de un ya mítico informe, conocido casi como el “Informe Salafranca”, de 2001, el Informe sobre la Asociación Global y la Estra-

tegia Común para las Relaciones entre la Unión Europea y América Latina. Ahora mismo es ponente también del informe del Parlamento Europeo sobre la misma asociación. Es, ante todo, portavoz del Partido Popular Europeo –Demócratas Europeos– en la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento.

3.2 Procesos de integración en la UE y América Latina. Una visión desde la UE

José Ignacio Salafranca

 Me piden que les hable un poco del momento actual de la integración europea, porque muchas veces desde Europa tenemos la mala costumbre de intentar dar consejos a nuestros amigos latinoamericanos.

Y hoy, como ustedes saben, la situación viene caracterizada por un periodo de introspección, después de los referendos que ha habido en Francia y en Holanda sobre la Constitución Europea. Un momento difícil, en que estamos digiriendo la última ampliación, la más grande de la Unión Europea, con la incorporación de diez nuevos países.

En estos momentos estamos considerando también la incorporación de otros socios a nuestro proyecto político. El año que viene, si no hay sorpresas, se van a incorporar Rumania y Bulgaria. Hemos abierto las negociaciones con Croacia; estamos negociando también con Turquía, Serbia y Montenegro. Tenemos un gran debate en el seno de la Unión y la Presidencia en ejercicio –ayer tuvimos al Presidente de Austria en el Hemiciclo– está insistiendo mucho en favor de los Balcanes Occidentales. Y hay un gran debate sobre cuáles tienen que ser los límites geográficos de nuestro proyecto en un momento en el que el instrumento y la arquitectura institucional no están todavía definidas. Además, la Unión Europea, y vuelvo otra vez al bache constitucional que estamos pasando, no ha podido brillar en la escena internacional con arreglo a su peso económico, comercial, financiero e industrial. Y la Unión Europea trata de afirmarse, primero en nuestro escenario más próximo, en los Balcanes, donde todavía hay dificultades. Tratamos de definir una nueva relación con Rusia. Estamos intentando superar las dificultades que se manifestaron con motivo del conflicto de Iraq con los Estados Unidos y habrá una cumbre transatlántica a finales de la presidencia en ejercicio, la Presidencia austriaca, en el mes de junio. Queremos jugar un papel en el complicadísimo tablero de Oriente Medio. Estamos muy presentes en los conflictos en Asia Central, en Iraq y en Afganistán. Tenemos un marco muy interesante desde el punto de vista financiero y comercial, que es el instrumento de la Convención de Cotonú, con los 77 países de África, Caribe y Pacífico, y realmente el mundo es grande y América Latina es una parte muy querida para muchos de nosotros, pero es solamente una parte.

En este momento difícil, también con complicaciones en el tablero económico, con una parte importante de los Estados miembros de la Unión Europea que no cumplen los criterios del Pacto de Estabilidad y Crecimiento reformados, una coyuntura en la que Europa no acaba de encontrar la senda del crecimiento sostenido y la recuperación de empleo, se nos presenta esta cumbre de Viena. El miércoles tuve la ocasión, con Enrique Barón, de acompañar a un dilecto académico mexicano que está en la sala esta tarde, y

tuvimos ocasión de visitar a la comisaria Benita Ferrero. Creo que llegamos a la conclusión de que no es muy difícil de compartir la idea de que la coyuntura que representa la Cumbre de Viena en este escenario presenta una serie de circunstancias que van a tardar mucho tiempo en repetirse, por los problemas de introspección y por los problemas de concentración en nuestros propios problemas que tiene la Unión Europea. Hay una presidencia en ejercicio que considera esta cumbre como un momento estelar de su periodo. Tenemos una comisaria que, por primera vez desde hace mucho tiempo, está apostando decididamente por que América Latina no se caiga del orden del día de las prioridades de la Unión Europea. Y tenemos un Parlamento Europeo que, como siempre, está ejerciendo su papel dinamizador, con un Presidente muy comprometido, también, con la causa. Y nosotros tenemos la sensación de que, cuando vengan las Presidencias finlandesa y alemana de la Unión, los progresos que no se alcancen en el escenario de Viena van a tardar mucho tiempo en poder consolidarse.

Por tanto, creemos que hay una gran oportunidad, y en este sentido el Parlamento Europeo está insistiendo mucho para que ese objetivo de la asociación estratégica birregional que se estableció en la cumbre de Río de Janeiro pueda ir consolidándose. Nosotros, desde el Parlamento Europeo, estamos preparando un informe que va a ser votado en la Comisión de Asuntos Exteriores la semana que viene. Puedo anticiparles que va a haber un amplio consenso entre los distintos grupos políticos del Parlamento Europeo. Tenemos muy claro cuál es el cauce por el que tienen que discurrir estas relaciones y vemos también, con mucha claridad, el esfuerzo y la voluntad que ha puesto la comisaria actual, Benita Ferrero, que, como les decía, ha supuesto un salto cuantitativo y cualitativo en la aproximación al problema de la región. ¿Por qué? Porque el comisario anterior, el señor Patten, era una persona muy inteligente, muy brillante, pero que tenía sus intereses políticos centrados en otras áreas geográficas, y la verdad es que después del paso de estas responsabilidades de dos compatriotas nuestros, primero del señor Matutes y después del señor Marín, realmente hemos echado de menos un impulso decidido en aras de reforzar esta relación.

No voy a descubrirles el Mediterráneo si les digo que lo que nosotros vamos a proponer es, en primer lugar, poner el acento en una asociación estratégica y de seguridad a través de una serie de elementos novedosos, que en estos momentos no están incluidos. Porque la verdad es que los mecanismos de diálogo ministerial que habían venido produciéndose en el contexto de San José y del Grupo de Río, y que culminaron en los mecanismos de las cumbres, no han puesto el desarrollo de los acontecimientos a la altura de ese ambicioso objetivo. Y queremos establecer una visión estratégica de conjunto que pueda manifestarse en una asociación política y de seguridad. Para eso entendemos que el elemento fundamental de esta relación, y el que la hará moverse en los próximos años, será la voluntad política. Fue la voluntad política la que hizo consolidar las relaciones entre la Unión Europea y los países miembros de la Conferencia de San José en el año 1984; fue la voluntad política la que hizo realmente que el diálogo con el Grupo de Río avanzase en 1990; y fue la voluntad política el elemento dinamizador que hizo que se consolidasen las relaciones a través del mecanismo de las cumbres.

También estamos proponiendo la firma de una carta eurolatinoamericana de la paz y de la seguridad, que en el contexto de las Naciones Unidas pueda establecer un cauce de interlocución para estos asuntos entre América Latina y la Unión Europea. Y, como

medida complementaria, proponemos la creación de un centro de prevención de conflictos en América Latina dentro de este espíritu. Pensamos también que tiene que procederse a una renovación de la agenda política birregional que tiene que dar entrada, necesariamente, a nuevos temas, como las amenazas a la gobernabilidad, la lucha contra el terrorismo, la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado, el tema de la preservación del medio ambiente y los recursos naturales y otros muchos asuntos que realmente necesitan de una concertación y de un diálogo político mayor entre la Unión Europea y América Latina.

Pienso también en la concertación de posiciones ante organismos internacionales y en la reforma, por supuesto, del sistema de Naciones Unidas. Y para este diálogo político deseamos el mecanismo parlamentario más ambicioso que existe. Nosotros tenemos un modelo, que es el modelo de la Asamblea Euromediterránea que acaba de entrar en funcionamiento hace muy poco, y nos gustaría que ese modelo pudiese dar cauce a la legitimación de ese proyecto de asociación estratégica birregional y a la institucionalización de esta asamblea como un mecanismo no sólo legitimador, sino de seguimiento de los acuerdos de asociación.

Pero, insistiendo en la importancia del diálogo político como elemento movilizador, yo les diría que acabará agostándose y reduciéndose a la nada si no se ve acompañado de unas acciones que nos permitan pasar de las palabras a los hechos. Y un terreno para ello es el que viene constituido por los aspectos comerciales. Es evidente –y el Parlamento Europeo lo ha pedido en reiteradas ocasiones– que en la Cumbre de Viena hay que dar un salto cualitativo y pasar de los acuerdos de diálogo político y cooperación entre la Unión Europea y las comunidades andinas y centroamericanas a verdaderos acuerdos de asociación. Y entendemos también, por las razones que les decía, que el acuerdo entre la Unión Europea y el Mercosur tendría que recibir un espaldarazo importantísimo en esta cumbre. Hace unos días estuvimos reunidos con el Ministro de Asuntos Exteriores español en Bruselas. Él nos habló de la gira que, acompañado del Ministro portugués, está haciendo en estos momentos a los países del Mercosur para intentar desatascar este acuerdo. Y quiero decirles que, de las experiencias que hemos tenido en los acuerdos de asociación con México y Chile y que han funcionado impecablemente, las ventajas que han producido estos acuerdos y los logros que se han consolidado a través de los mismos nos han permitido constatar que han ido mucho más allá de los resultados que se han obtenido o que se puedan obtener, en el marco de la Organización Mundial del Comercio.

Éste es el mensaje que hemos querido trasladar a nuestros interlocutores del Mercosur. Realmente creemos que si hubiese una arquitectura institucional lo suficientemente ambiciosa para poder disciplinar esas relaciones, las potencialidades que tiene la Unión Europea en su relación con el Mercosur –que es el primer socio comercial y el primer inversor– podrían multiplicarse extraordinariamente. Es evidente también que para los países andinos y centroamericanos, hasta tanto se pueda llegar a este acuerdo de asociación, es vital que se puedan seguir beneficiando de las ventajas que comporta el sistema de preferencias generalizado comunitario, y estamos intentando apoyarles en ese sentido. Pero a nosotros nos parece, desde el Parlamento Europeo, que no se agota la relación en el contexto y en el horizonte de estos acuerdos de asociación birregionales, sino que hay que tener un poco más de ambición y de visión de futuro y proyectar –y Europa debería dar un paso decidido

en la buena dirección– y aspirar a tener un amplio acuerdo de asociación birregional con todos los países de la región, sin menoscabo, por supuesto, de los acuerdos regionales que están ya aprobados o que están en curso de negociación, y dar una perspectiva geográfica completa a la relación con la región en un ALCA con alma entre la Unión Europea y los países de América Latina.

Hemos pedido a la Comisión Europea que, en el horizonte de la Cumbre de Viena, establezca un estudio de viabilidad para ver realmente las posibilidades que podría comportar este proyecto. Y es evidente, y con esto voy a terminar, que la voluntad política y los esfuerzos que se tienen que hacer en el ámbito de los acuerdos de asociación, con su vertiente comercial, están basados en unos valores. Pero nosotros decimos siempre que América Latina lo que necesita no son dádivas, sino oportunidades, que vienen muy caracterizadas por las ventajas que comportan los acuerdos de asociación. Pero, al lado de la voluntad y del impulso político y al lado de las oportunidades que comportan los acuerdos de asociación, América Latina necesita una verdadera política de ayuda al desarrollo renovada, que tenga en consideración los graves problemas de desigualdades sociales lacerantes que padece el subcontinente. Y en ese sentido estamos convencidos de que los progresos que se han producido en los ámbitos de la convivencia y de la democratización se pueden ver amenazados y en peligro si no se disminuye esa lacerante brecha social. Por eso, desde el Parlamento Europeo, hemos propuesto la creación de un fondo de solidaridad birregional, que no exigiría demasiados recursos, no exigiría cantidades adicionales de presupuesto comunitario y sería una especie de catalizador para que entidades como el Banco Europeo de Inversiones o el Banco Interamericano de Desarrollo pudiesen realmente prestar una masa crítica para poder atender de una manera creíble y eficaz, o por lo menos paliar, algunas de las necesidades sociales que se plantean en ese horizonte. Quiero decirles que la Comisión Europea no ha sido muy receptiva a esta idea. En los distintos procedimientos presupuestarios nosotros hemos conseguido introducir en las líneas la reserva de una cantidad para poder poner en marcha este proyecto, pero esa insistencia al menos nos ha servido para poder movilizar una facilidad financiera en el contexto de las ayudas que prevé el Banco Europeo de Inversiones, que en este momento está preparando un nuevo mandato en el horizonte de las nuevas perspectivas financieras de la Unión Europea. Y si las cosas salen como en principio parece que las está proponiendo el banco –tienen que ser todavía aprobadas por el Consejo de Gobernadores, que son los ministros del Ecofin–, podría ascender a un volumen muy notable, que de hecho implicaría una duplicación de los recursos existentes, situándose en el horizonte de los 4.000 millones de euros.

Es evidente que las iniciativas que estamos presentando son mucho más enjundiosas, y creo que éste no es el momento de aburrirles con todas ellas. Les haremos llegar el informe que estamos preparando, donde proponemos la creación de un foro empresarial, de un foro social, de una fundación que de alguna manera pueda retomar los trabajos que en su día realizó el extinto IRELA, y otras muchas iniciativas que realmente deberían redundar en ese objetivo de reforzar las relaciones entre la UE y América Latina.

Éstas son las reflexiones que, a modo de introducción, quería en este momento compartir con ustedes, y espero que después podamos profundizar en ellas dentro del coloquio.

Vicente Palacio

■ Muchas gracias a José Ignacio Salafranca. Tengo que decir que es muy reconfortante ver que desde el Parlamento Europeo se está tomando en serio a América Latina. En ese sentido, como ha dicho Salafranca, parecen bastante más visionarios que la propia Comisión. No nos aburren en absoluto esas iniciativas que se están pensando en el Parlamento. De hecho, nos gustaría que después nos comentaras más a fondo alguna de ellas. También veo que Carlos Carnero, eurodiputado socialista, está en la sala y nos puede comentar algo en ese sentido. Todo proyecto concreto, todo programa que pueda funcionar, y sobre todo –ligándolo con el tema del pacto social que comentábamos antes– toda política o todo programa que pueda ser asumido por los actores internos de los países latinoamericanos será bienvenido.

Bien, abrimos el turno de palabras. Joaquín Roy.

Joaquín Roy

“ Quisiera hacer unas preguntas. Al señor Jarquín: ya que ha mencionado usted que vale la pena observar la experiencia europea, suponiendo que lo que está proponiendo es observar el proceso europeo como modelo o como punto de referencia, le preguntaría ¿qué elegiría usted si se lo pusieran tan fácil? Elija usted una parte de la experiencia europea, ¿fondos estructurales, instituciones supranacionales, o compartir productos estratégicos para empezar, como el carbón y el acero?

Y al diputado Salafranca, mucho gusto de poderlo ver otra vez. Usted ha mencionado el ALCA, el proceso de integración interamericano ¿Lo ha mencionado? ¿Y ha dicho, además, “con alma”, o algo por el estilo? O sea, no estamos hablando del ALBA, no, ¿estamos hablando del ALCA? Entonces, ¿qué le ofrecería a los latinoamericanos para, en lugar de completar el ALCA, completar de verdad sus procesos de integración? O sea, ¿qué es lo que Europa no ha ofrecido todavía a Mercosur, a Centroamérica, en la expresión popular del inglés angloamericano, una oferta que no pueden rechazar? ¿Hay algo que no se les ha ofrecido todavía?

Edmundo Jarquín

“ No, de la experiencia europea lo que yo propondría es colocar en el diálogo de Europa-América Latina el tema de la construcción de sociedades libres desde el punto de vista político, solidarias desde el punto de vista de que tienen mínimos de equidad o de cohesión social –que es la palabra europea– basada en economías de mercado. Porque, en mi opinión, difícilmente podremos avanzar en procesos de integración (los fondos estructurales, la solidaridad de hecho, etc.) si no existen unos denominadores comunes mínimos, en términos institucionales, en términos políticos y en términos económicos. Ésa es la verdadera limitación que han enfrentado los procesos de integración de América Latina, y no voy a entrar en detalle. En la experiencia de los años sesenta, que es cuando se relanzaron los procesos de integración, nunca se plantearon esto. Es decir, la construcción europea fue posible, primero, porque tuvo un horizonte político común, no

tan explícito en el Tratado de Roma, pero basta leer el pensamiento de Schumann, de Monnet y de todos los que lo lanzaron; había un horizonte de convergencia política desde un principio. En América Latina no se han lanzado los procesos de integración con ese horizonte de convergencia política.

Y en segundo lugar, porque Europa entera, todos los países, sin excepción, salieron de la Segunda Guerra Mundial organizados básicamente en torno a la idea de la libertad, la idea del mercado. Y pese a tener el referente soviético al lado, compraron la idea del mercado, la idea de la libertad, y la compatibilización de ella. Eso en América Latina, en general, no ha existido, y es difícil pensar en integración entre países cuando ni siquiera existen esos consensos nacionales mínimos. Era eso a lo que me refería.

José Ignacio Salafranca

“ En fin, como además de tener una gran incontinencia verbal tenemos la mala costumbre de meternos en cosas sobre las que no nos preguntan, sí me gustaría completar, desde la visión europea, la pregunta que se le ha formulado en parte al señor Jarquín.

Instituciones para la integración latinoamericana, porque como decía uno de los padres fundadores: si los grandes principios no se acaban consolidando en instituciones que puedan realmente desarrollarlos, acaban diluyéndose en la retórica y muriendo. Por lo tanto, instituciones sí.

¿Cómo se articularía la integración? La integración no es sólo una noción política o jurídica, sino, sobre todo y también, la integración puede ser una noción eminentemente física. Y obviamente los retrasos en infraestructuras suponen unos retrasos extraordinarios. Hasta el punto de que en Europa se dice que cuando la Europa de la construcción, la Europa de las infraestructuras va bien, va bien la construcción de Europa.

En relación con el tema de los fondos estructurales, Jarquín acaba de decir que cuando Europa salió de la Segunda Guerra Mundial, aniquilada no sólo físicamente sino en sus raíces morales, Europa se levantó, entre otras cosas, gracias al Plan Marshall. Y uno de los objetivos de los tratados fundacionales es producir un desarrollo equilibrado y armonioso de las economías de los Estados miembros. Todos acabamos de asistir al debate sobre la aprobación de las perspectivas financieras. Hemos visto el precio que hemos tenido que pagar por la solidaridad con los nuevos Estados miembros. Y es muy importante no confundirnos en el debate sobre las relaciones entre la Unión Europea y América Latina, porque ahora en la Unión Europea ya no nos definimos sola y exclusivamente como los consumidores de un gran mercado de ricos, o como los ciudadanos de una unión que queremos ser, sino que, con la entrada de los nuevos socios, ahora hay una situación muy distinta. Piensen, por ejemplo, en Letonia, país en el que la renta media se sitúa en el 30% de la renta comunitaria. Por tanto, creo que, de cara a la integración, es muy conveniente un factor de solidaridad que pueda ir superando y facilitando un desarrollo equilibrado y armonioso de las economías de los Estados miembros, como preveía el Tratado de Roma. Y, en mi opinión, es evidente que hoy, sin integración, el desarrollo es un sueño completamente imposible. Y eso lo sabemos muy bien en Europa, con todos los defectos que ha tenido nuestro proyecto de

integración y, por ello, quizás podemos dar algún tipo de ejemplo, aunque las circunstancias políticas y económicas en las que se tienen que desenvolver los proyectos de integración no son las mismas. ¿Cuáles han sido los errores? Que ha sido un proyecto que se ha hecho fundamentalmente a espaldas de los ciudadanos; que se ha hecho mucho más de arriba a abajo que de abajo a arriba; y que ha sido un proyecto mucho más fruto de la voluntad de los gobernantes que de la pasión real de los ciudadanos, quizás porque no se hubiese podido hacer de otra manera.

Yendo directamente a su pregunta sobre el ALCA, creo que no he sido bien entendido. Lo que yo he dicho en mi intervención es que Europa debería tener ambición y vocación de futuro, porque la imagen de marca de Europa en América Latina es mucho mejor que la de los Estados Unidos, por muchas razones. Entre otras cosas porque nosotros no favorecemos una aproximación económica o comercial, sino que sentamos y establecemos nuestra relación sobre la base de unos principios, de unos valores, sobre la base de una cláusula democrática. Así pues, lo que yo he propuesto, y estamos proponiendo desde el Parlamento Europeo, es que demos una dimensión global al acuerdo que tenemos con grupos regionales o con países de forma bilateral, y hagamos desde Europa un ALCA con alma. No lo hemos ofrecido porque nuestros dirigentes están, como en el mito de Narciso, ensimismados en la contemplación de sus propios problemas, pero si tuviésemos visión de futuro suficiente, y después del resultado de la Cumbre de Mar del Plata, Europa tendría que dar un paso decidido en la buena dirección.

Alfredo Valladão

“ Sólo quiero hacer algunas preguntas a José Ignacio. Si entendí bien, para Viena, dado que hay pocas posibilidades de avanzar en lo comercial, estamos dando más prioridad a la cuestión política, y creo que es importante, la cuestión política y la seguridad.

Yo quería hacer sólo preguntas. El centro de prevención de conflictos en América Latina, ¿es un centro para conflictos en América Latina o un centro de prevención de conflictos a nivel mundial? ¿Qué haría este centro?

Segunda pregunta: en los nuevos temas: terrorismo, narcotráfico, etcétera, ¿hay propuestas o ideas de propuestas institucionales de trabajo sobre estos temas?

Tercera pregunta: usted habló de un espaldarazo para la Unión Europea-Mercosur en la cumbre, y de un ALCA con alma. Hoy en día se sabe que la negociación con Mercosur está paralizada por la cuestión agrícola. Obviamente, esa cuestión es el problema central. El problema central del ALCA sin alma, con Estados Unidos, también es la cuestión agrícola. Probablemente sería posible tener –salvo Chávez, quién sabe– un ALCA sin alma con Estados Unidos; Estados Unidos dispuesto a abrir sus mercados a los productos agrícolas de Mercosur. Entonces, la cuestión es que –como usted ha dicho muy bien– no hay políticas sin hechos y sin aspectos comerciales. Un ALCA con alma o sin alma tiene que pasar por la cuestión agrícola en un momento dado. Entonces, ¿qué espaldarazo se quiere dar a las negociaciones Unión Europea-Mercosur? ¿Hay disposición de tener nuevas propuestas en la cuestión agrícola?

Y la última pregunta, pequeña, pero que me interesa personalmente. Usted habló de crear una institución que haría el trabajo de IRELA. IRELA, como todos sabemos, murió por varios motivos, y la Comisión hizo un gran proyecto que se llama OBREAL (Observatorio de Relaciones Europa/América Latina). Hizo un gran programa que pidió a 20 instituciones su participación. Mi institución, la cátedra de Mercosur, participa en este programa. Es una cosa pesada, pero muy amplia. ¿Esto significa que más de una vez vamos a matar una institución de este tipo para reconstruir otro tipo de institución, como era antes IRELA? No entiendo bien la lógica de Europa en hacer estas distintas instituciones, una después de la otra, haciendo la crítica de una, después la crítica de la otra... No entiendo.

Carlos Carnero

« Aunque estamos en una crisis de introspección, ya empezamos a salir de ella. Creo que precisamente la Cumbre de Viena va a tener lugar en un momento en el que el contexto político europeo y su percepción ya no es, por ejemplo, el mismo en el que se celebró la última Cumbre euromediterránea. Entonces sí que estábamos realmente parados. Hoy hay elementos para decir que empezamos a dar pasos hacia delante: por ejemplo, el acuerdo sobre las perspectivas financieras, la constitución de gobiernos muy sólidos, fuertes, comprometidos con el proyecto constitucional como el alemán, una Presidencia austriaca cuyo Presidente hizo ayer en el Parlamento un discurso tan magnífico que incluso llegó a poner encima de la mesa la figura del referéndum europeo, algo que ni siquiera en la Eurocámara hemos sido capaces de sacar en términos de enmienda a algunos informes.

Yo quiero apoyar algo que ha dicho mi colega y amigo Salafranca: la dimensión regional en la relación entre la Unión Europea y América Latina. Esa dimensión ya la tenemos, por ejemplo, con el Mediterráneo. Sin embargo, América Latina tiene ventajas y desventajas si la comparamos con esta última zona. Ciertamente el Mediterráneo es más homogéneo, en tamaño, en distancia, en problemas, en potencialidades nacionales; pero es verdad que América Latina no tiene un problema del Mediterráneo. En el Mediterráneo, cuando establecemos acuerdos de asociación o una perspectiva regional para la relación europea con la zona, tenemos siempre la cuestión de la democracia y de los derechos humanos. Afortunadamente en América Latina esto existe como excepción. Quitado ese asunto de delante, son posibles muchas cosas, como por ejemplo contribuir a que Europa sea un factor de estructuración regional del conjunto de América Latina. Y, en términos políticos, quiero subrayar la importancia de que se pudiera crear una asamblea parlamentaria eurolatinoamericana. Yo soy el portavoz del Grupo Socialista del Parlamento Europeo en la Asamblea Parlamentaria Euromediterránea, que ha echado a andar el mes de marzo del año pasado, con grandes dificultades, y las que tendremos...

Pero esa asamblea está permitiendo que los representantes (en muchos casos democráticamente elegidos, en otros menos) de la ciudadanía sí tengan su voz, sean arte y parte. Eso no existe todavía en el ámbito de la relación entre la Unión Europea y América Latina, y por eso creo que hay que poner mucho énfasis sobre la propuesta que se hace desde el Parlamento Europeo en tal dirección. En otras palabras, hay que empezar por la política para luego terminar, entre otras cosas, en la economía.

Noemí Cohen

Yo quería referirme a la tensión que cruza todos los procesos de integración regional; que ha cruzado el proceso europeo, que como bien se mencionó acá, eran países que salían recientemente de una guerra, o sea que tenían heridas muy vivas todavía. Creo que los países del Mercosur, en ese sentido, parten con una ventaja –esta reflexión no es mía–, y es que nosotros no hemos padecido una guerra, como sí la sufrieron los europeos, con lo cual tenemos una ventaja comparativa en relación a Europa, o sea, que debemos trabajar para poder integrarnos. Partiendo de esa ventaja, tenemos, por otro lado, las profundas desigualdades que tienen nuestros países, desigualdades internas y entre los países entre sí, por lo cual me parece que el tema de los fondos estructurales, que se ha mencionado muy de pasada aquí, es un gran aporte que podría hacer la Unión Europea, explicando cómo ha sido su experiencia, sobre todo España, porque es un tema que todavía está bastante ausente en el debate de la integración regional en los países latinoamericanos.

Y si consideramos que, como dijo anteriormente Chacho Álvarez, la discusión de la distribución del ingreso debería ser una discusión a nivel regional, si queremos que los resultados no sean una nivelación hacia abajo, sino una nivelación hacia arriba (porque una nivelación hacia abajo lo que va a generar es un rechazo a esa posible integración con nuestros vecinos), creo que los fondos estructurales, los fondos de cohesión social cumplen una función muy importante. Entonces, como se han pedido líneas para la próxima reunión en Viena, me parece que ése es el aporte que podrían hacer a nuestro debate y al reforzamiento de los procesos de integración regional, específicamente en el caso del Mercosur. Gracias.

José María Zufiaur

Yo quería referirme a esto que ha salido sobre el ALCA, con alma o sin alma, y en relación con ello, a la respuesta que ha dado Ignacio Salafranca, en el sentido de que en América Latina nos ven de otra manera, nos ven con otra esperanza. Yo creo que eso es así, y que determinados sectores son muy conscientes de que Europa apuesta por una integración regional y, por lo tanto, por que los latinoamericanos puedan negociar con más fuerza, incluso con Europa. Creo que también son conscientes de lo que significan acuerdos con cláusulas democráticas. Pero, al menos en el ambiente en el que uno se mueve, que es sobre todo en el ambiente social, yo diría que ese crédito va disminuyendo. Es decir, me parece que ese crédito, esa esperanza en Europa, va flaqueando, y en muchas ocasiones uno se encuentra en reuniones con que compañeros sindicalistas de América Latina dicen “al final Europa es lo mismo”, porque, a la hora de la verdad, en las negociaciones comerciales, etc., plantea posiciones muy comunes con las de Estados Unidos.

Creo que eso no es del todo así, pero ésa es una percepción que va ganando terreno, por lo que sería muy importante que Europa tuviera mayor coherencia entre sus políticas. No vale, por una parte, dar dinero a través de la cooperación al desarrollo y, por otro lado, crear “descohesión” con la política comercial o con otras políticas. Tendría que hacer una política un poquito más ambiciosa en ese terreno, siendo conscientes de que

no todo depende de la posición negociadora europea. Yo creo que depende también de la capacidad de apertura de los mercados internos en América Latina. Por ejemplo, en Mercosur es difícil negociar la apertura de los servicios, si dentro de la otra parte realmente no hay esa apertura.

Segunda cuestión: no sé si ha sido el señor Jarquín o el señor Salafranca quien ha señalado la importancia del Estado, de la fiscalidad y, por lo tanto, del dinero que se puede dedicar a la protección social, la diferencia que hay en Europa en ese sentido.

Pero hay una tercera diferencia, a la que creo que se hace poca referencia, que es la dimensión social. Se hace poca referencia a la dimensión social de los acuerdos de asociación entre la Unión Europea y América Latina, y se hace poca referencia a la hora de hablar de la cohesión social –antes lo decía Laureano Cuervo–, del problema del fortalecimiento de las organizaciones de la sociedad. Al final, uno de los grandes problemas de América Latina es la desigualdad; y todos sabemos que la desigualdad es un problema de reparto de poder. Y los sindicatos, los partidos políticos, las organizaciones de la sociedad civil, tienen poco poder, poca fuerza; a veces están perseguidos, a veces no tienen libertad para poder desarrollarse, son perseguidos e incluso asesinados en Colombia y en otros sitios. Y creo que, si queremos tratar seriamente el tema de la cohesión social en América Latina, tenemos que plantearnos en serio cómo poder fortalecer a los que pueden pelear para una distribución diferente de la riqueza y del poder en América Latina.

Juan Moreno

“ En primer lugar, tengo una pregunta para el señor Jarquín. ¿Qué opinión tiene, debido a la situación que se está creando, de la Comunidad Andina? No hablo tanto de la Comunidad Andina como institución, sino que, debido a los cambios políticos que están teniendo lugar también en otros países que no son de la Comunidad Andina, cambios políticos en general, creo que positivos y esperanzadores, pero que, en el caso de la Comunidad Andina, anuncian la aproximación o ingreso tanto de Venezuela como la posible aproximación de otros (se habla de Bolivia), ¿qué situación puede crear en una comunidad como la Comunidad Andina, que estructuralmente tiene una arquitectura política avanzada, pero en la que existe un bajísimo nivel de interrelación entre los cinco países que la componen? Es decir, si la Comunidad Sudamericana de Naciones puede ser el nexo.

Yo tengo que decir, en relación con los acuerdos de asociación –coincidiendo plenamente con mi colega Zufiaur–, que a mí me parece que no debemos mitificar los acuerdos de asociación con América Latina en este caso, porque, por ejemplo, el acuerdo de asociación de México no es un verdadero acuerdo de asociación, en el espíritu que la Unión Europea propone como modelo alternativo de acuerdo de asociación. Es un acuerdo comercial, con cooperación y con poco más. Y me parece que un acuerdo de asociación debe incluir una dimensión social mucho más densa que la escasa que allí se ha propuesto; y estamos viendo que eso tiene repercusiones también en el conjunto de la aplicación y de la virtualidad de ese acuerdo. En el tema de la emigración hay que hacerle con mucho respeto.

Mesa 4. Globalización y retos de cohesión interregional UE-ALC

Pere Portabella

■ Ésta es la última sesión de trabajo bajo el epígrafe de Globalización y cohesión interregional. En primer lugar, les voy a presentar a quienes me acompañan en la mesa.

José Miguel Insulza, Secretario General de la Organización de Estados Americanos; Felipe González, en este caso es un tópicico, no hay que decir quién es, pero yo tengo muchísimo interés en subrayar que es patrono de la Fundación. En 1996 y antes de abandonar La Moncloa, en una conversación llegamos a la conclusión de que, para no deprimirnos un poco, “hay que hacer algo que permita que sea un foro”. En este caso, una Fundación en la que puedan concurrir las distintas culturas de la izquierda, en la que podamos seguir discutiendo, analizando errores, pero sobre todo planteando nuevas salidas; Nicolás Sartorius, que en este momento está en un programa de TV en el que está comprometido cada semana y que no puede tardar en llegar; a mi izquierda Raimón Obiols, eurodiputado, Presidente de la Delegación para las Relaciones con los Países de América Central; Antonio Fernández Poyato, director de la FIIAPP, que ha participado y se ha implicado muy estrechamente, tanto en la logística como en los contenidos, en este Seminario. Él va a ser el que va a moderar y a dirigir las intervenciones de todos ustedes después de los ponentes; y, finalmente, Juan Manuel Eguiagaray, director del Laboratorio de la Fundación Alternativas, que es uno de los motores de la Fundación, en el sentido de que el nivel de producción de trabajos que lidera con la dirección de este Laboratorio tiene una proyección exterior en todas las personas e instituciones que puedan estar interesadas en los trabajos que se realizan allí. Por lo tanto, a partir de este momento paso la palabra a Antonio Fernández Poyato.

Antonio Fernández Poyato (moderador)

■ Reanudamos los trabajos de este Seminario, en una sesión esta mañana que promete tanto. La verdad es que la de ayer fue una sesión intensa. No seguimos ni el horario europeo, ni el Plan Concilia Español. Realmente fue más un horario propio del código laboral chino. No sé si es un presagio de lo que tendremos que hacer en el futuro de esfuerzo, inteligencia y trabajo para mantener nuestro modelo de vida en la época de globalización. Pero los que estamos aquí hemos tenido la suerte de descansar. Fue una jornada intensa. Pero quienes me acompañan en la mesa están prácticamente recién bajados del avión y les queremos agradecer a los tres el esfuerzo que hacen por estar aquí esta mañana con nosotros. Como director de la FIIAPP, quiero agradecer al equipo de la Fundación Alternativas lo grata que está resultando esta colaboración. A Pere, a

Nicolás, a Juan Manuel, a Vicente: ha sido grato, es grato y estoy seguro que será grato colaborar con la Fundación Alternativas. Sobre todo pensamos que los trabajos de este Seminario pueden ser muy útiles para preparar la agenda de Viena. Útiles, desde luego, van a ser para el equipo de FIIAPP, para el equipo de Eurososocial, para ese gran programa de compromiso con la agenda social latinoamericana que la Comisión ha lanzado. Muchos de los responsables de este programa se encuentran aquí con nosotros y me comentan que realmente los debates que estamos teniendo serán de gran utilidad. Cuando hace unos meses preparábamos el contenido de este Seminario, no imaginábamos que el tema iba a ser tan oportuno. Tienen ustedes entre la documentación la comunicación de diciembre pasado de la Comisión al Consejo y al Parlamento, en la que se fija que la cohesión social será el eje estratégico de la programación 2007-2013 de la Unión Europea con América Latina. Y les recuerdo que estamos aquí para debatir y también para hacer propuestas en la perspectiva de Viena.

Me preguntaba Raimón ¿qué tal ayer? Bueno, la verdad es que ayer fue una jornada de trabajo muy intensa. Hablamos de cómo impulsar acuerdos de asociación Unión Europea-América Latina; cómo fortalecer el capital humano de la región; cómo impulsar la sociedad del conocimiento; cómo generar modelos de desarrollo que aprovechen la época de vacas gordas de las materias primas, pero sobre todo que creen modelos de desarrollo que permitan que la región se inserte en una economía globalizada. Y todo eso en un contexto –se decía– en el que la inversión no se ha recuperado y hay una creciente rebeldía social; cómo entre 1980 y 2003 el ingreso por renta *per capita* en la región ha crecido sólo un 11%, y realmente en el resto de las regiones, incluida por ejemplo Indonesia, ha sido el 117%. Y se recordaba una frase del Presidente Lagos: “Hemos ganado la batalla cultural de la equidad. Ahora el próximo Gobierno puede incluir en su agenda una acción de gobierno que haga realidad esa equidad”. Si yo tuviera que resumir para qué estamos aquí, para qué hemos programado este Seminario, diría que para empezar a ganar la batalla cultural por la cohesión social, con más democracia y con más desarrollo. Ustedes tienen un documento sobre el sentido de este panel. No reiteraré nada más. Hoy Europa y América Latina necesitan un nuevo multilateralismo que asegure una gobernanza global, una gobernanza democrática, con normas consensuadas y estables. En definitiva, y para concluir, en ese documento también se recoge cómo la política importa a nivel global, cómo necesitamos la globalización de la política porque será la única manera de globalizar la justicia.

Se decía ayer que necesitamos no perder la soberanía, compartirla, porque esa será la única manera de aprovechar las oportunidades de un mundo global. Y necesitamos renovar la agenda eurolatinoamericana con pactos nacionales, con pactos que sean acuerdos nacionales, que tengan visión de país, que incluyan el tema social y, en definitiva, que permitan a los países latinoamericanos dar una dimensión social a su integración y a su participación en un mundo globalizado.

Éstas son las cuestiones con las que abordamos y con las que programamos este panel. Para desarrollarlas va a hacer uso de la palabra, en primer lugar, Raimón Obiols. Raimón es en estos momentos Presidente de la Delegación del Parlamento Europeo para América Central. Es una persona muy comprometida políticamente. Fue responsable político en Cataluña, creador, fundador, primer Secretario del Partido de los Socialistas de Cataluña, y siempre tuvo una visión abierta al mundo; fue responsable de Política Internacional del Partido Socialista a nivel federal, y desde hace dos legislaturas es miembro

del Parlamento Europeo; fue también Vicepresidente del Partido de los Socialistas Europeos. Raimón, muchas gracias por estar aquí y por el esfuerzo que haces para participar en este debate.

4.1 Globalización y cohesión interregional: una visión desde la UE

Raimón Obiols

Creo que soy yo quien debo agradecer a la Fundación que me haya brindado la oportunidad de dirigirme a ustedes. Para mí es un honor y también tiene un gran interés lo que pueda escuchar en esta reunión. Y, naturalmente, entiendo que este encuentro se celebra muy oportunamente en la perspectiva de la próxima cumbre Unión Europea-América Latina-Caribe, que va a tener lugar en Austria el próximo mes de mayo. No voy a incidir sobre la agenda de esta reunión. Yo creo que hay documentos buenos, incluso diría algunos documentos muy buenos, en la preparación de este encuentro. Me ha parecido también que el documento de trabajo que ha presentado la Fundación Alternativas como pórtico a este encuentro es un magnífico documento de síntesis.

Aprecio también la comunicación que en diciembre hizo la Comisión Europea, así como una serie de documentos europeos y latinoamericanos que no se trata –me parece– en esta ocasión de comentar o de acotar. Lo que intentaré en mi intervención va a ser, en primer lugar, dar mi visión, desde Europa, de la problemática común que nos ocupa; y hacer, en segundo lugar, un comentario sobre lo que me parece que debería ser una perspectiva general y una idea de prioridades para la agenda futura.

En Europa, como saben los latinoamericanos aquí presentes, se comete a menudo el error de tener una visión homogénea de lo que es el panorama sumamente diversificado de América Latina. Sin embargo, creo que en este momento podemos constatar algunos rasgos comunes que se producen en la región y que configuran un momento apasionante. Tenemos, en primer lugar, un año de muchas elecciones en América Latina. Después de la victoria de Michèlle Bachelet en Chile y de Evo Morales en Bolivia, ha habido elecciones en Costa Rica, en Haití; va a haber elecciones en Perú, en Colombia, en México, en Brasil, en Nicaragua, en Venezuela. Es decir, estamos ante un panorama de cambios en la región, ante el cual no parece que sea un abuso intelectual o político constatar que existe, probablemente, un momento de tránsito de ciclo, en el cual lo que eran una serie de planteamientos muy influidos por el consenso de Washington dan paso a una nueva agenda. Se parte de la idea de que las políticas inspiradas por el consenso de Washington han dado algunos resultados. Deberíamos evitar caer en el error del maniqueísmo o de una controversia fácil en este terreno. Se han equilibrado un buen número de economías en la región. Se ha garantizado un cuadro macroeconómico más sano. Y, sin embargo, en lo que hace referencia a la reducción de las desigualdades, a una tendencia hacia una mayor cohesión social, al establecimiento de marcos institucionales y políticos más sólidos, en lo que hace referencia a una mayor estabilidad del pacto social o al establecimiento del pacto social en múltiples países, puede decirse que ha habido un resultado muy parco y en algunos casos, francamente negativo.

El problema, en algunos países, no ha sido la hegemonía del neoliberalismo, sino la persistencia de lo que podríamos llamar el "paleoliberalismo". Es decir, un marco de desregulación en el cual el objetivo de la institucionalidad del pacto social, de los mecanismos redistributivos, de los servicios públicos, de la función pública en general, ha quedado aparcado o en una situación peor de la que estaba. Y esto conlleva, sin duda, una reacción que se detecta claramente en los procesos electorales en curso y en algunos de los resultados.

Podríamos decir que toda generalización es siempre inexacta y probablemente abusiva, que estamos ante un nuevo ciclo que marca una ventana de oportunidades para los sectores de izquierda, de centro-izquierda, progresistas, que hay que tratar de aprovechar al límite de lo posible y que, sobre todo, hay que evitar que se colapse y que fracase. Esto tiene un gran interés desde la perspectiva europea, no únicamente por una actitud de simpatía y de solidaridad. Las consecuencias de un fracaso de este nuevo periodo de las políticas latinoamericanas son potencialmente muy graves para millones y millones de ciudadanos y ciudadanas en América Latina. Pero son también consecuencias muy negativas para la política de centro-izquierda y de izquierda en Europa, que se basa, como toda política de esta naturaleza, no únicamente en programas, sino también en símbolos y en imaginario. Y la inversión de símbolos y de imaginario que va a verificarse, que se está verificando ya en la nueva etapa de la política latinoamericana, nos conviene enormemente en Europa por motivos obvios, sin que ello conlleve la consecuencia de que en Europa el interés por lo que sucede en América Latina sea simplemente éste. Hay, como ustedes saben, intereses económicos, comerciales, geoestratégicos muy importantes, que pueden agrupar a las familias políticas y que, de hecho, en España concretamente, marcan un cierto punto de excepcionalidad en lo que es la visión exterior de los grandes partidos.

Yo soy un decidido partidario del bipartidismo, como mínimo, en la política exterior española, y constato con mucha preocupación la quiebra de este enfoque consensuado. Sin embargo, constato, como mal menor, que en los asuntos latinoamericanos la visión del Partido Socialista y del Partido Popular no son radicalmente discrepantes, aunque naturalmente no comparto la visión catastrofista del ex líder del Partido Popular, que marca, como punto principal de la agenda, estimular a que los partidos conservadores, "acobardados y escondidos –cito literalmente–, vuelvan a dar la cara para contener la marea populista en América Latina". No comparto esto; pero en las opciones políticas concretas coincido en buena medida. Y un ejemplo de ello es que el informe sobre la Cumbre de Viena que se elabora y se discute en este momento en el Parlamento Europeo –redactado por nuestro colega del Partido Popular José Ignacio Salafranca– no sólo cuenta en buena medida con nuestro apoyo, sino que la semana pasada, anecdóticamente, escuché a un líder de Izquierda Unida en el Parlamento Europeo, el señor Meyer, diciendo que le parecía un excelente informe.

El problema, desde nuestro punto de vista, es que este ciclo latinoamericano debe proseguir, no puede acabar mal. Los que conocemos la entropía, las complejidades, los vicisitudes de la política, sabemos que, lamentablemente, podría terminar mal. Y me parece que esto es una urgencia para las fuerzas políticas latinoamericanas –y también para Europa–, para tratar de contribuir a que en un cuadro de equilibrio económico se comience en la región un proceso en el cual la percepción de las cosas mejore, exista un

cambio de tendencia en la percepción difusa de las poblaciones y se evite, en consecuencia, lo que estimo es el riesgo mayor, que es el riesgo no del conflicto sino de la anomia, del desorden sin sentido, de la distancia creciente entre elites políticas y económicas y población en general, la crisis de la política democrática, la desaparición de los relatos con capacidad de seducción y de captación en el ámbito político, la desconfianza frente a los políticos en general; riesgo y problema que, por cierto, es también gravísimo en Europa.

En Europa corremos el riesgo de que se difunda lo que yo he llamado, en algunas ocasiones, el “mal francés”. Como el mal francés de la Edad Media, éste contemporáneo puede no tener fronteras. Y me refiero a lo que sucedió en el mes de noviembre en Francia, donde ardieron miles de automóviles, se agredieron cientos de establecimientos públicos, escuelas y guarderías y, de paso, se incendiaron algunas mezquitas y algunas iglesias cristianas. Frente a esta enorme convulsión, escuchamos la voz de periodistas, de intelectuales más o menos mediáticos, que comentaban la situación; y, sin embargo, escuchamos también el silencio pavoroso de los políticos, que salvo Sarkozy –que por cierto es uno de los responsables de aquella catástrofe– callaron sistemáticamente, aconsejados por sus gabinetes de demoscopia y de comunicación, que les dijeron: “no hablen ustedes de un problema desagradable y que además puede alienar a una parte real o potencial de su electorado”. Esta tendencia a no coger los problemas de frente, a no hablar de los temas, aunque sean de esta enorme gravedad, es uno de los males de la política en Europa, y probablemente de otras partes, que hay que tender a superar.

Y en este sentido, a mí me parece que, enlazando con lo que decía inicialmente, la suma de textos muy buenos sobre la agenda común en la relación estratégica birregional y en el enfoque de problemas que podemos abordar conjuntamente no debería suplir en ninguna forma el discurso de la política, entendida no como burocracia o como profesión, sino como dimensión esencial de las personas y de los pueblos. Y ahí es donde yo creo que tenemos un déficit común que debemos tratar de superar. Naturalmente, esto no es una apelación a la retórica o al idealismo. Sabemos perfectamente que, en general, los problemas del mundo, tanto en América Latina como en Europa –y este mundo cada vez se parece más al que describía Gramsci cuando hablaba de un mundo grande y terrible y complicado–, estos problemas no se resuelven con palabras, aunque la política en buena medida –y esto es un rasgo positivo– consiste en hacer cosas con palabras, pero en hacer cosas. Sin avances económicos y sociales reales, estas palabras no sirven para nada. Si las palabras sirven para conseguir avances económicos y sociales en América Latina y también en Europa, entonces estas palabras son muy importantes, porque evitan el riesgo de la frustración. Y la frustración se produce, tal vez, cuando se da la suma del lenguaje tecnocrático y del lenguaje de las buenas intenciones, sin el acompañamiento de la controversia política democrática, y sin el acompañamiento de la evolución concreta de los hechos reales.

Yo le oía a Carlos Fuentes, en una ocasión, interrogarse acerca de por qué, en un contexto en el cual la situación socioeconómica era parecida, cuando era joven podía transitar con entera libertad y alegría por las calles de Ciudad de México y esto ahora no acontece. Y respondía algo que me pareció de una extrema lucidez: antes había la perspectiva de que el año próximo sería menos malo. Existía la perspectiva de que los hijos estarían en mejores condiciones que los padres, y que los nietos irían a la universidad; y ahora la

perspectiva en América Latina, en Europa y en el mundo es de sentido opuesto. Esto es lo que lleva al riesgo de la anomia, de la desafección de las poblaciones y, en general, a la crisis de la política. En América Latina, en Europa y en el mundo éste es el problema, y está caracterizado por la coexistencia de dos ciclos temporales muy distintos, que están interrelacionados: por un lado, el ciclo necesariamente largo de las reformas, del trabajo tenaz, paciente y continuado de los gobiernos, de las instituciones, de las sociedades, con tareas y procesos enormemente complejos para hacer evolucionar una situación económica y social concreta, que no puede ser cambiada de un día para otro, que exige reformas económicas, modernización de las instituciones, modernización de la sociedad, desarrollo de los necesarios procesos de integración regional, y todo eso no puede ser hecho en un periodo corto, en un año, en una legislatura.

Pero, en cambio, el ritmo de la política es otro. Es un ritmo mucho más rápido, mucho más corto, mucho más aleatorio, mucho más frenético, determinado por las opiniones, esperanzas y frustraciones de las opiniones públicas. ¿Qué respuesta podemos dar a esto, sino intentar escuchar lo que está pasando e intentar responder a lo que está sucediendo? Si hacemos una pausa de silencio, oímos llamar a nuestras puertas y ventanas y es la política la que está llamando. Hay que abrir las ventanas a la política, hay que abrir la puerta a la política, porque sólo la política podrá salvarnos. No a los políticos, sino a los pueblos. Si confiamos en otras soluciones vamos a dejar la puerta abierta a los populismos y fundamentalismos de distinta ralea que están tratando de ocupar el espacio vacío de la política democrática.

Permitan que sea un poco tajante en estas afirmaciones. Probablemente, como siempre sucede, las cosas son mucho más complejas y matizadas, pero la realidad concreta de las cosas es ésta. Podemos hacer una cumbre, podemos establecer acuerdos de asociación, valorar los existentes, con Chile, con México, apretar para que el acuerdo de negociación, la negociación del acuerdo de asociación con Mercosur culmine satisfactoriamente, abrir el periodo de negociación de acuerdos con la Comunidad Andina y con América Central, podemos –como pide Salafranca y algunos coincidimos en ello, aunque con una cierta cautela– abrir la puerta a una asamblea parlamentaria transatlántica eurolatinoamericana, que congregue por un lado al Parlamento Europeo y por el otro al Parlatino, al Parlacén, el Parlandino o lo que surja de los procesos de integración sumamente complejos en este momento –y desde nuestro punto de vista un poco confusos– de integración en la región. En estas asambleas, en estos acuerdos de asociación, la agenda está bastante definida y el denominador común de los documentos en puertas de la Cumbre de Viena es el denominador del lema olímpico “*citius, altius, fortius*”. Hay que hacer esto, pero hay que hacerlo con más voluntad política, más energía, más recursos, más concreción en los objetivos.

Pero a mí me queda –dejo este tema encima de la mesa y termino– la preocupación de que, si no se cubre el otro campo, el campo de la gran política, el campo de los grandes relatos de la política, probablemente vamos a tener que contemplar en los próximos tiempos cómo el ciclo de la relación birregional se va repitiendo en una rutina que progresivamente irá creando un cierto malestar entre las elites y una cierta frustración entre las poblaciones. Esta mezcla de fórmulas tecnocráticas –en el muy buen sentido de la palabra– y de buenos sentimientos no puede sustituir en modo alguno el valor del proyecto político, que tiene el marco nacional como elemento fundamental. No caigamos

en vaguedades “globalistas” que pueden contribuir a aumentar todavía más la distancia entre las opiniones públicas y las elites políticas. Y ahí entramos en terra incógnita, una situación en la cual la controversia política está por establecer, en la cual el riesgo de un consenso blando, indiferenciado, existe de forma permanente. Lo digo como riesgo, porque la indiferencia se crea a consecuencia de la indiferenciación. La democracia es siempre controversia, es lucha agónica o agonista entre alternativas distintas. Si no creamos este agonismo en el plano regional e internacional, si no creamos diferencias en este terreno, no sobre base territorial, sino sobre base de proyecto, sobre base de relato político, de narración política, se va a instaurar la diferencia.

Voy a citar a Engels, que nadie se escandalice. Hay que releer a los clásicos críticamente de vez en cuando. Engels hablaba de la izquierda en general como un principio energético, y esto es una constatación empírica. La campesina boliviana que ha votado por Evo Morales porque dice: “esto tiene que cambiar”, es una pequeña partícula de un fenómeno enorme, general, que es que la gente que lo pasa mal, la gente que constata pobreza, desigualdad, aprieta como un principio energético, como una máquina de vapor, a los sistemas, a las sociedades, a los partidos políticos, a los gobiernos. El problema radica en las válvulas de este principio energético. Es decir, la traducción en política, en programas, en acción, de este enorme y recurrente empuje popular. Ahí empiezan las equivocaciones, y desde luego, como miembro de la izquierda, no me queda sino constatar que a lo largo del siglo XX, con algunas salvedades, la izquierda ha sido una gran máquina de producción de errores, en estas válvulas de utilización de la energía de este principio energético. Vamos a superar los paleosocialismos del siglo XX. Por no hablar de la derecha. Yo creo que la derecha también ha sido una máquina enorme de cometer errores. Pero hablo de mi campo, de mi patria. Creo que era Jean Daniel quien decía: “La izquierda es una patria, o se es de ella o no se es”. Y yo comparto esta visión. Implica un reto extraordinario de reformulación, de planteamientos, de gramática y de lenguaje, que va a tener probablemente en América Latina un laboratorio esencial en la próxima década. Ahí los europeos podemos aprender.

Y acabo con una anécdota: yo hablé con Lula en un momento en que era Lula, no el Presidente del Brasil. Era el mismo día en el cual había dimitido Oscar Lafontaine. Se lo comenté y me dijo: “Perdona, Obiols, ¿quién es Oscar Lafontaine?”. Y yo le dije “¿Cómo es posible?”. Luego Lula me dijo algo que me hizo pensar y rectificar con relación a un cierto instintivo paternalismo. Me dijo: “De Europa siempre nos han venido lecciones: ahora hay que ser marxistas-leninistas. Ahora hay que ser socialdemócratas. Ahora hay que ser lo otro”. Y añadió: “Ya ha llegado el momento en el cual nosotros podamos equivocarnos por nuestra cuenta”. Ojalá no se equivoquen y ojalá desde Europa se puedan aprender lecciones de este periodo fascinante que, desde nuestro punto de vista, se abre en América Latina en los próximos tiempos.

Antonio Fernández Poyato

■ Tenemos la fortuna de contar ahora con José Miguel Insulza. José Miguel, como ustedes bien saben, hoy es Secretario General de la Organización de Estados Americanos. No creo que sean palabras grandilocuentes si digo que José Miguel es un brillante académico, un gobernante eficaz, un gran servidor público en su país y, afortunadamente, hoy un líder

americano. Creo que en esta mesa podríamos decir que es un líder global. José, ojalá tu agenda te permita de cuando en cuando recalar por Madrid en los próximos años. Aquí cuentas con muchos discípulos. Se encuentra en la sala con nosotros Ignacio Sotelo, que fue la primera persona que hace 20 años nos empezó a hablar a algunos de nosotros de José Miguel como intelectual, como académico y, desde entonces, a fe que te hemos seguido. Y quiero agradecerle en nombre de muchos que, a pesar de tus muchas responsabilidades, siempre quisiste formar parte del consejo editorial de la Revista Española de Cooperación Internacional. Cada vez que José Miguel asumía una nueva responsabilidad, siempre le escribíamos una carta para decir: "Bueno, gracias, José Miguel, ya has cumplido. Queremos liberarte de esto, puede que sea poco oportuno, no tiene sentido ya...". José Miguel contestaba diciendo: "No, quiero seguir". Y si ustedes acuden a la revista que acaba de salir, verán que forma parte del consejo editorial. Yo destacaría una cosa de su biografía, académica en este caso: él fue director del Instituto de Estados Unidos en el CIDE, y desde allí y desde entonces, siempre ha tenido una preocupación: cómo enlazar las preocupaciones y buscar complicidades de las preocupaciones de la izquierda latinoamericana con el liberalismo, con los demócratas, con el progresismo norteamericano. Y eso desde su experiencia europea, él estuvo exiliado en Roma... Cómo ligar el progresismo de América Latina, de Europa, de Estados Unidos, tratando de dar respuestas a los problemas de la región. En cuanto al resto del currículo, ustedes saben que ha sido Ministro del Interior, Canciller...; para los que trabajamos en cooperación, él fue también embajador en misión de cooperación internacional, Vicepresidente de la Agencia de Cooperación Internacional... Por tanto, un hombre de larga data comprometido con estos temas.

4.2 Globalización y cohesión interregional: una visión desde ALC

José Miguel Insulza

“ Muchas gracias por esta invitación, que recibí con tanto entusiasmo cuando me llegó, porque conocía gran parte de las instituciones que participaban en este encuentro. Cuando uno llega acá, las instituciones se transforman en rostros, y algunos rostros de muy queridos amigos, algunos conocidos incluso de los tiempos del CIDE. Efectivamente, por allí está mi amigo Víctor, gran compañero de trabajo. Hay gente de mi Gobierno que siempre hubiera querido saludar, por cierto el Embajador. También está Clarisa, que va a ser Ministra a partir del 11 de marzo en Chile, producto de la nueva victoria de la concertación. Y algunos otros queridos compañeros de tantas luchas. Para mí es siempre muy grato compartir la mesa con Felipe, con Raimón. Raimón, cuando yo venía a Chile recién llegado del exilio, recuerdo que nos hacía unos congresos del Partido Socialista en unos lugares heladísimos por las costas chilenas. Por tanto, es muy grato estar aquí, estoy muy contento de estar. Y también me alegra mucho llegar de Haití.

También les confieso que cuando leí los documentos que me enviaron para esta reunión, de pronto uno siente una sensación de agobio cuando se hacen reuniones que tienen mucho que ver con América Latina. Para explicar el motivo de este agobio quiero solamente leer un párrafo de este excelente documento que me hace llegar FIIAPP, que comparto enteramente, pero que, reconozcámoslo, es un poco dramático. Después de

hablar de algunos problemas de Europa, dice: “Por el contrario, los países latinoamericanos deben hacer frente a importantes retos a corto plazo, que exigen las reformas económicas, sociales e institucionales internas. Necesitan consolidar la democracia, mejorar la transparencia y el buen gobierno, aumentar la cohesión social y reducir la pobreza, la desigualdad, la discriminación y la insuficiencia de medios educativos, sanitarios y de infraestructuras. También sería recomendable que profundizaran en algunas reformas económicas para poder mantener altas tasas de crecimiento y aprovechar plenamente las oportunidades que ofrece la globalización. Por último, como paso previo para una plena integración en la economía global, les sería útil fortalecer la integración regional, lo que exige que todos los países cedan cuotas de soberanía a favor de instituciones supranacionales, como ha sucedido en el caso europeo”.

Como decimos en mi país, ¿alguna otra cosita? Porque la verdad es que, reconozcamos que es un poquito agobiante. Yo voy a llegar a muchas de estas cosas, porque comparto este texto. Pero quiero empezar hablando de algunas, que si no son grandes logros, por lo menos son alentadoras y muestran que por algún lado vamos bien. Mal que mal, la última cifra definitiva del 2004 muestra que fue el año de mayor crecimiento en América Latina en 35 años. No deja de ser importante para nosotros. Y se mantuvo en el 2005, no en el mismo nivel, pero se mantuvo, con crecimiento en todos los países, a pesar de que algunos crecieron bastante más que otros. Y eso es un primer dato importante. Tenemos algunas otras cifras que son citadas muy profusamente en materia de pobreza, y voy a referirme mucho más extensamente a ellas. Pero no olvidemos que, a pesar de todos esos problemas, en el Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas y en varios de los indicadores cruciales, desde la educación hasta la salud, pasando por otros igualmente importantes y básicos, América Latina sigue apareciendo en lugares mucho mejores que cualquier otra región del mundo en desarrollo.

Y tercero, que este fenómeno de la democracia, que celebrábamos tanto hacia fines de los ochenta como una ola nueva que llegaba a América Latina, se ha mantenido. Eso es muy importante. Nosotros tenemos en América Latina y en el Caribe, entre diciembre del 2005 y diciembre de 2006, 13 elecciones –Raimón enumeraba todos o casi todos–. Han transcurrido ya cinco de ellas y los resultados han sido buenos; desde el punto de vista del desarrollo democrático han sido muy superiores a lo que podíamos ver hace dos décadas. En Honduras, donde ganó la oposición. En Chile ganó el Gobierno, en Bolivia ganó la oposición. Son cosas que ocurren en la región y las transferencias de poder ocurren de manera normal. No se cuestionan fundamentalmente los resultados. E incluso en un país tan dramático, tan doloroso, como es Haití, hay una elección. No voy a poner ningún otro ejemplo que no sea el que más conozco, que es el mío. Yo no sé cuántos chilenos estarían parados 10 horas en una fila para poder votar. Sospecho que el nivel de abstención sería gigantesco. Estuvieron, además, de una manera bastante pacífica. Hubo algunos incidentes, siempre los hay.

Y luego hay un problema, en el que estaremos de acuerdo que es un problema bien complicado en cualquier país –el país más grande del mundo lo vivió hace algunos años–, en que alguien tiene que tomar una decisión sobre algunos pocos votos que van a decidir quién es el presidente de una institución; que todo el mundo criticaba mucho y que en un momento determinado dice “mire, este asunto hay que resolverlo, y hay un señor que tiene más votos él sólo que los otros 34 candidatos juntos”. Y resuelve el problema. La pregunta

que hay que hacer es ¿se la están robando o se la están regalando? Las dos cosas. Entonces, yo creo que es importante reconocer estas cosas que son tan fundamentales.

En nuestra región ha habido un desarrollo importante de la democracia. Y eso repercute necesariamente en otras áreas políticas, en mayor respeto por los derechos humanos. Con todas las violaciones y los problemas que permanecen, ahora hay un camino de futuro. Sin embargo, yo creo que es verdad que hay una gran incertidumbre respecto a ese futuro de América Latina. Incertidumbre que no solamente se tiene desde fuera, sino que tienen los mismos ciudadanos de América Latina. Porque, de alguna manera, ya hemos estado ahí. A comienzos de los noventa, en casi toda la región hubo crecimiento, un poquito menor que ahora, pero hubo crecimiento. Y a comienzos de los noventa en todas partes teníamos democracias. Entonces parecía que se abría camino a una cierta prosperidad y, en cambio, en muchos países a lo que se dio lugar fue a crisis aún más profundas de las que se habían vivido con anterioridad. Mucha gente atribuye esto –se ha dicho aquí– al llamado “consenso de Washington”. Efectivamente, el consenso de Washington no se refirió a los temas sociales. Entre paréntesis, John Williamson, el autor de la expresión “consenso de Washington” y autor de la enumeración de las medidas del consenso, ha salido ahora con gran vigor a defender, no el consenso, sino a decir “nosotros no tenemos nada que ver, yo no tengo nada que ver con los problemas sociales que ocurrieron en América Latina. Lo que nosotros planteamos eran una serie de medidas económicas que eran necesarias y que, de alguna manera, algunas que se cumplieron, siguen vigentes”. Tiene razón.

Hoy día hay gente que habla mucho de populismo en América Latina. Pero ahí está todavía la inflación, que no es problema en la mayor parte de los países. Nadie propone cerrar las economías, nadie plantea la moneda en la mayor parte de los países estables. Es estable. No ha habido procesos expropiatorios que hayan ampliado el área social de la economía y reducido la influencia del sector privado. Por lo tanto, hay elementos del consenso de Washington que son rescatables y creo que se van a mantener.

Pero el problema no está ahí. El problema está más bien –como tuve oportunidad de decirle al autor el otro día, que compartía esta opinión– en el contexto más amplio en el que se formuló el consenso de Washington, que no era puramente las cosas que acabo de decir, sino que estaba inserto en una ideología de desestatización que era mucho más amplia que eso. El consenso de Washington se da o comienza a gestarse en un marco ideológico, caracterizado por la famosa frase de Ronald Reagan de que “el Estado es parte del problema, no parte de la solución”. Y, copiado a la letra, en Estados Unidos no, por cierto. Reagan amplió el tamaño del Estado norteamericano, el déficit norteamericano creció, el gasto público creció. Pero en América Latina esto se copió con mucha fidelidad y la reducción del déficit todavía permanece en América Latina.

Y la verdad es que, si, por ejemplo, miramos al Gobierno de Chile, en Chile no ha habido una política social. Porque la ideología del chorro estaba inserta. No solamente en Chile, sino en ninguna parte de América Latina ya nadie dice que hay que dejar que el mercado resuelva los problemas sociales. En esa época se argumentaba y se argumentaba con el rostro abierto, se argumentaba de manera vergonzante. El ignorante y el retrógrado era el que no decía eso. Y en ese marco, por cierto, ocurrió que las pocas cosas que había se desmantelaron, los servicios sociales fueron reducidos tremendamente. Claro, no es

extraño que a fines de 1990, en los noventa y a comienzos de la nueva década se mostró en una serie de encuestas que lo que reinaba entre los ciudadanos de América Latina era la incertidumbre y la inseguridad. También se ve mucho en las encuestas del Latin Barómetro. Es decir, inseguridad, temor, ¿a quién? No solamente temor a la violencia –la delincuencia aumentaba en América Latina–; temor a perder el empleo; temor a no tener previsión; temor a no tener acceso al sistema de salud. Porque esas cosas pasaron en esa región. Uno podía decir “bueno, pero algunos países eran sumamente pobres”. Otros no lo eran tanto y, sin embargo, perdieron muchas de esas cosas y no las han recuperado. Eso da origen, por cierto, a una inseguridad bastante grande.

Los problemas, entonces, son efectivamente los que están planteados acá. El otro día vi un informe de la CIA llamado “20-20”, un estudio hecho por importantes personeros de la academia para decir cómo va a estar el mundo en el 2020. En la mayor parte del informe se habla del mundo desarrollado, pero hay un parrafito sobre América Latina, que cita Andrés Openheimer en un libro reciente, que dice que “América Latina no va a llegar a ninguna parte porque tiene problemas de corrupción, de populismo, de pobreza y de delincuencia”. Pero al hablar del populismo en América Latina olvida lo que pasó inmediatamente antes: que apareció algún general que quiso tomar el poder; o que algún interés o conflicto ideológico llevó a la victoria a un movimiento revolucionario. Para decirlo en términos más simples, hay una frase que dijo Hugo Chávez cuando asumió el Gobierno en Venezuela, mirando al Congreso –que era Congreso de oposición–: “Señores, yo no soy la causa, yo soy la consecuencia”. O sea, lo que pasa es que, a pesar de las elecciones democráticas y a pesar de lo que nos enorgullecemos de la democracia, en los últimos 15 años se han caído 16 gobiernos en América Latina, que no llegaron al final: 12 de presidentes elegidos, 4 de sustitutos de los presidentes elegidos. Se percibe que en otras sociedades se avanza y se vive muchas veces mejor, y la gente está harta de problemas, de desgobierno, que no cree tener motivos para tener que seguir aceptando.

Los problemas, como digo, son la pobreza, el empleo; nosotros necesitamos crear en América Latina para mantener las tasas de empleo que hay. O sea, que si queremos mantener el 20% oficial de desempleo que ahora hay, tenemos que crear 5 millones de empleos anuales en América Latina. Y eso no para empezar a mejorar la situación del desempleo, sino para mantener la situación que hoy día existe. Un continente con las posibilidades de América Latina ciertamente no tiene por qué tener más de 200 millones de pobres y cerca de 100 millones de indigentes. Y se debería estar en condiciones de crear esos empleos. Porque lo que se busca hoy día en la política latinoamericana es eso. Entonces, hay un problema de necesidad de un cambio muy profundo que, como dice Raimón, tenemos que tratar entre todos de que funcione, porque si no, puede ser efectivamente un gran fiasco. Y por cierto, esto tiene una cierta repercusión.

Acerca de los problemas de la inversión, digamos con franqueza lo que es una realidad: la inversión internacional se siente más cómoda con autocracias estables que con democracias jóvenes. Porque, finalmente, lo que les interesa son reglas del juego claras, estables, permanentes. Eso no es criticable, es una realidad.

Yo acabo de estar en la reunión del Foro Económico Mundial en Davos y, por cierto, no necesito decir quiénes eran las estrellas de ese foro económico mundial. Uno era la gran industrialización, la gran potencia industrial del Asia, que todavía tiene a la mitad de su

población o más en la agricultura o en la pobreza. Y otro era el país del *software*, con el 50% de su población analfabeta. Enhorabuena, que les esté yendo bien. Pero llama la atención que no se ponga el acento en esos temas cuando se habla de China o de la India y que se ponga tanto el acento en América Latina, porque lo que esos países ofrecen fundamentalmente –China desde el régimen que tiene, la India desde el régimen democrático– es estabilidad, y lo que el capital busca es estabilidad. También hay que reconocer, sin embargo, que en los nuevos gobiernos que se van abriendo en estas regiones hay un cierto nacionalismo económico. Eso lo hemos visto. Ahora, esto tiene que ver con una cierta realidad, yo creo que el camino es la apertura y la globalización, pero, mal que mal, para tomar un puro periodo de tiempo acotado y conocido, en los años en que se negoció la Ronda de Uruguay, los aranceles de América Latina se redujeron unilateralmente en un 50%, es decir, se produjo una apertura importante, y se negociaron muchos acuerdos comerciales que en algunos países tuvieron éxito y en otros no lo han tenido. Y efectivamente hay una gran cantidad de acuerdos comerciales paralizados, y la percepción predominante en la región es que no van a caminar porque, de acordarse, hieren intereses muy profundos dentro de los países con los cuales se busca acuerdo.

O sea, para decirlo francamente, el acuerdo entre el Mercosur y la Unión Europea fue el primero que se empezó a negociar. Empezó antes del acuerdo con Chile, antes de la negociación de Estados Unidos con Centroamérica. Ahí sigue paralizado y todos sabemos por qué. Cuando los acuerdos económicos causan algún esfuerzo o algún malestar, no se logran. Y la verdad es que también en materia de inversión, como decíamos antes, nos ha ocurrido. Ha llegado mucha inversión, sobre todo de España, pero ciertamente hay ciertas reticencias, todavía importantes, y eso genera una cierta actitud. Para algunos será populismo, yo lo llamo nacionalismo económico, que complica las cosas. Ahora nosotros tenemos el problema en América Latina. Y esto que les digo es porque el nivel de exigencia de nuestros amigos hacia América Latina es muy grande. Tal vez porque América Latina, el continente mestizo por excelencia, tiene tanto de la cultura propia como de la cultura europea, y es que se exigen una serie de cosas que en el resto del mundo no se exigen. Al resto del mundo lo que se le exige es solamente estabilidad. Por cierto, hay organizaciones no gubernamentales, democráticas, que realizan alguna presión en materia de derechos humanos, en el tema de la mujer, etcétera; pero reconozcamos que eso es mucho más grande para América Latina que para cualquier otra región del mundo.

Hace unos días, también en la reunión de Davos, estaba yo sentado mientras se hacía una especie de apología de las posibilidades de algunas economías en el mundo asiático en general, y había allí una persona muy importante de uno de estos gobiernos –que por cierto, no nombraré–, y en medio de la discusión, cuando se alababan mucho algunas de las cosas que se estaban haciendo en un país árabe, de pronto una dirigente de un organismo no gubernamental que estaba en esta reunión pidió la palabra y dijo: "yo quiero preguntar, señor Ministro, si cree que existe en los próximos años la posibilidad de que las mujeres reciban licencia de conducir en su país". Yo les confieso que era la primera vez que me informaba de que en ese país las mujeres no podían conducir automóviles. Ello muestra que tenemos, de alguna manera, raseros distintos, porque si en Brasil las mujeres no pudieran conducir automóviles todos lo sabríamos.

Entonces tenemos un problema, y es que gran parte de los problemas que se plantean aquí sí tenemos que resolverlos, pero en un marco de democracia y de derechos huma-

nos que no se exige a otros países. Y eso plantea, finalmente, la necesidad de contar con dos elementos. Primero, los consensos políticos –Raimón hablaba de eso–. Pero la verdad es que, en la medida en que no existan consensos políticos básicos para llevar adelante a estos países, y mientras no haya consensos mucho más amplios, incluso, que las fuerzas que están en el Gobierno y que ganan una elección, la solución para esos países no va a ocurrir. Pongamos el caso mismo de ayer. En Haití, el próximo Gobierno no va a salir habiendo superado sus problemas de desarrollo. De acuerdo con lo que conversábamos con Felipe hace un momento, yo creo que la máxima aspiración de un Gobierno democrático debe ser que sus ciudadanos estén sustantivamente mejor cuando se van que cuando llegan. Pero para ello hay que tener un mayor consenso, hay que tener un acuerdo de las fuerzas políticas internas. Si se dedican a pelear entre ellos, el resultado va a ser simplemente el caos. Cuando a mí se me pregunta cuál es el éxito de Chile, yo creo que es un éxito político. Fue un triunfo de la política, un triunfo de los consensos, de los acuerdos para sacar el país adelante, cuando es necesario incluso con la oposición. Pero ese camino lo tenemos que explorar mucho más porque no hay otro sustituto que el consenso democrático cuando se quieren resolver problemas de esta magnitud, como los que están mencionados en el informe. Y yo espero que realmente entendamos eso, entendamos la realidad de los problemas que surgieron con estos procesos nuevos. Tratemos de apoyarlos lo más posible, en un marco de comprensión y de una palabra que antes usábamos tanto, pero que de pronto ha desaparecido un poco de nuestro léxico, que es la solidaridad. De solidaridad política, que yo creo que América Latina tiene ciertamente títulos suficientes para pedir.

Antonio Fernández Poyato

■ Gracias, José Miguel. Al documento que has leído como programa máximo seguro que le falta un pie de página que diga algo así: “a esto aplíquese la fórmula Felipe 1982”. Cuando a Felipe González le preguntaron en la campaña de 1982 “¿Y usted qué se propone hacer con su país?”, la respuesta fue: “Que España funcione”.

Tenemos la fortuna de contar con Felipe González, que representa como nadie lo hacemos aquí el vínculo eurolatinoamericano. Son 30 años con alma europea y alma latinoamericana, con compromiso europeo y compromiso latinoamericano, y también con la cohesión social. Ayer se recordaba que ya Monnet decía que lo importante era pasar de los principios a las instituciones. Felipe consiguió en Europa no sólo el principio de la cohesión social, no sólo la institución, sino también que fuera a presupuestos y a libros de contabilidad. Y hoy podemos decir que hay escuelas, que hay hospitales, que hay autovías. Es un hombre con mucha experiencia, pero, sobre todo, cargado de ideas de futuro para las relaciones Europa-América Latina, y que ha hecho algo importante: si uno observa las estadísticas internacionales de educación –les invito a que lo hagan–, uno difícilmente encuentra un caso como el que se ha producido en Andalucía. En algunas regiones de India sí se encuentra este caso. En Andalucía, con este proceso de modernización que ha habido en España, uno encuentra en muchos pueblos de padres analfabetos hijos universitarios. Eso es hacer cohesión social, eso es hacer movilidad social, eso es modernizar un país y eso es obra de un político, de un programa de Gobierno, en definitiva, de la política. Gracias, Felipe. Para introducir las palabras de Felipe González, hará uso de la palabra el Presidente de la Fundación Alternativas, Pere Portabella.

Pere Portabella

■ Bien, después de esta glosa yo no voy glosar a Felipe. Quisiera hacer dos breves anotaciones a los ponentes. La primera, a Raimón Obiols. Yo he apreciado mucho que, al final, citando a Engels –que a estas alturas no genera alarmas, ya está en la Historia para bien y para mal–, se ha referido a la izquierda como fuente de energía que actúa como una presión ética para intentar introducir valores éticos en la complejidad de la administración política de las situaciones, tanto de los partidos como en los Estados, los gobiernos y las instituciones. Acentuar la ética que permite que la equidad, la distribución de las riquezas y otros derechos civiles sean una realidad y que aparezca en primer término esta palabra. Yo recuerdo que en la izquierda en la que hemos vivido, llegó un momento en que los que ya tenemos una cierta historia detrás casi teníamos un cierto pudor en utilizar la palabra ética, porque nos decían que éramos puristas. Creo que ahora es imprescindible volverla a situar para empezar a entendernos.

Y en segundo lugar, la intervención de José Miguel Insulza. Yo, como cineasta, no puedo dejar de dar mi opinión en dos cosas: primero, el relato. Yo creo que el relato de José Miguel Insulza viene manifiestamente con una especie de tono de sentido común, de agudeza en el análisis. Y lo menos común de los relatos políticos es que sea ameno. Claro, es que en política tenemos tendencia a las formulaciones informativas, su obligación es informar de cosas concretas: vamos a hacer este proyecto, en economía, en sociedad... Pero se olvidan del relato. Y el ciudadano necesita que se le cuenten las cosas construyendo el relato. Yo le agradezco mucho que aquí haya aparecido un relator. Y hablo como cineasta, cada uno tiene sus preferencias.

Y en cuanto a Felipe, como miembro de la Fundación, como patrono y como personalidad, yo quisiera destacar que no es un ponente. Felipe es un referente en el tema que nos ocupa hoy y en muchas otras cosas. Y, además, un referente que cuando tenía el cargo de Presidente del Gobierno actuaba institucionalmente. Ahora sigue haciendo lo que hacía, pero con más libertad. Y lo que está haciendo en el tema de Latinoamérica y el Caribe sigue haciéndolo en este tono suyo, peleando y arriesgando. Por lo tanto, creo que su intervención es imprescindible y entiendo que va a enriquecer las ponencias. Me complace muchísimo ceder la palabra a Felipe González.

Felipe González

“ Les ahorraré tiempo. Efectivamente, no soy ponente, ni siquiera exponente, pero sí voy a reaccionar a las intervenciones de Raimón y de José Miguel.

Nosotros estábamos hace un año en un debate en Santiago de Chile, y oía corregirle el tiro –a José Miguel–, porque ha cambiado de puesto y de responsabilidad, y ha hecho un discurso, digamos, un poco más optimista. Incluso ha introducido un factor que me ha interesado mucho, esto de las reglas para medir las exigencias a unos y a otros. La fortuna de América Latina es que lo que se le exige, se lo exigen los ciudadanos, sobre todo y en primer lugar. Por tanto, no es ni siquiera desde el punto de vista internacional, que obviamente también se exige que haya mayor previsibilidad o mayor nivel de seguridad jurídica. Pero creo que la dinámica de América Latina es de ciudadanía interna.

Oyéndonos, tengo la tentación de recordarles cómo empezamos el seminario el año pasado. Habíamos oído unas intervenciones curiosas sobre cómo iba Chile, del Presidente Zapa-tero, del ex Ministro Solchaga, del Ministro de Economía chileno... Estábamos en Chile, en un Seminario en Santiago, y cuando se fueron todos los que habían hecho los discursos importantes, nos quedamos los dos mano a mano en un escenario parecido al de hoy. Yo le decía –con la intención de que todo el mundo lo oyera– “esto me recuerda lo que mi paisano le preguntaba a su amigo, es decir, compadre, ¿cómo está tu mujer? Y el otro le contestó como un rayo: ¿comparada con quién, compadre?” Pues yo tenía la misma sensación cuando oía aquellos discursos. ¿América Latina comparada con quién? y ¿Europa comparada con quién? Raimón hace un ejercicio intelectual bien interesante, es decir, cuáles son los elementos comunes que nos pueden inquietar, ante el encuentro de mayo, a latinoamericanos y europeos.

Europa está en una inquietante, pero dulce decadencia, con poco pulso político, poco liderazgo y poca definición de política exterior y de seguridad. He de decir que, salvo los especialistas que normalmente son citados para encuentros de esta naturaleza, los líderes políticos no tienen en su horizonte de prioridades una preocupación por el destino de América Latina como región. Es inútil decir que yo considere, o que algunos otros consideren, que eso es un error de bulto. La realidad es que América Latina, para Europa, como para Estados Unidos –hablo siempre en términos relativos–, ha perdido relevancia en su orden de preocupaciones y de prioridades. Por tanto, podríamos decir que Europa, a nivel de liderazgo, está distraída respecto de lo que pasa en América Latina. De vez en cuando se sorprenden de que surja un fenómeno como el de Evo Morales. La gente simplifica, habla de grandes corrientes de izquierda en América Latina, e incluso habla de emergencia de populismos. Yo, en América Latina, he conocido y conozco discursos populistas de izquierdas, que sólo me inquietan un poquito menos que los populistas de derecha, que son también muy abundantes y a los que José Miguel acaba de llamar nacionalistas o de economía nacionalista. Por eso quería reaccionar a eso para situarnos. Puede ser útil para mayo hacer un ejercicio de esta naturaleza. Yo veo el escenario del encuentro de mayo con un grado de preocupación que está ligado a lo que dije antes. No creo que, entre las prioridades del liderazgo político, la reunión de mayo ocupe un lugar preeminente. ¿Podríamos hacer sonar el tambor para que esto ocurriera? Puede ...

Ahora bien, si me sitúo en América Latina –José Miguel me puede desmentir– no creo que entre las prioridades de los líderes, la reunión de mayo vaya a ser muy relevante. Así que estamos en una justa compensación o equilibrio. Y ahí se podrían hacer algunos análisis de situación. Es evidente que la democracia y el mercado no son idénticos, a pesar de que los confundimos a partir de la caída del muro de Berlín. Es una pareja de hecho muy desequilibrada porque la democracia no traiciona al mercado, lo interfiere a veces, pero el mercado con frecuencia traiciona a la señora democracia y la sustituye por una dictadura sin temblarle el pulso. Así, pues, la confusión democracia-mercado ha producido no pocos errores, sobre todo en los países del centro y del este europeo. De la misma manera que la democracia no es una garantía de buen gobierno, salvo a muy largo plazo, lo que garantiza es que podamos echar a los gobiernos que no nos gustan, y es lo que está ocurriendo. Cuando no nos gusta el gobierno, la democracia facilita que los echemos.

En América Latina la gente está harta de falta de resultados. Éste es el problema. ¿Se están inclinando hacia la izquierda? Si la izquierda la entendiéramos como partidos tradicionales

—como advirtió tantas veces Raimón Obiols—, hay miles de matices y uno no se puede permitir los matices. Por tanto, si estuviera cansada de alternativas políticas de derechas a lo mejor se iba a las alternativas políticas de la izquierda tradicional. Pues no es verdad. Los partidos tradicionales de izquierda y de derecha, en muchos de los países de América Latina, están en una profunda crisis de la que, en la mayor parte de los casos, no tienen ni siquiera percepción subjetiva de su profundidad y de su gravedad. Por tanto, son fórmulas nuevas. Alternativas respecto de la institucionalidad más o menos tradicional que conocíamos en los años ochenta. Obviamente, hay excepciones. La concertación, como invento, sigue funcionando y ya lleva 20 años gobernando Chile. Y recuerdo que era concertación para echar a Pinochet, y ya hace rato que lo echaron, aunque el hombre sobrevive para desgracia de sus émulos de la derecha. Es de las pocas experiencias democráticas de una fórmula de gobierno durante 20 años. Por lo tanto, creo que hay que salir de algunas de las confusiones. Que las hay, y muchas.

Insulza ha hablado de empleo. La tendencia en general de la izquierda es hablar del empleo, sin pensar que el empleo lo dan los empleadores. No se dibuja en un papel desde supuestas acciones de gobierno. Por tanto, o uno estimula la inversión y la generación de empresas o no tendrá empleo.

Europa no está pesando más en las relaciones mundiales, sino pesando menos. Es la primera potencia comercial del mundo, y no sé que más. De acuerdo, Europa está perdiendo relevancia. En América Latina también. O sea, en los últimos 40 ó 50 años América Latina ha pasado de un determinado porcentaje del comercio mundial a un porcentaje menor. Algunos dirán en la visión optimista “no es porque haya retrocedido mucho América Latina, sino porque otros han avanzado mucho en el pastel”. Muy bien. Digamos que se dan, en principio, todas las condiciones para que América Latina como región no pierda relevancia y, sin embargo, la está perdiendo. Es decir, el crecimiento de los últimos años, que es una muy buena noticia, en parte se debe a algo que espero que dure, que es el crecimiento del precio de las materias primas, en particular las energéticas. Digo que “espero” dure, porque la demanda mundial se va a mantener. La riqueza de América Latina, en parte —en agroalimentación obviamente— es renovable. ¿Cómo transformar la riqueza que no es renovable en proyectos de desarrollo que tengan un carácter renovable y permanente en América Latina? ¿Se va a pasar de nuevo la oportunidad de transformar esa coyuntura favorable desde el punto de vista económico en proyectos de desarrollo que puedan sostenerse, autoalimentarse en el futuro? Ese es uno de los grandes interrogantes que creo que está pendiente, y que es bien interesante porque la región tiene todo lo que tiene que tener.

Hay muchas incertidumbres sobre la mesa. Cuando hablamos de incertidumbres, yo no me referiría a la incertidumbre del resultado de unas elecciones, que es la incertidumbre democrática normal, quién va a ganar. Me sitúo en el escenario de Chile. Me parece obvio decir que a mí el que haya ganado Bachelet me parece bien, pero realmente no habría hecho un funeral respecto del destino de Chile si hubiera ganado Piñera. ¿Se me entiende claramente en esto? Chile no va a cambiar sustancialmente su destino histórico. Va a poner énfasis en unas o en otras cosas en función de que gane Bachellet o gane Piñera. Esa incertidumbre es la propia de la madurez democrática, la incertidumbre sobre quién va a ganar. Pero el problema de los procesos electorales que han sido citados aquí es que la incertidumbre —y la podemos clasificar por grados— no es quién va a ganar, sino qué va a pasar con quien gane, sea quien sea, en relación con el propio destino del país. O sea, los factores de incertidumbre.

En el caso de Evo Morales era muy divertido porque los analistas se sorprendieron de que suprimiera el Ministerio de Asuntos Indígenas. Pero, ¿cómo un indígena, que, además, representa a una mayoría de asuntos indígenas, va a mantener un Ministerio de Asuntos Indígenas? Ya le sugerí que hiciera uno de asuntos criollos, o de asuntos de blanquitos, algo de los que son una minoría. Y también le pregunté “¿cómo te ha ido en China?”. Y dijo: “ha sido muy interesante, muy sorprendente”. “Ahí has visto el capitalismo en estado puro, es decir, a la fuerza”, le dije. Se reía porque, obviamente, no era lo que seguramente esperaba de China.

Estamos con procesos electorales que están reflejando hartazgo social por la falta de resultados. Hay una especie de fractura que podemos dividir entre costa atlántica y costa pacífica. Parece que la costa del Pacífico está más contaminada por los valores de la economía abierta del área Asia-Pacífico y, por tanto, más dispuesta a tratados de libre comercio, a aperturas, a eliminación de barreras comerciales, etc., independientemente del color de los gobiernos, desde Chile hasta México. Y en la costa atlántica hay más nacionalismo económico. No digo que no se vayan a colar algunos también en la costa del Pacífico. Más nacionalismo económico y más resistencia a aceptar tratados de libre comercio o incluso discursos antitratados de libre comercio.

Y, además, hay una nueva fractura en los últimos años. Sudamérica es una cosa, que dicen nuestros amigos brasileños, y Norteamérica, incluido México, con la responsabilidad de Centroamérica, es otra. Por tanto, esto de América Latina –invento de los franceses del siglo XIX– no es la idea. Y después, en los procesos de integración subregional, creo que como no se miren en serio vamos a tener dificultades. Hay varias crisis conviviendo al mismo tiempo. Cuando Venezuela decide, por la razón que sea, abandonar la Comunidad Andina y pasar al Mercosur, en la Comunidad Andina hay un problema serio: el tema de la supervivencia subregional. Pero es que lo que veo en los últimos pasos del Mercosur –en cuya creación en buena medida participé hace algunos años–, es que los retrocesos respecto de los acuerdos de hace 10 ó 12 años son evidentes. Por tanto, Mercosur tiene dentro algunas fracturas y retrocesos respecto de los acuerdos que se habían planteado, y países que están un poco hartos de que les pasen por encima los grandes y que no los tomen en cuenta. Cosa que ocurre con la dinámica de grandes y pequeños, que la conocemos muy bien en Europa. Los países pequeños son pequeños, pero son Estados-nación con los mismos elementos de soberanía que los grandes. Por tanto, si no les prestan atención, obviamente no se sienten atendidos, y van a plantearse algunos problemas.

Así, pues, tenemos nuevas fracturas en América Latina, discursos contradictorios, algunos de integración bolivariana. Alguna vez le dije a Chávez, que mezcla a Marx con Bolívar, que le mandaré el ensayo de Marx sobre Bolívar para que tome la decisión de quedarse con uno o con otro. Es su decisión, pero después de leer lo que Marx pensaba sobre Bolívar no va a poder mantener el discurso con los dos.

Por tanto, tenemos desafíos muy importantes, como éstos de la Unión Europea, América Latina y el Caribe, y para mayo me gustaría que la Unión Europea fuera capaz de prestar atención al fenómeno para establecer una relación más seria, más intensa, y de mayor contenido. Porque en la relación con Estados Unidos debo decir que a veces mis amigos gringos se ofenden cuando les digo que Estados Unidos no tiene estrategias para América Latina. Y lo digo muchas veces para contestar a algunas de las críticas que se están ha-

ciendo de nuevo con esos discursos de “el imperialismo norteamericano en América Latina”. Digo “bueno, pues ya me gustaría conocer la estrategia de Estados Unidos en América Latina para saber si estoy en contra o a favor, pero por lo menos habría de qué pronunciarse”. Quiero decir, oferta de tratados de libre comercio a veces que no se van a llegar a firmar, no se van a llegar a perfeccionar. Los tratados de libre comercio sí que se están produciendo y pueden seguirse produciendo. No digo que sea bueno ni malo, hasta ahora no he hecho una calificación desde mi punto de vista. Por tanto, los discursos de integración regional, incluso los bolivarianos, a la hora de llevarlos a la práctica, se van a encontrar con acuerdos de libre comercio consolidados en un buen número de países sobre los que se proyecta un discurso más bien vacío, sin ningún contenido real, de carácter integracionista general.

Cuando digo que no hay estrategias, no hay estrategias. Es más, lo que hay es un reciente rechazo –justificado por razones no latinoamericanas– respecto de la administración americana. Digo por razones no latinoamericanas porque el comportamiento de esta administración no es sustancialmente distinto del de la administración anterior, o de la anterior de la anterior. Y, por tanto, la simpatía por Clinton es por razones diferentes de la estrategia latinoamericana.

Creo que uno de los dramas que he visto, y que veo que se repite cada día, es que el proceso de toma de decisiones de los gobiernos suele ser tan enrevesado y tan malo que las decisiones no se toman. Esto que parece absolutamente banal es un problema de calidad y deficiencia democrática extraordinariamente grave. Es decir, ya no hablo de la falta de transparencia, de los elementos de corrupción, no. Si ustedes ven cómo se procesan las decisiones en muchos de los países de América Latina se darán cuenta de por qué algunas decisiones o se hacen desde el arbitrio o el sentido común de un presidente fuerte, o simplemente se pasan años y años y años sin tomarlas de ninguna de las maneras. El grado de ineficiencia que eso produce es aterrador. Yo miro a América Latina, pero cuando miro aquí, al sur de España, en Marruecos el peor de los problemas es éste, que todo el mundo se mira de reojo a ver quién va a dar el paso para tomar una decisión, y no se toman las decisiones. Yo he visto con mucha frecuencia que éste es uno de los problemas en los países de América Latina.

Así, pues, yo les quería hablar de las nuevas fracturas, de las posibilidades de que haya acuerdos nacionales y de la cooperación de la Unión Europea y América Latina. Y debo decir que hay elementos comunes, claro, de incertidumbre y de angustia. Las prioridades son totalmente diferentes. En Europa se habla de cómo salvar la cohesión social de manera racional, cómo adaptarla a las nuevas exigencias de competitividad internacional, y en América Latina se habla de cómo construir una mínima base de cohesión social.

Por cierto, en el documento se habla de crecimiento y redistribución de la riqueza. Una vez más insistiré en que no se trata de la redistribución de la riqueza, sino de la redistribución del excedente, para no crear falsas expectativas. Se distribuye el ingreso excedente por el crecimiento, no directamente la riqueza. La izquierda siempre padeció de eso. La izquierda está muy inclinada a distribuir riqueza, pero nunca se preocupó de cómo crearla, y la derecha siempre se preocupó de cómo crearla, pero siempre veía que no llegaba el momento de redistribuir un poquito de excedente, aunque fuera por derrame. Por derrame sí lo aceptaban, pero nunca llegaba.

Enrique Ayala

“ Tanto ayer como hoy, al hablar de las relaciones entre la Unión Europea y América Latina, nos hemos limitado bastante a los temas comerciales y económicos, y me temo que en Viena a lo mejor va a pasar lo mismo. Aunque también algunos ponentes han hablado de multilateralismo.

Yo quería ampliar un poco el horizonte de nuestras expectativas en las relaciones entre Europa y América Latina a un terreno más político, y me estoy refiriendo a la política internacional. Porque, de la misma manera que la economía condiciona a la política, la política también condiciona a la economía. Y no sólo la política interna de los países, sino también la política internacional, según el famoso efecto mariposa: hay una guerra en Iraq y la inflación sube en Nicaragua. Por tanto, no podemos concentrarnos exclusivamente en los aspectos comerciales y económicos sin mirar hacia afuera, a lo que está pasando en el mundo, y cuál es el papel que Europa y los países latinoamericanos pueden jugar en el mundo, y de qué manera unos se pueden apoyar en otros, o nos podemos apoyar todos conjuntamente para tener un papel más importante que nos permita tener una cierta influencia en la escena internacional, en beneficio de nuestros países, por supuesto, y en beneficio de nuestros ciudadanos. Entonces, la cuestión es ¿por qué limitar el ámbito de nuestras relaciones, voluntariamente, sólo a los aspectos económicos y comerciales, y no tratar de buscar una relación de apoyo mutuo en la escena internacional?

Actualmente, el papel global de Europa es muy limitado por su división interna, y el papel global de los países latinoamericanos, al no existir unión entre ellos, es muy reducido. Pero juntos podríamos tener un peso específico muy importante. Y me gustaría recordar que, cuando se planteó el tema de Iraq en Naciones Unidas, hubo dos países latinoamericanos que se opusieron a una última resolución que se solicitaba para autorizar de una manera específica el uso de la fuerza, y eso en parte impidió que esa resolución saliera adelante. Y en Europa, en cambio, se produjo una división que todavía estamos tratando de subsanar. Entonces, ¿por qué no investigar la posibilidad de establecer un mecanismo de consultas permanente, semipermanente, coyuntural, o puntual, o como se quiera, de manera que Europa y Latinoamérica, que comparten valores y comparten un deseo de multilateralismo, puedan tener juntos un peso importante en la escena mundial? Es cierto que éste es un tema delicado y que hay que abordarlo con muchísimo tacto, pero ¿por qué excluirlo de una futura relación? Es verdad que las expectativas frustradas crean melancolía, pero también es verdad que sólo con ambición en los objetivos y con prudencia en la manera de conseguirlos se pueden conseguir cambios para llegar a un mundo más justo y más pacífico, que sea mejor para todos nuestros países.

Carlos Malamud

“ Se preguntaba el Secretario General Insulza por qué se exigen a América Latina cosas que no se exigen a otras partes del mundo. Felipe González dio una respuesta basada en la ciudadanía, y en esto debemos recordar que tanto las elecciones como la construcción de la ciudadanía comienzan en América Latina cuando todavía en otras partes del mundo no habían comenzado a producirse. De alguna manera esto sig-

nifica que América Latina es parte de Occidente, y en tanto es parte de Occidente se le exigen cosas que no se exigen a otras partes del mundo que forman parte de culturas distintas. Entonces, hay que elegir dónde se está o dónde se quiere estar.

Y esto también viene a cuento de lo que planteaba Raimón Obiols sobre lo de Lula; tenemos derecho a equivocarnos. ¿Cuántas veces los latinoamericanos se han equivocado o nos hemos equivocado nosotros solos sin que venga de otros la imposición de la equivocación? Cuando se apostó por la lucha armada en los años 60-70, cuando se apostó previamente por la autarquía. Es decir, los suicidios latinoamericanos fueron repetidos como para seguir reivindicando la posibilidad de que podemos equivocarnos por primera vez solitos. Ya se ha hecho. Por tanto, creo que ése es un discurso totalmente periclitado.

Y por último, decía también Insulza recordando el discurso de Chávez, “soy la consecuencia, no la causa”. Está bien. Esto podía ser verdad en el momento en que lo dijo. Hoy las cosas han cambiado, y en ese sentido, quizás lo preocupante comienza a ser la manera frívola, poco consistente, con que en América Latina se miran las cuestiones, sobre todo aquéllas que son preocupantes y donde prima más la política del avestruz que cualquier otra cosa constructiva. Y en ese sentido, por ejemplo, muchas veces se echa en falta, con todas las deficiencias que hayan tenido, actitudes como la de la Unión Europea cuando el Gobierno austriaco del señor Heider tomó algunas medidas que fueron cuestionadas. En ningún momento en América Latina, a lo largo de toda su historia, pasó algo semejante. Es decir, hay una inconsistencia bastante profunda en la defensa que las elites y los Gobiernos latinoamericanos hacen de su propia democracia, por más que la valoren sistemáticamente.

José Manuel Freire

“ Mi intervención se correspondía más con la sesión de ayer, pero, en la medida en que fue aplazada, me atrevo a traerla hoy, porque mis reflexiones tienen que ver con algunos de los temas que han planteado los ponentes. Y me refiero a la necesidad de dar resultados, de que todas estas discusiones y debates no lleven a frustraciones adicionales.

El tema central que nos reúne aquí es la cohesión social. Cohesión social es un concepto muy complejo, muy multidimensional. Así lo ha entendido la Comisión Europea cuando ha lanzado el programa Eurosócial con cinco pilares: justicia, empleo, fiscalidad, educación y salud. Sin embargo, cohesión social tiene, fundamentalmente, tres facetas importantes a mi entender: una de ellas es educación, la otra es salud y en tercer lugar pensiones. Es decir, de un lado educación y seguridad social.

Mi comentario viene precisamente por la necesidad que veo de introducir de una manera más explícita, más clara, la cuestión de los sistemas de seguridad social en la agenda concreta política de la cohesión social, para que cohesión social no sea excesivamente retórica. En este sentido, quiero recordar, por ejemplo, que ayer se hablaba de política fiscal como determinante de la cohesión. ¡Cómo no! Es innegable. Pero quiero recordar que, por ejemplo en España, cuando se aprobó la Constitución en 1978, más del 82% de la población espa-

ña ya tenía cobertura de la seguridad social, y nuestro sistema fiscal era, por decirlo elegantemente, precario. Posteriormente en los gobiernos de Felipe González –del cual también Juanma Eguiagaray fue ministro– en el período de 1982 a 1989 se incluyeron a siete millones de personas en la cobertura sanitaria de la Seguridad Social, el proceso de universalización más rápido. Lo que había costado con la dictadura 50 años se hizo en pocos años. No hubo grandes declaraciones, no hubo grandes acuerdos. Hubo aquello que prometió el Presidente cuando empezó a gobernar, que el país empezaba a funcionar.

En este sentido, podemos decir que lo que tenemos de protección social en Europa está basado en la seguridad social. Es distinta la de Alemania de la de Francia o de la de España, pero la seguridad social conecta con cosas muy claves de la estabilidad económica, del trabajo decente del que habla la OIT, de la estabilidad en el empleo, de la dignidad de las personas, e incluso es la piedra clave del desarrollo económico. Yo personalmente no conozco ningún país desarrollado que no haga de la seguridad social una piedra angular. Quizá por básica, por estar en los cimientos, no surge a la superficie. Y de ahí mi ruego y mi sugerencia de que aparezca en estos debates más explícitamente. Los sistemas de seguridad social en América Latina han sufrido reformas profundas en las últimas épocas. Se han privatizado las pensiones y se ha roto la base de solidaridad del seguro de salud, que sigue siendo, sin embargo, elemento clave de los sistemas de seguridad social. En otro orden de cosas, y conectado con ello, quiero hacer una breve reflexión sobre otro tema que ha surgido aquí, y es la batalla de las ideas. Se preguntaba uno de los ponentes cómo es posible que hace unos años se pensara que el mercado podía resolver los temas sociales. Y en este sentido ayer surgió un planteamiento que, en mi opinión, es importante incorporar a las políticas, a la Unión Europea y a nuestras propias reflexiones. Las elites de América Latina no se forman en Europa, no se desarrollan en contacto con las sociedades europeas, y en ese sentido sería importante una mayor beligerancia estratégica en este aspecto para abrir nuestras universidades, convocar becas, etc. Hacer que lo que constituye el elemento social de los modelos sociales europeos se permeabilice también a aquellos que van a ser los dirigentes futuros de América Latina.

Álvaro Espina

« Decía Pere Portabella que el relato es importante en política, y creo que hoy hemos tenido aquí un espectáculo de relato político. Los tres intervinientes han sido tres relatistas. El primero Raimón, que decía que echaba en falta justamente el relato político, que la gente lo necesita para vivir casi tanto como para respirar. Y, por supuesto, José Miguel Insulza y después Felipe González nos han bordado el relato.

De José Miguel, por hablar de alguien que es invitado, yo tenía el mejor reflejo del gran relatista que es porque tuve el privilegio de participar en la primera cena de despedida que le ofrecieron sus amigos cuando le habían nombrado secretario de la OEA. Y nos ofreció un relato durante seis horas en una noche, un relato de lo que han sido América Latina y Chile durante estos últimos 35 años, que yo le recomendaría a Pere Portabella, como cineasta, que le pusiera una cámara con unos amigos. Él solo hace una película, tiene cinco guiones metidos en la cabeza. Se aprende más que en 30 años. Maquiavelo decía que en el reparto de los pesos y contrapesos hay que darle a cada grupo social aquello que está dispuesto a dar para que la república funcione. Es de lo que estamos

hablando, del tema de la cohesión social, y José Miguel Insulza decía, hablando del tema del consenso de Washington, que no era sólo la receta técnica lo que estaba ahí. Había una ideología, había una forma de entender la vida política, la vida internacional, algo sobre lo que Felipe González ha hecho también énfasis cuando señalaba que realmente Estados Unidos no tiene estrategia para América. En realidad, el efecto Katrina nos ha demostrado que Estados Unidos, dirigido por la administración republicana de George Bush, no tiene estrategia para Luisiana. No porque haya una catástrofe, que puede ocurrir en cualquier caso, pero cuando los cadáveres se descomponen quince días después en las calles de Nueva Orleans, esa gente, como ha dicho Krugman, no es competente a la hora de organizar un Estado que se ocupe de la seguridad, de la certeza o de cierto tipo de elementos que la vida moderna y civilizada requiere.

De modo que con Estados Unidos no podemos contar para esto de la regulación, de la globalización. Como decía Felipe González, para el mercado sí. La globalización, la gran innovación de Estados Unidos durante el último decenio, y sobre todo en la crisis argentina, ha sido la incorporación del principio de quiebra a los Estados soberanos, algo que nadie probablemente se hubiera atrevido a hacer más que ellos. En eso son enormemente competentes y yo creo que podemos fiarnos de eso. Pero para la otra parte –que es la que señalaba también José Miguel Insulza en el tema de la ideología–, para articular elementos de Estado, de regulación, yo creo que es necesario descansar sobre América Latina en el tema de globalización, no sobre India y China, a quienes no se les exige ese tipo de cosas, sólo estabilidad, y sobre la Unión Europea.

De manera que, una vez que los Estados Unidos han tenido la posibilidad de impulsar la globalización vía mercado, que lo hacen muy bien, durante el decenio de los noventa, yo creo que es el momento, la gran oportunidad. En el primer decenio del siglo XXI importa que América Latina y Europa introduzcan un poco de orden y un poco de papel regulatorio en esto, porque si no, es un caos, como el efecto Katrina pone de manifiesto.

Javier Doz

“ Quería plantear dos cuestiones. La primera es una pregunta, la segunda una propuesta. La pregunta a los tres ponentes, los programados y el felizmente sobrevenido: el avance de la izquierda en las elecciones recientes, y posiblemente en las próximas, ¿piensan que puede significar una mejora de las perspectivas, que puede facilitar el proceso de integración económica y política en América Latina que resuelva algunas de las dificultades actuales, o es indiferente a esos efectos? Yo me muestro escéptico, desde la perspectiva europea.

A finales de los noventa, cuando ya existían algunas de las características de la que sin duda ahora se manifiesta como una crisis, había una inmensa mayoría de Gobiernos de izquierda, centro-izquierda, socialdemócratas o en coalición, y agotado el impulso anterior con otra composición política en Europa, impulso en el que Felipe González tuvo mucho que ver, esa mayoría abrumadora de Gobiernos no significó para nada un enfrentamiento a las raíces de los problemas que ahora ya se manifiestan como una crisis política europea, con un cambio a otra correlación de fuerzas políticas en Europa. No influyó. Cada Gobierno, como vuelve a pasar ahora, se ocupa más de sus agendas electorales y de

lo que pueda convenir a su agenda electoral nacional que a formular un proyecto político europeo en profundidad. Ésa es mi opinión.

A lo mejor no sucede lo mismo en América Latina, y a lo mejor Lula, Kirchner o Chávez, pasando por Bachelet o cualquiera de los líderes o presidentes, pueden hacer algo, no sé si juntos. ¿Qué papel puede tener la Internacional Socialista, si es que puede tener alguno, en ayudar a formular ese proyecto en común?

Y en segundo lugar, una cosa que sólo sale de pasada en el documento, y poco en la enorme cantidad de cumbres que se producen cada año en el mundo, y en América Latina especialmente: ¿Los gobiernos van a adoptar alguna posición mínimamente firme y coherente para enfrentarse al auge de la economía criminal, que tiene como sostén fundamental el auge de la criminalidad de un sistema financiero? No sé, parece que ya se ha pasado de 500.000 millones de dólares probablemente al billón español de dólares. Los núcleos son los paraísos fiscales que se consienten, algunos de ellos según Transparencia Internacional están en América Latina. Porque los tentáculos van de los países donde hay más corrupción, pero, al final, el sistema financiero regular internacional es el que se beneficia. Esto, que es un escándalo desde cualquier tipo de consideración política o moral, que sólo la lucha contra el terrorismo pareció remover algo, no está en las agendas de las cumbres. ¿Por qué? La respuesta es obvia. Un ejemplo es el caso de los paraísos fiscales, tratado en el Senado norteamericano en 2001. ¿Por qué se consiente este tipo de fraude? ¿Por qué no se hace nada? Nada serio, pequeñas cosas hace la OCDE. Alguna cuestión, pero muy poco. Realmente podría ser algo a tratar en la cumbre Unión Europea-América Latina, medidas contra la economía criminal, medidas contra el auge de la criminalidad en el sistema financiero internacional, el lavado de dinero de todo tipo: el menor, el evasor fiscal; el peor, cualquiera de los grandes cárteles criminales que la globalización está impulsando.

Silvia Portela

“ En primer lugar, quería decir que me gustaron muchísimo las dos últimas ponencias. Las tres, por supuesto, pero principalmente las dos últimas, y sobre eso quería hacer alguna pequeña reflexión y dos preguntas.

Yo creo que la cuestión de la reconstrucción de un funcionamiento democrático en la mayoría de los países se ha superado. Lo que no se ha eliminado, por supuesto, es la desigualdad social. En las reglas políticas de hoy se puede decir que tenemos democracia en la mayoría de los países. Pero hay una cuestión que me da que pensar, y es que, después del periodo del autoritarismo político, pasamos por un periodo de reducción y destrucción del Estado y de las políticas sociales. Y con la apertura, hoy estamos en una nueva ola. Yo empecé a hacer política en 1969, y en 1980 empecé a seguir todo el tema del Cono Sur; así que para mí poder ver hoy los Gobiernos que tenemos en todo el Cono Sur y también los cambios en la región andina, como Venezuela, etc., es una música muy suave, porque, por primera vez en la historia que yo puedo vivir, hay un momento con tanta coincidencia de Gobiernos democráticos con preocupaciones sociales, etc. Pero mi preocupación es que uno no puede volver hacia atrás a recuperar el modelo desarrollista de los años cincuenta. Y hoy vivimos situaciones –y vuelvo otra vez a Brasil– donde convivimos con una

política económica que es hija del consenso de Washington, y una política social que no parte de un cambio o una reforma del Estado, pero sí está focalizada para resolver los problemas emergentes, etc. Que no digo que no se haga, pero que no va a resolver el problema social en la región.

Entonces, mi pregunta es, principalmente, sobre la necesidad que tiene hoy América del Sur de volver a tener una reflexión, si es que es posible. Yo en estos días anduve pensando. La última vez que en América Latina se ha producido una teoría importante desde el punto de vista político y estratégico fue el pensamiento cepalino de los años cincuenta, con Celso Furtado, Prebisch, etc. ¿Qué posibilidades hay hoy para que eso pudiera pasar? Es necesario un nivel de reflexión en esa dirección, porque hay que pensar en un nuevo modelo de desarrollo, y no estoy acá haciendo demagogia, o una política doctrinaria. ¿Cómo convivir con todos los cambios que pasaron después en ese periodo de la apertura, del cambio del Estado, etc.? Porque el tema del que se ha hablado de la ineficiencia del Estado está muy claro. Yo veo que en Brasil, las políticas que dicen que van a ser de cambio no funcionan, porque hay una incompetencia, una incapacidad, el peso de un Estado ineficiente, de un Congreso que funciona de una forma... Y ¿cómo revisar todo eso sin tirar afuera el Estado? Porque reivindicar el refuerzo de un Estado ineficiente, que tampoco es un Estado social, no vale la pena. Mi preocupación es ésa.

Y al señor González, cuya ponencia me gustó mucho, sólo una curiosidad, si tiene el gusto de contestar. Me quedé muy curiosa de saber qué dijo Marx sobre Bolívar.

Isabel Yépez

Yo tengo también una coincidencia con dos aspectos que ha planteado José Miguel Insulza. El primero es cierto agobio de la comunidad internacional en relación con las exigencias hacia América Latina. Efectivamente es cierto que las exigencias son mucho más importantes y se recordó también que no solamente lo son de la comunidad internacional, sino de sus propios ciudadanos. Es cierto eso, pero si analizamos las cifras del Latino Barómetro, vemos que una gran cantidad de los latinoamericanos lo que quieren, en el fondo, es lo que se llama el buen vivir, tener un acceso al empleo, o a la seguridad; y que muchas veces, cuando se pone en relación la posibilidad de que en democracia puedan lograr esto, y la posibilidad de regímenes autoritarios, vemos que las preferencias se relativizan. Entonces, yo pienso que hay un núcleo de base en relación con el bienestar en América Latina sobre el que tenemos que tener exigencias. Y comparto esta idea de cierto agobio y de exigencias múltiples.

La segunda idea que me parece importante es esto de que la crítica del consenso de Washington ha aportado mucho en el sentido común de una cierta manera de la crítica del chorro. Mi comentario en realidad es una pregunta. Hoy, esta mañana, estaba anunciado que pudiéramos reflexionar sobre el tema de cohesión interregional y los organismos multilaterales. Y en ese sentido les pediría a los ponentes un comentario sobre la manera en que ciertos organismos multilaterales, sobre todo el Fondo Monetario y el Banco Mundial, miran cierta parte de América Latina. Y me refiero, sobre todo, a la zona andina. Es como cuando

miran a cierta parte de África; consideran que ya son regiones inviables de alguna manera, por la existencia de pobreza, por la violencia. Aquí no se ha mencionado, pero hay problemas de narcotráfico, de redes internacionales. Entonces ésa es una visión no solamente pesimista, sino sin futuro; como si se aceptara que hay partes del mundo que ya están desconectadas, descolocadas, y en las cuales quizá lo que hay que hacer es ayudarlas, pero ayudarlas a que no causen muchos problemas.

Por tanto, me parecería importante que ustedes puedan comentar esta visión de esos organismos multilaterales en relación con ciertas regiones del mundo, y en particular con América Andina.

Ricardo Azevedo

Algunos planteamientos que he escuchado ayer y hoy parecen magnificar los problemas del proceso actual de integración en Latinoamérica y particularmente en Sudamérica. Es un poco lo que la prensa en Brasil y en otros países hacen todo el tiempo. Dicen “no, esto no va a funcionar, los problemas son muy grandes”, etc. Me gustaría recordar que lo que vivimos ahora en nuestro continente es un proceso muy reciente. Yo diría que, de hecho, este proceso tiene como cinco años, poco más que eso, no más. Y está muy ligado a la cuestión de los nuevos Gobiernos progresistas en la región. Hay que recordar que en los años noventa, por ejemplo Cardoso, presidente de Brasil, ha congelado totalmente el proceso de integración y del Mercosur; y lo que Carlos Menem, por su parte, decía de las relaciones carnales de Argentina con Estados Unidos. O sea, no había por parte de los gobernantes voluntad política de desarrollar este proceso de integración en la región. Por supuesto que el proceso tiene muchos problemas. De un lado, están los problemas corporativos de los intereses empresariales en Brasil, en Argentina, en Uruguay, que muchas veces se chocan. Pero yo creo que los europeos saben muy bien lo largo y lo difícil que fue el proceso de construcción de la Unión Europea y los problemas de los intereses corporativos que tuvieron que enfrentar. Eso forma parte de la realidad.

Por otra parte, creo que hay un problema muy importante de orden político, y de orden cultural también. Históricamente, las elites de nuestro continente siempre se han quedado de espaldas unas a otras. Me acuerdo cuando yo era niño, ya hace mucho tiempo, en la escuela, en Brasil, se enseñaba el francés. Y después se cambió al inglés. Nunca tuvimos la enseñanza del español en las escuelas públicas de Brasil. Ahora sí con el Gobierno Lula, por primera vez. ¿Qué es lo que quiero decir con esto? Que Brasil y los otros países siempre estuvimos mirando primero hacia Europa y después hacia Estados Unidos, y de espaldas unos a los otros. Éste es un problema político, pero también es un problema cultural. Y creo que aquí se ha hablado mucho de los problemas de la integración económica, que son fundamentales, es cierto, pero pienso que la cosa tiene que ser planteada en términos de una integración no solamente económica, sino social, política y cultural. Sin eso este proceso no va a ir muy lejos. Entonces, pienso que es un proceso que depende mucho de la voluntad política de los gobernantes, y en ese sentido se abren perspectivas nuevas y muy buenas, pero hay que acordarse de que, de hecho, es un proceso que recién empieza no más que hace cinco o seis años.

Alfredo Valladão

“ Soy brasileño, pero tengo la mala suerte de vivir en un pueblecito que es París, donde soy director de la cátedra de Mercosur. Quería hacer dos comentarios. El primero, con relación a lo que dijo José Miguel Insulza sobre que nos exigen más a América Latina. No estoy seguro que nos exijan más, en el sentido de que siempre se exige estabilidad, pero la experiencia histórica de los inversores de los otros países en América Latina es que los Gobiernos autoritarios, sean de izquierda o de derecha, no lograron traer esta estabilidad. Éste es el problema. Si las democracias no las traen los Gobiernos autoritarios, tampoco traerán la estabilidad necesaria a largo plazo. Entonces, creo que la lección histórica hoy que traen estos inversores es que la democracia es mejor para llegar a más estabilidad.

Yo tuve la suerte de participar hace poco tiempo en una reunión a la que vino a hablar el Subsecretario de Defensa americano y un alto representante del Pentágono. Los dos hablaban para una platea de latinoamericanos, y decían “Hace años y años que ustedes están diciendo que el problema de América Latina es la pobreza y la desigualdad. Ahora creo que ustedes tienen que resolver este problema lo más rápido posible para tener estabilidad”. No sé lo que esto significa por parte del Pentágono, pero es claramente en este sentido. Creo que esta exigencia es positiva para América Latina. Es mucho mejor que la complacencia europea con gobiernos autoritarios en el Mediterráneo, por ejemplo, y es también una exigencia de nuestra ciudadanía.

Pero el segundo comentario, creo que es más importante, a partir de lo que dijo Felipe González con relación a la fragmentación de las Américas. Ayer hablé de esto diciendo que no se podía hablar más de América Latina como un todo, y que la política europea no podía ser una política global para toda América Latina. Creo que es inevitable esta fragmentación. Primero, por una razón simple. Es que México eligió libremente integrarse en América del Norte. Quién sabe, con mucha razón. No solamente desde el punto de vista económico, sino también desde el punto de vista de seguridad. Todas las cuestiones sociales, todo está cada vez más vinculado a América del Norte. Otra cosa fundamental es que existe un ecuador comercial y económico en las Américas. Todos los países al norte de Ecuador dependen totalmente del mercado y de las inversiones americanas, y están más o menos integrados en esta América del Norte.

En cuanto a la América del Sur, creo que la gran novedad hoy es que Brasil es un país que por primera vez en su historia está tomando conciencia de su fuerza. Yo soy brasileño, puedo hablar un poco de esto. Creo que es como una especie de adolescente fuerte, que poco a poco ve que cuando entra en el mundo, es complicado pero quiere jugar su papel en este tipo de mundo, quiere ser un actor global. Y creo que el reto central para América del Sur en los próximos decenios es saber si el liderazgo brasileño –sea de izquierda o de derecha, sea político o sea privado– quiere jugar un papel de potencia emergente sola, o si va a elegir jugar más colectivamente, siempre como un *primus inter pares* en las Américas, pero actuar bajo instituciones comunes, bajo mínimos de trabajo colectivo. No creo que la decisión esté ya tomada. Es un gran debate que existe en Brasil, en las elites brasileñas. Personalmente creo que la segunda solución es la que sería la mejor, porque para liderar solo es necesario o poder comprar a los vecinos o imponerles algo, y Brasil no tiene condiciones ni para uno ni para el otro. Entonces, ¿qué relación puede tener la Unión Europea con este tipo de problema? Creo que puede ayudar a llevar a la región a

más cooperación, lo que significa un acuerdo con Mercosur. Sí, es necesario un acuerdo con Mercosur y no sé de qué manera Europa va a poder hacer esto.

Pero segundo, es necesario aumentar mucho más la cooperación política, pero no una cooperación de “bla bla”, que tenemos siempre en los acuerdos de asociación. Política real, en cuestiones de seguridad. La MINUSTAH de Haití puede ser un primer ejemplo interesante para saber cómo se pueden hacer estas cosas.

Y tercero, la cooperación. Creo fundamental hoy reformar las reglas de la convivencia internacional, el Derecho internacional. Se olvida muy frecuentemente que el Derecho internacional moderno es el resultado de una cooperación muy fuerte entre las Américas y Europa. La SDN, la ONU, los miembros que inventaron estas dos asociaciones, en el 60% o el 70% eran europeos y americanos. Entonces, ahí hay una capacidad de trabajar juntos, con juristas, con expertos, y ahí tendría incluso una propuesta que sería interesante. ¿Por qué la Organización de Estados Americanos no puede abrir un diálogo con la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa, por ejemplo? Son dos grandes organismos que están basados sobre valores, sobre el derecho. ¿Por qué no hay capacidad de diálogo en este sentido? Si Europa nos da el ejemplo de que puede jugar colectivamente esto puede ayudar, pero si da el ejemplo contrario, no.

Se habló mucho de los problemas del Consejo de Seguridad, donde Brasil quería ir al Consejo, los mexicanos no querían, los argentinos no querían... Pero ¿y Europa? Alemania quería ir al Consejo de Seguridad. ¿Por qué no hay una silla europea, en la OTAN? Porque queremos mantener en Europa las políticas de potencias: Francia, Inglaterra, Alemania. Si Europa da este tipo de ejemplo, ¿por qué Argentina, Brasil o México deberían jugar un juego distinto? El resultado, si mantenemos este tipo de cosas, es que, como muy bien dice Felipe González, las dos regiones van a perder peso, cada vez más, en la política internacional.

Susanne Gratius

“ Para contestar la pregunta de Valladão, yo creo que ni siquiera los europeos somos capaces de ponernos de acuerdo en el tema del Consejo de Seguridad, más que nada por los intereses de los alemanes. Yo soy alemana. El comentario que quería hacer es que creo que el tema de la cohesión social es también misión del Estado. Yo creo que el meollo del debate es el Estado, y pienso que quizá existe un nuevo consenso entre América Latina y la Unión Europea para fortalecer el Estado. No sé si esto podría ser cierto o no. Porque ¿cuál es la cuestión de la cohesión social? Es un mayor papel del Estado en las sociedades, un Estado eficaz, un Estado como garante de la democracia, de la seguridad y del bienestar. Y ahí quisiera vincular un poco este tema con lo que se llama “los Estados frágiles en América Latina” de gobiernos de izquierda, lo que quizá es una oportunidad también para rescatar el Estado en el sentido de bienestar y democracia. Y en eso Europa podría aportar mucho. Y yo me pregunto –más que nada es una pregunta para Raimón Obiols– qué podría hacer Europa ahí y por qué no le interesa esta nueva coyuntura en América Latina. Qué podrían hacer los españoles para convencer un poco a los socios europeos de que América Latina, también por el tema de la seguridad, vuelva un poco a la agenda.

Diana McLean

“ Mi pregunta es muy concreta y va dirigida a Felipe González: para que el Mercosur funcione más y mejor, ¿tú crees que tiene que promocionar las instituciones como, por ejemplo, el Tribunal Arbitral de Mercosur, que sería una manera de dar más seguridad jurídica a las inversiones internacionales, y sería una manera de resolver los conflictos a través del arbitraje? El arbitraje es un método que da más confianza y armonía entre los pueblos. Y segundo, lo que tú has dicho, para que los países pequeños no sean los socios invisibles y pudiera funcionar el Mercosur.

Vicente Palacio

■ Una pregunta al hilo de la intervención del ex Presidente González. Me ha sorprendido que dijera que no existe una estrategia de Estados Unidos hacia América Latina. Posiblemente sea así. Me permito hacer un comentario. Yo distinguiría entre plan y estrategia o visión. Es decir, Estados Unidos no tiene una estrategia, como bien dice el ex Presidente, porque no cree en una América Latina unida políticamente, como ente político. No se lo cree porque evidentemente ha abierto tratados comerciales y, aprovechando la coyuntura, se ha dedicado a dividir el norte y el sur del continente (aparte de las divisiones que los latinoamericanos han hecho ya por sí mismos). O sea, que Estados Unidos se encuentra con un continente dividido comercialmente, y ni ve ni quiere una América Latina regionalmente entendida como una entidad política. Por eso no tiene una visión. Pero sí tiene un plan, y el plan es, evidentemente, que las piezas vayan cayendo poco a poco, y construir en último término el gran mercado, el ALCA. ¿Pueden esperar tiempo? Sí, diez, quince, veinte años, quizás. Pero el plan está ahí. Yo no me creo que Estados Unidos no tenga un plan para una región como América Latina. Siempre lo ha tenido, desde Monroe, pasando por el Gran Lago, hasta la Alianza para el Progreso, y hoy.

Quiero decir, por último, que los otros dos planes que tenemos a la vista son los de China y la Unión Europea. En este sentido, el plan de China es un plan egoísta. China se preocupa por sí misma. Irá a buscar las materias primas de América Latina. Quizás juegue a contrarrestar en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, a través del G4, apoyando la entrada de Brasil en el Consejo de Seguridad como miembro permanente, y poco más. El último plan es el de la Unión Europea que, como se ha dicho aquí ayer y hoy, es una región en decadencia, así es, y que, sin embargo, tiene una visión y un plan, pero le falta el dinero y la voluntad política suficiente.

Raimón Obiols

“ Creo que estamos en un contexto de tiempo muy ajustado, y, por lo tanto, me esforzaré en ser breve. Pero hay algunas intervenciones que tal vez merecen una aclaración por mi parte, aunque ya he dicho de entrada que venía aquí a hablar, pero fundamentalmente a escuchar, y todo lo que se ha dicho me ha interesado sobremanera.

Esta discusión sobre las exigencias de Europa en relación a unos o a otros a mí me recuerda un poco las memorias de un director de Le Monde –creo que era André Fontaine–, que

decía que viajaba por el mundo, iba a Tokio, iba a Ciudad del Cabo, iba a Pekín o a Washington y le decían “Ah, su diario es extraordinario, nuestra visión del mundo y de la política internacional se basan en la lectura de su diario, salvo en lo local. Cambien por favor su corresponsal porque lo que cuenta el corresponsal de Le Monde en esta ciudad es...”. Y esto yo me lo he encontrado muy a menudo en las visitas del Parlamento Europeo alrededor de las agendas bilaterales y del tema de los derechos humanos, fundamentalmente. ¿Por qué se hace una excepción con nosotros?

Europa tiende siempre a dar lecciones, y en este sentido yo, francamente, le doy la razón a Lula cuando dice “tenemos el derecho a equivocarnos”. ¿Por qué? Hay algo que se llama colonialismo narrativo, ya que hablamos de relatos y de narraciones. Y evidentemente, en todo el periodo de la guerrilla en América Latina hubo un colonialismo narrativo y de base ideológica que influyó enormemente. Yo no diré que haya una responsabilidad directa de Europa sobre aquella situación terrible. Las responsabilidades directas pueden señalarse históricamente con el dedo en otras direcciones. Sin embargo, si nos atenemos a este nivel de lectura, lo que son fenómenos de colonialismo narrativo, creo que sí. Y en este terreno situó también lo que es la ideología de los derechos humanos, que en Europa tiende, alarmantemente, a sustituir a la política, el análisis y la toma de posición de la política.


Quiero referirme finalmente al tema de la integración regional y al papel de Europa, y a las previsiones en América Latina con relación a los procesos de integración subregional y regional. Creo que vamos a asistir en los próximos años a un movimiento como de sístole y diástole, en el cual va a prevalecer el proceso, la visión de la integración, el activismo de la integración y la afirmación o reafirmación de lo nacional. Pero el proceso de integración regional en Europa, con decadencia o sin ella, va a continuar, y en América Latina se va a desarrollar porque es una respuesta inevitable a lo que son los retos de la globalización. Me parece.

Yo no sé si en este momento en Europa estamos en una dulce e inquietante decadencia. Tal vez. Lo que sí sé es que estamos en una crisis política abrumadora, donde la izquierda tiene, como aquí se ha dicho, una parte exacta de responsabilidad. Y en Europa hay también neocons, como en Estados Unidos, pero en la acepción francesa del término, es decir, “neogilipollas” –vamos a traducirlo rápidamente–, que creen en este momento que puede volver a erigirse la soberanía de los Estados frente a los fenómenos de integración, y están creando unas distorsiones brutales. Frente a ellos hay que responder lo que dijo un presidente de la República Alemana: “Yo quiero apasionadamente la integración europea para ganar soberanía, para tener más soberanía, frente a los fenómenos de interdependencia y de globalización de los problemas”. Y esta voluntad tiene que ser, creo, la propia de las izquierdas en Europa y en América Latina. No puede haber otra.

Y el último comentario es que soy bastante optimista con relación a este nuevo periodo latinoamericano, haciendo todas las salvedades que se han hecho, y que yo también me he preocupado de citar en mi intervención inicial. Son realidades muy complejas, muy distintas. No puede hablarse de la América Latina como un *totum revolutum*. Sin embargo, me parece apreciar algo muy importante, que es una voluntad de cambio basada en el rechazo de los dogmatismos de derecha o de izquierda, fundamentada en el realismo económico y también en la voluntad de desarrollar estrategias “consecuencialistas”, es decir, de buscar

y de pensar en las consecuencias de las políticas que se desarrollan. Y esto realmente me parece un elemento de gran valor, que permite un cierto optimismo de cara al futuro. Y también un reconocimiento, porque hay que tener más valor para decir cosas al estilo de las que hemos escuchado a Insulza esta mañana, haciendo el elogio de políticas prolongadas de consenso, que para estimular las confrontaciones fáciles. Y creo que en todas partes, en América Latina, con modalidades nacionales peculiares, se da este coraje de buscar estrategias consecuencialistas que implican realismo y moderación, como requisito para la ambición real de los objetivos de cambio.

José Miguel Insulza

 Voy a tratar de tomar algunas de las cosas que se han dicho, todas ellas muy significativas, pero quizás una pequeña alcance respecto al tema de los valores éticos.

Yo creo que, efectivamente, se requiere una ética nueva, una ética distinta en la política, también en la política latinoamericana. Sin duda. O sea, la política también tiene por objeto dar resultados benéficos para la persona. Tiene que servir para algo. Tiene que resolver problemas. Los políticos estamos, dijo Héctor Aguilar Camín, para resolver los problemas de la gente y no para creárselos. Yo por lo menos reivindico mucho un carácter benéfico de la política, si se quiere también en ese sentido de utilidad. Y esto es muy importante, como una cosa que dijo Felipe, “ojalá pudiéramos tener más tiempo para conversar sobre eso que es la reunión de mayo”.

Yo tengo la impresión de que hay una especie de inflación de cumbres, que hay demasiadas. El problema es que las cumbres tienen sentido cuando entregan un resultado visible. Entiendo que, por ejemplo, los gobernantes de una región en procesos de integración se reúnan periódicamente para conversar de los problemas de la integración. Tienen muchas cosas que conversar. Pero, cuando son interregionales, es importante que tengan un resultado visible. O sea, el anuncio de un acuerdo, sea comercial o de otro tipo, vale más que mil palabras y que mil discursos, que se quedan ahí. Ése es el riesgo. Yo creo sinceramente que estamos casi al límite en que una cantidad de nuestros jefes de Estado, de Europa y de América Latina, empiecen a decir “mire, basta de cumbres. Ya no queremos ir de nuevo, porque va a ser un nuevo discurso, no tiene mucho sentido”. O sea, que hay que empezar a ponerle a estos procesos más resultados benéficos para las personas.

Segundo, respecto al tema del agobio y las exigencias, lo que yo quería decir exactamente Felipe lo dijo mucho mejor que yo: ¿comparado con quién? Hay un artículo en el New York Times, con una fotografía grande de una mujer china con su hijo de tres años al cual había podido ir a ver después de un año gracias a que se celebró el Año Nuevo chino. Entonces, yo digo, eso no es que no quiera, es que no puedo, o sea, ni quiero ni puedo hacer eso. Por lo tanto, el sacrificar dos, tres generaciones de personas para poder construir una base económica es algo que ha sido posible en la Historia, y está siendo posible hoy día, pero no en América Latina, y en ese sentido esto de “comparado con quién” me parece que me ahorra muchas palabras. No es posible, no es deseable... para mí, por lo menos. No quisiera hacer una política para eso. Entonces ésa es la explicación que quería hacer. Cuando me comparen, compárenme teniendo en cuenta cuáles son todas las presiones de un gobierno. Para decirlo de otra manera, ¿es posible que haya gobiernos democráticos con pobres? Sí,

es posible. Es más difícil, porque tienen que hacerse cargo al mismo tiempo de los problemas habituales de cualquier gobierno democrático, y, además, de una cantidad de gente que ya no cree en la democracia porque la democracia no le ha dado nada. ¿Está bien que le hagan exigencias? Está bien, pero reconozcamos que es más difícil gobernar en esas condiciones. No pido más que esa comprensión, por decirlo así. En ningún caso trato de quejarme de que se exijan cosas que son obvias.

Una frase que dijo Felipe, “la democracia sirve para echar a los Gobiernos”. Tenemos un problema, en América Latina, de unos Gobiernos que son muy fuertes hasta que se caen, o sea, un presidente que hace lo que le da la gana hasta que pierde su mayoría en el Congreso, y el Congreso en una semana lo expulsa. Hemos tenido bastante de eso. Tenemos que buscar también reformas que eviten una cosa y la otra. De pronto hay una especie de contrasentido entre un presidencialismo a veces exagerado y una gran facilidad para tirar al Gobierno. En regímenes presidenciales toda caída del Gobierno es un trauma. En el sistema parlamentario no lo es, porque simplemente la mayoría saca al presidente, el presidente se va, se elige otro y el país sigue adelante sin un gran trauma. Cuando más una elección. Pero las caídas de los Gobiernos como lo hemos visto en América Latina provocan dificultades, provocan parálisis, provocan retrocesos, y se pagan las cuentas. Creo que también tenemos que hacer un examen de la realidad institucional de la región en esa materia. Yo creo que hay ciertamente diferencias entre regiones de América Latina. No olvidemos que en el CARICOM hay dos países que están por encima o cerca de los 20.000 dólares al año *per capita*: Bahamas y Barbados, y probablemente Santa Lucía. Son naturalmente países mucho más pequeños, tienen problemas muy distintos. Es una realidad.

Yo creo que la segunda gran división existe. Y admito también las distintas tendencias entre Atlántico y Pacífico. Pero yo sí creo todavía que cuando uno tiene una determinada voluntad política debería restringirla lo menos posible. Esto es una larga discusión. Yo siempre he sido muy partidario de la comunidad sudamericana. A mí me gusta la comunidad sudamericana, pero no puedo desconocer el argumento de quienes me dicen “¿Y por qué y en qué sentido es tan distinto el resto de América Latina como para no hacer un proyecto un poco más grande de integración?” Desde luego, entre México y Argentina hay bastante más en común, con todo respeto, que entre Finlandia y Grecia. Por mucho que encima de Finlandia, en este caso, esté Estados Unidos. Todavía es cierto que hay que reconocer especificidades. Nosotros trabajamos reconociendo subregiones en América Latina. Trabajamos mucho en eso, pero con algún grado de búsqueda de un entendimiento más regional que el que se está planteando.

Respecto de los temas de la limitación a lo económico, lo político, lo comercial y lo social en Estados Unidos, yo comparto mucho la opinión de Felipe. No creo que haya una estrategia norteamericana. Voy a decirlo de dos maneras. Primero leí por ahí algunos documentos que, al empezar la segunda Administración Bush, decían: “¿Cuáles son las prioridades de Estados Unidos?” Las prioridades de Estados Unidos son una serie de catástrofes que están ocurriendo en el mundo, Corea del Norte, Irán, Iraq, Darfur, etc. Yo escribí un artículo (esto fue antes de ser Secretario General de la OEA, pero lo podría mantener) diciendo que “si son ésas las prioridades, enhorabuena, no somos prioridad de Estados Unidos”. Porque el día que Estados Unidos encuentre que su seguridad nacional está amenazada en nuestra región, sí que estamos en problemas. Y eso ha ocurrido muchas veces. En Estados Unidos hay toda una literatura liberal sobre América Latina que sostiene que las cosas son

mucho más tranquilas cuando no existe una estrategia, cuando no se habla del buen vecino, de la Alianza para el Progreso, esas cosas con título que finalmente trajeron cosas buenas y cosas malas a la región, pero que muchas veces ideologizan una relación que en lo posible tiene que ser precisamente menos ideologizada. Yo creo que Estados Unidos está un poco perplejo ante la realidad política que se está dando en la región, pero reconocamos que no ha tenido grandes iniciativas para pararlo. Y eso está bien, y comparto plenamente la idea de que hay mucho “antibushismo” en América Latina. Eso a mi juicio no corresponde a una política latinoamericana. Corresponde más a percepciones de la realidad mundial y la conducta de cada cual en la realidad mundial, que se transporta hacia nuestra región en un clima mucho más negativo que el que existía en la época de Clinton. Pero no creo que haya hoy día una política ni más ni menos demandante o hegemónica de Estados Unidos que lo que había en el periodo anterior, y no creo que tengan una política muy de largo plazo salvo para las exclusiones. Ciertamente hay una cantidad de gente que dice “mire, estas regiones ya no interesan tanto porque por ahí no pasan los grandes ejes de la política mundial”. Eso viene de mucho antes. Ya Henry Kissinger hablaba de esto, de los grandes ejes de la política mundial y de los países marginales más o menos con el mismo lenguaje que algunos utilizan hoy.

Pero hablando sobre el proceso de integración, creo que tiene problemas, seamos francos. Yo siempre recuerdo a un político chileno, más que tradicional, muy jovial, que vino a Europa en los años sesenta, y yo le pregunté “¿Y qué habló usted con...?”. “Mira, fue muy interesante, me habló de la cultura europea, y hablamos de estas cosas que son tan comunes a nosotros, por lo de los mercados comunes”, me dijo. O sea, en América Latina se hablaba de mercados comunes a comienzos de los sesenta. Entonces, decir que la integración en América Latina no ha avanzado como tiene que avanzar.. Yo no sé si tiene que ver con problemas de algún abandono de soberanía para ganar más soberanía, formas de arbitraje, arbitraje obligatorio, etc., pero reconocamos que las grandes bases sobre las cuales se creó el Mercosur en los años noventa están más o menos ahí, y el único mecanismo de entendimiento que existe es la conversación entre presidentes. Cuando hay un problema la única posibilidad real que existe es conversarlo entre los presidentes. Si los presidentes no se ponen de acuerdo “ni mu”. Por tanto, creo que hay ciertamente un retardo importante en la integración en América Latina. Espero que los nuevos Gobiernos de izquierdas puedan avanzar en eso.

Yo creo que el tema del Estado tiene soluciones complejas, pero no desconocidas. O sea, si uno va a fortalecer el Estado, para empezar tiene que tener más recursos. Un Estado que tiene una base tributaria de un 12% no lo hace, aunque tenga petróleo. Se gasta todo el petróleo en el gasto corriente, porque no ha tenido la posibilidad de crear una base tributaria distinta. La verdad es que nosotros, en América Latina, además de los problemas de evasión, tenemos algo muy importante que hacer en materia de una base tributaria distinta. Lo cual significa, previa o paralelamente, un enorme esfuerzo en materia de transparencia y la creación de una institución reguladora que permita que las reglas del juego sean más estables. Hay un importantísimo papel redistributivo del Estado a través de la educación, de la salud, de las pensiones, y eso no se puede dejar de lado. Por lo tanto, acojo plenamente la idea de que hay un papel muy grande que hacer sobre la base de la reconstrucción desde el Estado.

Hay un tema que no hemos discutido y que todo el mundo lo menciona cuando se hacen exigencias inversionistas en América Latina, la flexibilidad laboral. La flexibilidad laboral

es fundamental. Puede ser importante aplicarla, ciertamente, pero tiene algunas dificultades. Porque en América Latina, efectivamente, no se cumplen mucho las leyes laborales. Hay también un trabajo, un fortalecimiento del Estado en materia de institucionalidad reguladora, que permita que efectivamente el trato de los trabajadores sea el que les confiere la ley, y mejora mucho las condiciones redistributivas y la posibilidad de los trabajadores de entrar en una negociación económica algo más valedera.

No voy a hablar más, ya casi no le he dejado tiempo a Felipe, así que... Muchas gracias.

Felipe González

“ Hay muchos temas apasionantes para discutir en lo que se ha sugerido, pero intentaré no repetirme. Quiero que comprendan que yo no soy un analista político, ni desde luego un intelectual de la política. Soy un activista y, por tanto, me agobia mucho el análisis que se permite tiempos de espera por generaciones. Parte de la impertinencia de lo que me oigan nace de mi condición de activista, y me resulta doloroso ver que las cosas no se resuelven y que hay mecanismos para resolverlas. Esto puede parecer con frecuencia impertinente. Lo que digo no lo digo desde el punto de vista analista, sino desde el punto de vista del activista que ha intentado durante toda su vida resolver problemas. Algunos crean uno, pero mi vocación no ha sido crear problemas en la política, sino resolver los problemas de los ciudadanos.

Por eso, lo primero que me gustaría decir es lo siguiente: el avance de la izquierda (en la medida en que se pueda identificar como un avance de la izquierda lo que está ocurriendo en América Latina en cada uno de los casos) ¿va a favorecer los procesos de integración regional? No necesariamente. No veo la relación de causa-efecto, lamento decirlo. Me encantaría poder decir “ganan los de mi tribu, esto va a ir muy rápido”. Nos cuesta trabajo reconocer que algunas cosas son como son. Bolivia tiene 800 dólares *per capita*, obviamente muchísimos menos que Brasil, mucho menos que Argentina, y esto implica también intereses de mi país. Y está vendiendo gas a precios de 2001, por tanto, está subvencionando a países que tienen seis, siete veces más producto *per capita* que la propia Bolivia. ¿Esto es de izquierda, de derecha o de mediopensionista? Yo creo que es de mediopensionista. No se han actualizado los precios del gas por el equivalente energético del mercado del petróleo. ¿Esto es sostenible? No. Lo que me sorprende es que se hable de un gasoducto que va desde Venezuela hasta la Patagonia, y que el eje de articulación continental, que es Bolivia, pequeño país, con o sin Evo Morales, no esté presente en el diseño. Yo creo que ese gasoducto no es muy racional. No está en el diseño de estrategia energética en la dimensión de desarrollo nacional, de integración regional y de relevancia internacional. Y no está Bolivia, y es un pequeño país, pero está en el eje de articulación del continente.

José Miguel Insulza

“ Con el 54% de las reservas....

Felipe González

“ Sí, pequeño país con el 54% de las reservas, esas tonterías que se nos pasan.

Antes citaba a Marx en un artículo sobre Bolívar. ¿Qué decía de Bolívar? Marx, que también era un buen burgués, que no quería que su hija se casara con Lafargue porque era un revolucionario de m... que no le garantizaba futuro, criticaba que Bolívar fuese un criollo elitista, aventurero, burgués, con tentaciones autoritarias. Pero el articulito está por ahí, realmente es accesible, es incluso divertido leerlo ahora, se lo podríamos leer en un “Aló Presidente” a Chávez.

Hay un tema que me preocupa, y es la criminalidad financiera que está en más de 500 mil millones de dólares. Puede ser el equivalente al déficit que están creando las administraciones conservadoras que son las buenas administradoras de su casa, según decía Machado, en Estados Unidos. Pero el valor añadido más importante, como producto de la criminalidad, está en los grandes mercados de consumo y en los grandes circuitos de distribución financiera del mundo, y éstos, de nuevo, no están en Bolivia. Para entendernos, no están en los pequeños y pobres países. Por tanto, si hubiera un interés en acabar con eso, tendría que empezar por ser un interés de los países centrales.

Tocando otro tema, porque no puedo tocarlos todos: ¿se puede crear una masa crítica de pensamiento y acción, como hicieron los cepalinos hace 40 años, más allá de las alternancias izquierda-derecha? Las áreas de consenso, por definición, tienen que superar la frontera ideológica de la izquierda y de la derecha. Tienen que intentar buscar espacios compartidos para que haya pactos nacionales. Por tanto, ¿se puede crear esa masa crítica de pensamiento en una situación como la actual? Sí, es importantísimo crearla. La mayor parte de los proyectos cepalinos son hoy proyectos vigentes, por lo menos en infraestructuras. Todos sus fallos de entonces, que venimos padeciendo durante 25 ó 30 años, es que no había ningún estudio de viabilidad razonable para ponerlos en marcha. Y hoy nos podemos encontrar con lo mismo, porque como el ahorro público va a seguir siendo escaso a pesar del petróleo, hay que buscar una combinación inteligente de ahorro público y ahorro privado para fomentar algunos de los proyectos de desarrollo, de infraestructuras y de integración, que están vivos desde hace muchos años y que nunca se pusieron en práctica.

En el año 1998 era perfectamente previsible la crisis de Mercosur que era una crisis financiera. ¿Por qué? Porque la crisis del Sudeste asiático, contagiando a Rusia y contagiando a Brasil, hacía imposible mantener sobrevaluada una moneda en aquel momento, hubiera sido una irresponsabilidad. Estaba cantado que se iba a devaluar la moneda. Claro que Fernando Enrique Cardoso tenía que esperar que acabara el proceso electoral para que Brasil devaluara su moneda un 40%. Cuando la crisis financiera se veía venir, recuerdo que en Montevideo le decía a Tietmeyer, que había sido presidente del Bundesbank, "para mí el euro es recuperación de soberanía monetaria y financiera". La gente decía "¿para qué estar en el euro, por qué renunciar a la peseta?". Porque antes la política monetaria la decidía el Bundesbank, y yo sólo tenía dos o tres horas para ajustar mi política monetaria a lo que habían decidido los otros. Ahora, por lo menos, estamos participando con ellos. Así, pues, la crisis del Mercosur era perfectamente previsible. En esa reunión discutía con Tietmeyer y dije: "Si devalúa Brasil, Argentina no va a poder aguan-

tar una devaluación competitiva del 40% y no va a poder salirse de su vinculación al dólar, por tanto, la crisis está garantizada". Sin embargo, era perfectamente posible evitarlo, y había mecanismos, ensayados durante mucho tiempo, para preservar los intereses nacionales, sin cargarse la totalidad del invento.

Es verdad que los procesos de integración van a continuar, estoy seguro. Entre otras cosas porque no son un capricho, son una absoluta necesidad en función de las sinergias que se necesitan para enfrentar los desafíos de la globalización. Van a seguir, con éxitos y fracasos parciales, naturalmente. ¿Puede haber algo que de verdad nos permita no sonrojarnos cuando discutimos sobre el futuro de América Latina sin ningún tipo de arrogancia? Sí, europeos y americanos del norte y del sur compartimos algo que es muy serio, un espacio cultural, o si prefieren ustedes civilizatorio, que está más de moda. Sigo diciendo que no hay una estrategia del norte sobre el sur. Héctor Aguilar dice: "cuando los americanos tienen una estrategia sobre América Latina nos quejamos de que la tienen, y cuando no nos hacen caso porque están preocupados por Iraq y otras cosas, nos quejamos de que no nos hacen caso y, a lo mejor, estamos más tranquilos cuando no nos hacen caso". Si el ALCA fuera una estrategia, hoy habría doce o catorce países que habrían firmado tratados de libre comercio, y ninguno de los otros proyectos estaría en marcha. Y para Estados Unidos el coste de esos doce o catorce acuerdos no sería superior a 400 ó 500 millones de dólares. Y el Congreso de Estados Unidos no va a parar esos acuerdos de libre comercio por un problema de la competencia en jugos de fruta en Florida o en Wisconsin, no se van a parar todos los supuestos intereses de Estados Unidos para romper la unidad de los procesos de integración regional. Estados Unidos tiene preocupaciones para América Latina. No son las prioritarias, como decía José Miguel, aunque a veces se hacen prioritarias porque el lío es más gordo. Porque de pronto aparece algo que les sorprende, como Evo Morales. Por tanto, eso no es una estrategia, son preocupaciones.

Entre América Latina y Europa, y ojalá eso se pudiera entender, hay un espacio compartido civilizatorio y cultural que nos debería poder reforzar no sólo políticamente, sino también desde el punto de vista económico y del desarrollo. Entre todos hay que reforzar el valor añadido que América Latina supone para la Unión Europea, que es infinitamente mayor que cualquier otra región del mundo en términos de valor añadido político, de sustancia política. ¿Es posible? Sí, es posible. ¿Hay percepción política para hacerlo? No en los líderes. ¿Hay voluntad? Si no hay percepción, es difícil que haya voluntad.

Pere Portabella

■ Va a cerrar el Seminario la Secretaria de Estado, Leire Pajín, a quien daremos diez minutos, pero voy a terminar solamente con una pequeña coletilla.

La verdad, cuando he oído a Insulza y a Felipe he pensado que uno de los problemas es que no se puede decir que la ética está bien, pero que hay que ser realista. Creo que la ética forma parte de la realidad. Por ejemplo, creo que los mecanismos de la acumulación de capital, del capitalismo, prevén la redistribución por razones de mercado para ampliar su acumulación de capital. Por eficiencia. Pero hay otro elemento que va ligado a la ética, que es la emancipación. Los proyectos de izquierda no consisten en coger

valores absolutos para hacer enunciados absolutos para, así, gratificarse y salir poco más o menos que indemne de la batalla. Ni hablar. Lo que introduce la ética en la política es un factor en el rumbo de los acontecimientos, que va más allá del propio desarrollo del capitalismo, entendido como pura acumulación, que abre los mercados y redistribuye en función de estas necesidades.

El término emancipación, para ser simple y acabar enseguida, es un elemento de referencia y de sensibilidad. Y cuando hablo de relato, por ejemplo, es que no hay relato sin discurso, pero sí hay un discurso sin relato. Es muy distinto, y los enunciados son muy importantes en este caso. Y para acabar, y con la confianza que tenemos Felipe y yo, siempre dice lo mismo: “yo no soy ni analista político, ni intelectual”. Él siempre es un poco de todo lo que dice que no es. Y es su fuerza. Y además tiene una cosa que dice siempre y que los demás no tenemos tan arraigado, es un discutidor compulsivo, lo que es formidable. Pero siempre que dice “yo no soy esto”, atentos. Es un poco lo que le hace fuerte.

Nos acompaña la Secretaria de Estado para la Cooperación, Leire Pajín, a quien todos ustedes conocen. Yo no puedo evitar decir que tengo debilidad por ella, porque, además, tiene una virtud: es una persona que está en el cargo peleando para el proyecto, de lo que significa la política de su departamento de cooperación. Yo creo que esto le da credibilidad, y la prueba es la aceptación que tiene. Más que aceptación, es que hace mucho para que esta presión ética de la que se hablaba antes se manifieste en las mejores intenciones y resultados en un futuro posible. Gracias, y tienes la palabra, Leire.

Discurso de clausura

Leire Pajín

“ La verdad es que después de esta presentación es difícil hablar, pero es señal de que en esta mesa tengo muchos amigos, a los que estoy encantada de ver, igual que a todos ustedes.

Quiero, en primer lugar, saludar a mis compañeros de mesa y amigos, y a todas las autoridades de América Latina, de Europa, que están estos días compartiendo con nosotros una reflexión bien importante sobre el futuro de América Latina y la Unión Europea. Me vais a permitir que empiece, como Secretaria de Estado y también como Presidenta de la Comisión Permanente de la FIIAPP, felicitando a la Fundación Alternativas por la organización de este Seminario. Quiero agradecer, además, que me hayan hecho partícipe de este debate, cuyas conclusiones –algunas ya se me han adelantado– estoy segura nos van a ser de mucha utilidad en el ejercicio de la responsabilidad que tenemos encomendada. Y, por tanto, es para mí un gran placer clausurar este Seminario, tanto por el tema que habéis tratado como por el momento en que se produce este debate.

La cohesión social, lo sabéis bien, no sólo es una cuestión central para las relaciones de América Latina y la Unión Europea, sino que además constituye un desafío interno de primer orden para cada uno de los Estados que componen la asociación birregional. El momento es, en mi opinión, particularmente oportuno, porque la cohesión social se incluye como uno de los ejes principales en los preparativos para la próxima cumbre de

Jefes de Estado y de Gobierno entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe, que se celebrará en Viena. Además, a mi modo de ver, debemos dialogar sobre los conceptos de cohesión social, los modelos de desarrollo y las perspectivas de la integración regional. Es decir, sobre los componentes centrales de las relaciones futuras entre América Latina y Europa, tal y como han sido fijadas por la Comisión en su comunicación al Consejo y al Parlamento Europeo el pasado mes de diciembre, en su propuesta para una asociación reforzada entre la Unión Europea y América Latina.

Quisiera hacer una breve reflexión sobre la importancia que tiene la cohesión social, no sólo para Europa, sino también, y especialmente, para España. Esta relevancia se refleja tanto en nuestra política doméstica como en la acción exterior, y en concreto en el ámbito bajo mi responsabilidad, que es la política de cooperación al desarrollo. La cohesión social es para nosotros un elemento esencial de las relaciones bilaterales. Cuando la cohesión social emergió de la agenda europea, eurolatinoamericana, hace varios años, respondía, sin lugar a dudas, al interés de los europeos por compartir nuestra experiencia para, por un lado, contribuir a superar la desigualdad, que es uno de los problemas estructurales de América Latina y, por otro, para dar un contenido diferencial a unas relaciones en las que la agenda económica había llegado a dominar excesivamente, o mejor dicho, casi exclusivamente. Latinoamérica es una de las regiones en el mundo con la cual la Unión Europea debe desarrollar un diálogo profundo sobre la cohesión social a partir de los importantes valores comunes existentes. Al hablar de compartir nuestra experiencia no me quiero referir a la exportación del modelo social europeo, entre otras razones porque no existe un solo modelo en la Unión Europea. Los Estados del bienestar que encontramos en la Unión son muy variados, y reflejan historias, culturas y sistemas políticos diferentes. Aunque existen consensos amplios, y esto es lo importante, acerca de la cohesión social, sin embargo no tenemos todas las respuestas. Las fuerzas de la globalización, entre otros factores, están sacudiendo a nuestras sociedades de múltiples formas.

El reto de la cohesión social es, por tanto, lograr que cada persona que vive en nuestra sociedad se sienta ciudadano o ciudadana de pleno derecho. Que tenga un empleo digno, que pueda acceder a una vivienda adecuada y que tenga la oportunidad de hacer que su voz sea escuchada. Ahora bien, no es fácil conseguir estos objetivos y, en efecto, se trata de una tarea permanente para cualquier sociedad. En este sentido, cuando dialogamos con América Latina sobre la cohesión social lo hacemos desde la conciencia de que es un desafío compartido, con lo cual seguramente nosotros también podemos aprender de experiencias que ellos están teniendo.

Desde el inicio de su mandato, una de las decisiones más claras del actual Gobierno fue la necesidad de dar un giro social en nuestra política exterior. Se trataba de introducir varios cambios importantes. En primer lugar, en el propio contenido de la política exterior, se empezó a dar mayor énfasis a cuestiones sociales, tanto a sectores sociales como la educación y la salud como un renovado interés por contribuir al fortalecimiento de la sociedad internacional. Hemos concedido una atención preferente al multilateralismo y al trabajo para incrementar la cohesión social en el mundo. En esta línea se puede situar el apoyo del Gobierno desde el primer momento a la iniciativa contra el hambre y la pobreza y a la iniciativa propia del diálogo de civilizaciones. En ambos casos se promueve el mensaje de que sólo mediante la puesta en común y la concertación se puede avanzar en la solución de problemas globales. La iniciativa contra el hambre

y la pobreza también nos ha permitido prestar una atención especial a los sectores sociales básicos, complementando los esfuerzos puestos en marcha en el marco de la declaración del milenio. Esta apuesta social también se ha materializado de manera muy clara en nuestra política de cooperación al desarrollo. Un primer paso en esta dirección fue el de cambiar el propio nombre del Ministerio de Asuntos Exteriores por el de Asuntos Exteriores y de Cooperación. De manera que enfatizamos esta singularidad al considerar la cooperación al desarrollo como una parte fundamental de la acción exterior de nuestro país.

Pero los cambios van mucho más allá de un nombre. En ese sentido destacamos los compromisos del Gobierno en materia de calidad y de volumen de nuestra ayuda oficial. Con relación a la calidad hemos querido poner en marcha una serie de mejoras en la planificación y en la programación, que están empezando a dar resultados. En cuanto a la cantidad de la ayuda, nos hemos comprometido a llegar, al final de esta legislatura, a destinar el 0,5% del PIB de nuestro país a la ayuda oficial al desarrollo, lo que significa duplicar en 4 años la ayuda, o lo que significa pasar de unos 2.000 millones de euros de ayuda en el año 2004 a cerca de 5.000 en el año 2008. Este gran salto, nunca visto en la corta historia de la cooperación española, nos va a permitir incorporar nuevos instrumentos, fortalecer nuestro compromiso multilateral y aumentar nuestro apoyo a los países más pobres, al tiempo que mantendremos los niveles de ayuda y de compromiso para áreas tradicionales como América Latina. Estas mejoras seguramente llevarán a una ayuda más eficaz para lograr el objetivo global de la lucha contra la pobreza, así como a complementar los objetivos de desarrollo del milenio. Esta apuesta social en la cooperación también se observa en un diálogo cada vez más intenso, con todos los factores de la comunidad cooperante de España. Estamos convencidos de que sólo mediante una concertación amplia podemos lograr los objetivos que nos hemos planteado. Este consenso también es clave de cara a nuestra interlocución con los países en desarrollo; porque queremos avanzar hacia unas verdaderas relaciones de asociación.

Continuando en esta línea, quisiera entrar a considerar el papel de la cohesión social en nuestra cooperación con América Latina. El plan director para la cooperación española 2005-2008, que se aprobó el año pasado con el consenso de todos los agentes sociales, establece las prioridades de nuestra actuación en esa región. La promoción de la gobernabilidad democrática y el desarrollo institucional es una de las prioridades fundamentales de nuestra cooperación con América Latina. Estamos cooperando con acciones de ayuda en diversos ámbitos, como el fortalecimiento del Estado de derecho y de la sociedad civil, la integración de los sectores más pobres en los procesos de decisión colectiva por medio de mecanismos concretos de participación social, el asociacionismo social y sindical, el fortalecimiento de la administración pública sometida al principio de legalidad y la participación activa de las mujeres en los procesos productivos, en las políticas dirigidas a la cobertura de las necesidades básicas y en los procesos de decisión social.

Puesto que hablamos de América Latina, quiero recordar también otra de nuestras prioridades: el apoyo a los procesos de autodesarrollo y respeto a los derechos de los pueblos indígenas. Nuestro objetivo es contribuir al reconocimiento y el ejercicio efectivo de los pueblos indígenas de articular sus propios procesos de desarrollo social, económico, político y cultural. En la cumbre de Guadalajara de 2004, el Presidente José Luis Rodríguez Zapatero presidió el taller de cohesión social, y todos pudimos comprobar que la cohesión social es

una preocupación compartida por socios europeos y latinoamericanos, aun cuando puedan existir diferencias en ocasiones de percepción al respecto. El actual Gobierno español ya había incorporado la cohesión social en el plan director de la cooperación española y en la cumbre iberoamericana de Salamanca se incluyó en la agenda y se le dio un importante impulso. El nombramiento de Enrique Iglesias al frente de la Secretaría General Iberoamericana seguramente contribuirá a este nuevo impulso, porque en su responsabilidad anterior en el Banco Interamericano de Desarrollo ya inició una colaboración estrecha con la Unión Europea en materia de cohesión social. Este apoyo no es solo retórico. España ha apoyado la iniciativa de la Comisión Europea, Eurosociedad, que se puso en marcha en el año 2005. De hecho, la cooperación española ha comprometido fondos importantes de cofinanciación tanto al FIIAPP, que lleva a cabo la coordinación, como para varias de sus redes temáticas, donde destacan las entidades españolas. El trabajo que realiza la comisión de apoyo al Plan Integral de Desarrollo Social, en la comunidad andina, es un ejemplo positivo de cómo se puede asumir la cohesión social de la cooperación, al tiempo que se contribuye a fortalecer la integración regional. En cualquier caso vemos muy positivamente el intento de vincular integración con cohesión social, al igual que se ha hecho en la propia Unión Europea.

En este Seminario se ha discutido mucho sobre cohesión social e integración regional. Todos pensamos que la integración regional y la cohesión social son dos desafíos tanto de América Latina como de Europa, y esperamos que en la Cumbre de Viena se apruebe formalmente esta iniciativa para que se pueda poner en marcha de manera inmediata. La experiencia de los diálogos sectoriales que se han realizado en el marco de acuerdo de asociación entre la Unión Europea y Chile ofrece lecciones interesantes que debemos aprender.

Y para concluir, quiero decir que somos conscientes de que América Latina se encuentra en un espacio particular en el mundo desde el punto de vista económico y político que requiere un enfoque diferenciado respecto a otras áreas y países. En el ámbito europeo este enfoque tiene todavía que ser definido, y España puede y debe desempeñar un papel muy relevante en esta discusión. El tema central de los objetivos de desarrollo del milenio, la lucha contra la pobreza, sigue siendo válido para la región, porque no se ha logrado reducir el número de personas pobres, aunque en algunos países haya bajado la proporción relativa. Pero donde no hay ningún avance o pocos es precisamente en la reducción de la desigualdad. La agenda de la cohesión social debe estar en primer lugar de las preocupaciones nacionales y, por lo tanto, de las prioridades de la cooperación internacional. La cohesión social es una prioridad fundamental del Gobierno español y queremos que también lo sea de nuestras relaciones exteriores. Por eso, además de integrarla como un elemento fundamental de nuestra cooperación, queremos que tenga la relevancia política que merece en los futuros acuerdos de asociación.

Quiero acabar dando mi enhorabuena y mi agradecimiento a todos los que habéis organizado y participado en este Seminario, que estoy segura contribuirá de forma decidida a los objetivos que hemos compartido. Muchas gracias.

Antonio Fernández Poyato

■ Con estas palabras de Leire damos ya por terminadas las sesiones de trabajo que hemos tenido aquí, aunque con la seguridad de un compromiso que hemos adquirido con

todos ustedes. Es el de hacer las publicaciones de todo el debate, y también tomando el compromiso de ustedes de que le den difusión para que pueda llegar lo más lejos posible. No es más que el inicio de muchos encuentros, nosotros tenemos que ir también al territorio de ustedes.

Les agradezco en nombre de las dos fundaciones, FIIAPP y Alternativas, no solamente la presencia, que es significativa, sino el grado de colaboración y participación a todos cuantos han asistido. Así que hasta muy pronto y a ver si nos vemos en circunstancias cada vez mejores y de etapa en etapa. Yo pienso que sí, quiero ser un pelín optimista.

Cuadernos publicados

- 1/2004. El control político de las misiones militares en el exterior. Debate de expertos.
2/2004. El sector del automóvil en la España de 2010. Debate de expertos.
3/2004. La temporalidad en la perspectiva de las relaciones laborales.
4/2004. La contención del gasto farmacéutico. Ponencia y Debate de expertos.
5/2004. Alternativas para la educación. Debate de expertos.
6/2004. Alternativas para el cambio social. Zaragoza, 26 de noviembre 2004
7/2005. Las bases y los límites del consenso en la política exterior española. Debate de expertos.
8/2005. Los mecanismos de cohesión territorial en España: análisis y propuestas. Debate de expertos.
9/2005. La inversión de la empresa española en el exterior: nuevos aspectos económicos, políticos y sociales. Debate de expertos.
10/2005. El futuro de RTVE y EFE. Debate de expertos.
11/2005. El recurso de amparo constitucional: una propuesta de reforma. Debate de expertos.
12/2005. Guerra de Irak y elecciones del 14 M: un año después. Debate de expertos.
13/2005. Azaña y Ortega: dos ideas de España. Debate de expertos.
14/2005. El aborto en la legislación española: una reforma necesaria. Debate de expertos.
15/2005. Los objetivos políticos del Presupuesto de Defensa español. Debate de expertos.
16/2005. Alternativas para la España plural. Debate de expertos.
17/2005. Reformas para revitalizar el Parlamento español. Debate de expertos.
18/2005. Las nuevas tecnologías aplicadas a la agroalimentación. Entre la preocupación y la urgencia. Debate de expertos.
19/2005. El crecimiento del sistema español de I+D. De la teoría a la realidad. Debate de expertos.
20/2005. La Agencia Europea de Defensa y la construcción europea: la participación española. Debate de expertos.
21/2006. Alternativas para la España plural. Debate de expertos.
22/2006. La crisis energética y la energía nuclear. Debate de expertos.

